

Tenochtitlán Marciana

Un viaje sin retorno

José Arturo Sarabia Campos

Tenochtitlán Marciana

TENOCHTITLÁN MARCIANA



UN VIAJE SIN RETORNO

José Arturo Sarabia Campos

TENOCTITLÁN MARCIANA

Primera edición 2026

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798244398281

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA 🚀	5
PRÓLOGO 🚀	8
CAPÍTULO 1 UNA NAVE NOS OBSERVA	11
CAPÍTULO 2 EL ENJAMBRE DE METEORITOS	23
CAPÍTULO 3 ATAQUE SOPRESA	37
CAPÍTULO 4 CASI MORIMOS	47
CAPÍTULO 5 SERES REPTILOIDES	58
CAPÍTULO 6 ALAN, EL NUEVO TRIPULANTE	73
CAPÍTULO 7 POR FIN LLEGAMOS A MARTE	86
CAPÍTULO 8 DESCUBRIMOS UN TESORO	96
CAPÍTULO 9 DESCENDIENTE DE HUMANO	110
CAPÍTULO 10 LA BATALLA FINAL	122
EPÍLOGO 🚀	133
AGRADECIMIENTO 🚀	136

DEDICATORIA 🚀

A los que saben, en el fondo del pecho, que México ya es una potencia.

No a los que lo proclaman en discursos vacíos ni a los que lo miden solo por el PIB (Producto Interno Bruto) o satélites en órbita. Sino a los que lo sienten en la sangre, en la memoria de los abuelos que caminaron descalzos para que otros pudieran soñar más alto, en el sudor de los ingenieros que trabajan de noche en laboratorios con luz prestada, en la mirada de los niños de Morelia, de Oaxaca, de Tijuana o de la CDMX que miran al cielo y no ven límites.

A los que entienden que una potencia no se declara: se construye.

Ladrillo por ladrillo, ecuación por ecuación, fracaso por fracaso. A los que saben que el verdadero poder no está en tener la tecnología más cara del mundo, sino en la capacidad de inventar con lo que se tiene, de transformar el ingenio en herramienta, la necesidad en innovación y la dignidad en destino. A los que no esperan permiso de nadie para soñar con naves que lleven el nombre de Huitzilopochtli, de Quetzalcóatl o de Citlalicue rumbo a las estrellas.

A los científicos, técnicos, mecánicos, soldadores, programadores, matemáticos y soñadores que, en talleres sin aire acondicionado y con presupuestos que parecen burla, han logrado que México envíe satélites y nanosatélites al espacio utilizando cohetes de otros países, como Japón y China. A los que saben que el espacio no es privilegio de unos cuantos países ricos: es territorio de la voluntad humana, y México tiene voluntad de sobra.

A los que entienden que la verdadera independencia no se negocia en tratados ni se compra con dólares: se conquista con

conocimiento, con terquedad y con la certeza de que el cosmos no discrimina por el color de la piel ni por el tamaño de la economía.

A los que saben que México está a punto de desarrollar tecnología espacial propia, no porque alguien nos lo permita, sino porque ya lo hacemos. Porque en laboratorios de la UNAM, del IPN, de la UPAEP, del Tec de Monterrey y de muchos centros de investigación menos conocidos, jóvenes y no tan jóvenes ahora mismo escriben el código, sueldan los circuitos, prueban los motores y calculan las trayectorias que algún día llevarán a una nave mexicana a orbitar Marte, a posarse en la Luna o a explorar los asteroides con nuestro nombre grabado en el metal.

A los que no se ríen cuando alguien dice que México puede ser potencia espacial.

Porque saben que ya lo es. No en titulares ni en rankings internacionales, sino en la realidad callada y obstinada de quienes trabajan sin esperar aplausos. A los que entienden que el primer paso hacia las estrellas no es un cohete: es la decisión de mirar hacia arriba y decir «esto también es nuestro».

A los que, como los personajes de esta novela, cargan en el corazón el emblema del águila y la serpiente, pero ahora sobre un cactus rojo marciano. A los que saben que Tenochtitlán no terminó de construirse en el lago de Texcoco: sigue creciendo, ahora entre cráteres y tormentas de polvo, entre constelaciones y sueños colectivos.

A ustedes, que nunca dudaron.

Que nunca pidieron permiso.

Que siempre supieron que México ya es potencia... y que apenas está comenzando a demostrarlo.

Este libro es para ustedes.

Porque el cosmos nos espera.
Y nosotros ya vamos en camino.
Con gratitud y orgullo eterno.

José Arturo Sarabia Campos

PRÓLOGO

El desierto de Chihuahua, junio de 2040. El sol ardía como un ojo furioso sobre la planicie blanca, y el aire temblaba en ondas de calor que distorsionaban el horizonte. En el centro de esa nada abrasadora se alzaba la plataforma de lanzamiento de la Huitzilopochtli, una torre de acero y sueños que parecía desafiar al cielo mismo. Su silueta plateada, coronada por el emblema del águila que devora la serpiente sobre un cactus de color marciano, brillaba con una intensidad casi sobrenatural. Era la primera nave espacial construida en su totalidad por la Universidad Nacional Autónoma de México, bautizada con el nombre del dios mexica de la guerra y el sol, y su misión no admitía retorno: llevar a seis compatriotas al cráter Gale para fundar Tenochtitlán Marciana, la primera colonia humana permanente en Marte.

Dentro de la sala de control, el silencio era tan denso que se podía escuchar el latido acelerado de los corazones. Los seis astronautas ocupaban sus puestos, envueltos en trajes presurizados que crujían con cada movimiento mínimo. Habían pasado años en entrenamiento, mientras sacrificaban familias, carreras, noches enteras de sueño, todo por este instante. Representaban a un país que había apostado su prestigio, su economía y su esperanza en un sueño que muchos en el mundo llamaban locura. Pero para ellos no era locura: era destino.

El comandante Arturo Vargas, de pie frente a la consola principal, tenía las manos firmes sobre los controles, aunque sus nudillos estaban blancos. A sus cuarenta y dos años, había dedicado una década entera al diseño de cada tornillo, cada circuito, cada línea de código de la Huitzilopochtli. Sus ojos oscuros parecían absorber la luz de los paneles. Detrás de esa fachada de hierro había una obsesión que rozaba lo religioso: la certeza de que México, después de siglos de ser observado por otros, por fin observaría las estrellas y reclamaría su lugar en ellas.

A su derecha, la doctora Sofía Morales calibraba los sistemas hidropónicos con dedos que temblaban apenas. Había perdido a su hermano en la misión lunar de 2020; el accidente aún la visitaba en sueños. Marte era para ella redención y castigo al mismo tiempo: una oportunidad de hacer lo que su hermano no pudo, pero también un recordatorio constante de que el espacio no perdona errores ni debilidades.

El doctor Armando Cruz, geólogo y devoto de las antiguas tradiciones mexicas, sostenía en el bolsillo una pequeña estatuilla de obsidiana de Quetzalcóatl. Nadie sabía que la llevaba consigo. Mientras los demás se concentraban en números y protocolos, él trazaba patrones invisibles sobre la mesa, como si intentara leer un mensaje que el cosmos aún no había enviado.

La teniente Adriana López, piloto, ajustaba la trayectoria con precisión quirúrgica. Su sarcasmo habitual estaba ausente; solo quedaban los ojos castaños fijos en los indicadores, como si pudiera obligar al universo a obedecer con pura voluntad.

La doctora Ivanna Torres, médica y psicóloga, observaba a sus compañeros desde un rincón. Sus manos reposaban sobre el monitor de signos vitales, pero su mirada buscaba algo más profundo: las primeras grietas en la cordura que el aislamiento traería de manera inevitable.

Y el ingeniero Fernando Ramírez, el más joven, verificaba los sistemas de soporte vital con una ansiedad que intentaba ocultar tras sonrisas nerviosas. «Si nos quedamos sin aire, al menos moriremos con estilo», había bromeado en la última cena en Tierra. Nadie rio entonces. Nadie rio ahora.

La cuenta regresiva comenzó. Diez. Nueve. Ocho... Cada número era un latido colectivo. Siete. Seis. Cinco... Arturo apretó los puños y murmuró para sí mismo: «Por México. Por Tenochtitlán. Por Marte». Cuatro. Tres. Dos... Sofía cerró los ojos y vio el rostro de su hermano sonriéndole desde la oscuridad. Uno... ¡Ignición!

El rugido de los motores desgarró el desierto. La Huitzilopochtli se elevó envuelta en fuego y polvo, mientras dejaba atrás la Tierra como una joya azul que se empequeñecía rápidamente. La fuerza de la aceleración los aplastó contra los asientos; el mundo entero se redujo a vibración, ruido y latidos desbocados. Cuando alcanzaron órbita, la gravedad cedió y un silencio sepulcral llenó la cabina.

Afuera, la curvatura terrestre brillaba como una promesa rota. Adentro, seis corazones humanos latían al unísono, cargados de orgullo, miedo y una certeza que ninguno se atrevía a nombrar todavía: que el universo no los esperaba con los brazos abiertos.

En algún lugar, muy lejos, en la vasta oscuridad entre mundos, un zumbido casi imperceptible comenzó a propagarse. No era ruido estático. No era interferencia solar. Era antiguo, paciente, consciente. Como si algo hubiera despertado al notar que unos pequeños seres de un planeta azul habían decidido, por fin, salir de su cuna.

Y ese algo los observaba.

No con curiosidad.

Con hambre.

José Arturo Sarabia Campos

CAPÍTULO 1 UNA NAVE NOS OBSERVA

El desierto de Chihuahua se extendía como un océano de arena bajo el sol abrasador del 10 de junio de 2040. En su corazón, una estructura colosal desafiaba la desolación: la plataforma de lanzamiento de la Huitzilopochtli, una nave espacial diseñada por la Universidad Autónoma de México (UNAM), bautizada con el nombre del dios mexica de la guerra y el sol. Su silueta plateada, adornada con el emblema de un águila que devoraba una serpiente sobre un cactus marciano, brillaba con un fulgor casi sobrenatural. La misión Tenochtitlán Marciana estaba a punto de comenzar, un viaje sin retorno para establecer la primera colonia humana en Marte. Sin embargo, en el aire seco, un murmullo parecía susurrar que no todos los destinos son los que se planean.

Dentro de la sala de mando, los seis astronautas mexicanos ocupaban sus posiciones, sus rostros iluminados por el resplandor azul de los paneles de control. El ambiente era denso, cargado de expectación y un temor que nadie se atrevía a mencionar. Sus trajes presurizados, ajustados como una segunda piel, crujían con cada movimiento, y el zumbido constante de los sistemas de la nave llenaba los silencios. Cada uno de ellos había sacrificado algo para estar allí: familias, carreras, la certeza de un hogar. No obstante, también llevaban consigo un orgullo feroz, el peso de representar a un país que había apostado todo por este sueño cósmico.

El comandante Arturo Vargas, de 42 años, estaba de pie frente a la consola principal, sus manos firmes sobre los controles. Era un hombre de presencia imponente, con ojos oscuros que parecían absorber la luz. Su liderazgo era incuestionable, pero quienes lo conocían bien —y eran pocos— sabían que su devoción por la misión rayaba en la obsesión. Había pasado una

década en el diseño de la Huitzilopochtli, de cada tornillo, cada circuito, era una extensión de su voluntad.

—Por México, por Tenochtitlán, por Marte —dijo con voz grave, su mirada fija en el horizonte que pronto dejarían atrás.

Pero en el fondo de su mente, una duda persistía:

—¿y si el cosmos no quiere ser conquistado?

A su derecha, la Dra. Sofía Morales, bióloga de 35 años, revisaba los datos de los cultivos hidropónicos que serían la base de la colonia marciana. Su cabello negro, recogido en una trenza apretada, enmarcaba un rostro curtido por años de trabajo en entornos extremos. Sofía era una experta en la supervivencia, aunque también una mujer marcada por la pérdida. Su hermano, un astronauta de la misión lunar de 2020, había muerto en un accidente que aún la perseguía en pesadillas. Marte, para ella, era una oportunidad de redención, pero también un recordatorio constante del vacío que la esperaba más allá de la atmósfera. Mientras calibraba los sensores, sus dedos temblaron un poco al desviar la mirada hacia la ventana. Afuera, el desierto parecía observarla.

El Dr. Armando Cruz, geólogo de 38 años, ocupaba el asiento trasero, sus manos en reposo sobre un cuaderno lleno de anotaciones. Era un hombre reservado, de pocas palabras, pero sus ojos brillaban con una curiosidad casi infantil. Su fascinación por las leyendas mexicas lo había llevado a estudiar los paralelismos entre los dioses antiguos y los misterios del cosmos. En su mochila personal, llevaba una pequeña estatuilla de obsidiana de Quetzalcóatl, un amuleto que nadie más conocía. Mientras los demás se concentraban en los preparativos, Armando trazaba patrones invisibles en la mesa, como si intentara descifrar un mensaje que aún no había escuchado.

La teniente Adriana López, de 32 años, estaba en el asiento del piloto, sus manos movidas con precisión quirúrgica sobre los

controles de navegación. Era la más pragmática del equipo, con un humor sarcástico que aligeraba la tensión, aunque también con una intolerancia visceral hacia los imprevistos.

—Si algo sale mal, no me culpen a mí —murmuró, mientras ajustaba su auricular.

Sus ojos, de un castaño intenso, escaneaban cada indicador, cada número, como si pudiera anticipar el caos antes que ocurriera. Aun así, incluso ella, con su confianza inquebrantable, sentía un nudo en el estómago. Algo en el aire no estaba bien.

La Dra. Ivanna Torres, médica y psicóloga de 40 años, observaba al equipo desde un rincón, su rostro sereno pero alerta. Era el alma compasiva del grupo, la encargada de mantener la cordura en un viaje que prometía estirar los límites de la mente humana. Sus manos reposaban sobre un dispositivo portátil que monitoreaba los signos vitales de cada astronauta, y sus ojos se detenían en cada uno de ellos, en busca de señales de estrés. Ivanna sabía que el verdadero peligro no estaba en el espacio, sino en lo que el aislamiento podía hacerles a sus mentes.

Por último, el Ing. Fernando Ramírez, de 29 años, revisaba los sistemas de soporte vital con una mezcla de entusiasmo y ansiedad. Era el más joven del equipo, un ingeniero brillante, pero propenso a los nervios. Sus chistes eran un escudo contra el miedo, y mientras calibraba los filtros de oxígeno, lanzó uno:

—Si nos quedamos sin aire, al menos moriremos con estilo, ¿no? —Nadie rio, sin embargo, Adriana le lanzó una mirada de fingida exasperación.

Fernando sonrió, aunque sus manos temblaban de forma casi imperceptible. No lo admitiría, pero el peso de ser responsable de la supervivencia del equipo lo aplastaba.

La cuenta regresiva comenzó, proyectada en una pantalla gigante frente a ellos. «Diez, nueve, ocho...». La voz automatizada

resonaba como un mantra, y el corazón de cada astronauta latía al unísono. «Siete, seis, cinco...» Arturo apretó los puños, su mente repitió las palabras que había pronunciado en cada simulacro: «No hay vuelta atrás». «Cuatro, tres, dos...» Sofía cerró los ojos por un instante, mientras imaginaba el rostro de su hermano. «Uno... ¡ignición!».

El rugido de los motores sacudió la nave, un trueno que parecía desgarrar el tejido mismo del mundo. La Huitzilopochtli ascendió, mientras dejaba atrás la Tierra en una nube de fuego y polvo. La fuerza de la gravedad los aplastó contra sus asientos, y por un momento, el mundo entero se redujo a la vibración de la nave y el latido de sus corazones. Cuando alcanzaron la órbita baja, la presión cedió, y un silencio sepulcral llenó la cabina. Afuera, la curvatura de la Tierra brillaba como una joya azul contra la negrura del espacio.

—Lo logramos —dijo Adriana, para romper el silencio.

Su voz era firme, aunque había un temblor en ella.

Arturo asintió, pero no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en la pantalla que mostraba su trayectoria hacia Marte, un viaje de nueve meses que los llevaría al cráter Gale, donde construirían Tenochtitlán Marciana. El sueño de una nueva patria, un nuevo comienzo. Aunque, en el fondo de su mente, una voz susurraba: «¿y si no estamos solos?».

Las primeras horas en el espacio transcurrieron con una eficiencia casi mecánica. Cada astronauta cumplía con sus tareas: Adriana monitoreaba la trayectoria, Sofía revisaba los cultivos, Armando calibraba los sensores geológicos, Ivanna tomaba notas psicológicas, y Fernando verificaba los sistemas de soporte vital. Pero a medida que la Tierra se alejaba, una sensación de aislamiento comenzó a filtrarse en la cabina. El espacio, con su vastedad infinita, tenía una forma de hacer que incluso los más valientes se sintieran insignificantes.

Fue entonces cuando ocurrió. Mientras cruzaban la órbita lunar, un zumbido grave, casi imperceptible, comenzó a resonar en los sistemas de la nave. Era un sonido extraño, como un lamento lejano, que parecía vibrar en los huesos más que en los oídos. Adriana, inclinada sobre la consola de comunicaciones, frunció el ceño.

—No es ruido estático —murmuró, mientras ajustaba los controles—. Parece... un patrón. Como si alguien intentara enviar una señal.

Arturo, que revisaba los datos de navegación, levantó la vista.

—Interferencias de la radiación solar —Aseguró, aunque su tono carecía de convicción.

Adriana negó con la cabeza.

—No. Es demasiado regular. Mira esto —giró su pantalla hacia él, para mostrar una gráfica de ondas que subían y bajaban en una secuencia precisa, casi del orden de lo musical—. No hay ninguna fuente conocida que produzca esto. Ni satélites, ni estaciones espaciales, ni nada.

Sofía, que contemplaba por la ventana, se giró hacia ellos.

—Podría ser un eco de la nave, o tal vez algún reflejo de nuestras propias señales —pero incluso mientras lo decía, sabía que no era cierto.

El zumbido tenía una cualidad viva, como si respirara.

Armando, que hasta entonces había permanecido en silencio, se inclinó hacia la consola.

—Grábalo —dijo con voz baja—. Quiero analizarlo.

Fernando, en un intento de aligerar el ambiente, soltó una risa nerviosa.

—Genial, ahora tenemos fantasmas espaciales ¿qué sigue, un OVNI? —Sin embargo, nadie respondió.

Ivanna, que observaba las reacciones del equipo, notó cómo las pulsaciones de todos habían aumentado un poco.

—Mantengamos la calma —dijo con suavidad—. Podría ser un fenómeno natural que no conocemos. El espacio está lleno de sorpresas.

Aunque la palabra «natural» no tranquilizó a Sofía. Mientras los demás discutían, ella volvió a mirar por la ventana. El espacio era un lienzo negro, salpicado de estrellas que parecían parpadear con un ritmo extraño. Por un instante, juró ver un destello, un movimiento en la oscuridad, como si algo se hubiera deslizado justo fuera de su campo de visión. Su corazón se aceleró, y se obligó a respirar hondo.

—Es el estrés, se dijo. Solo el estrés.

El zumbido cesó de manera abrupta como había comenzado, para dejar un silencio que era casi más inquietante. Adriana revisó los sistemas, pero no encontró nada fuera de lo normal.

—Se fue —dijo, aunque su voz tenía un dejo de duda—

Arturo, para retomar su autoridad, ordenó:

—¡Sigamos con el protocolo! ¡Adriana, mantén un registro de cualquier anomalía!, ¡Armando, analiza ese audio!; ¡el resto, a sus puestos!

El equipo obedeció, sin embargo, la atmósfera en la cabina había cambiado. El zumbido, aunque breve, había plantado una semilla de inquietud. Durante las siguientes horas, cada crujido de la nave, cada parpadeo de las luces, parecía amplificado.

Fernando, incapaz de contenerse, rompió el silencio con otro chiste:

—Si esto es una película de terror, yo soy el que muere primero, ¿verdad?

Adriana le lanzó una mirada que lo fulminó:

—Si no te callas, te mato yo misma.

La noche artificial llegó, y el equipo se preparó para descansar. La Huitzilopochtli estaba programada para mantener una rotación de día y noche, con el fin de imitar el ciclo terrestre para preservar la salud mental. Uno por uno, los astronautas se retiraron a sus cápsulas de descanso, pequeños compartimentos apenas lo bastante grandes para una persona. Sofía fue la última en quedarse, para revisar los datos de los cultivos una vez más. Pero mientras trabajaba, el zumbido regresó, esta vez más claro, más insistente.

Se puso los auriculares y ajustó los controles, en un intento de aislar el sonido. Lo que escuchó la hizo congelarse. Entre las ondas, había algo que sonaba como un susurro, una voz que no podía descifrar, aunque parecía llamarla:

—Ven... te esperamos... —Su mano tembló mientras desconectaba los auriculares, y el silencio volvió a envolverla. Miró alrededor, pero la cabina estaba vacía. Afuera, el espacio parecía más oscuro, más denso, como si se hubiera cerrado sobre la nave.

Después, un destello en una de las pantallas de navegación captó su atención. Era un punto luminoso, apenas perceptible, que se movía en paralelo a su trayectoria. Al principio, lo atribuyó a un satélite olvidado o un fragmento de basura espacial. Pero el punto no se desviaba, no seguía una órbita predecible. Su movimiento era deliberado, como si los rastreara.

—Adriana —llamó Sofía por el intercomunicador, su voz tensa—. Ven aquí. Ahora.

Adriana, que estaba a punto de dormirse, llegó en menos de un minuto, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? Si es otro chiste más de Fernando, juro que lo lanzo al espacio.

—Sofía señaló la pantalla sin decir nada. Adriana se inclinó, sus ojos entrecerrados analizaban el punto luminoso.

—No es un asteroide —murmuró, sus dedos en rápida acción sobre los controles para ampliar la imagen—. Los sensores no detectan composición rocosa... ni metal conocido. Es... algo más.

El resto del equipo fue convocado, y pronto la sala de mando se llenó de una tensión palpable. Arturo, con los brazos cruzados, observaba la pantalla con una mezcla de incredulidad y furia contenida, aunque su voluntad parecía insuficiente para obligar al objeto a revelar sus intenciones. Armando, con su cuaderno en la mano, escribía con velocidad, mientras murmuraba algo sobre «señales del más allá». Ivanna monitoreaba los signos vitales de todos, al notar que los corazones de la tripulación latían al borde del pánico. Fernando, por una vez, estaba en silencio, sus manos en un firme agarre de los bordes de su asiento.

Adriana ajustó los telescopios externos de la nave, y la imagen en la pantalla se volvió más nítida. Un jadeo colectivo llenó la cabina. Era una nave, pero no como ninguna que hubieran imaginado. Su forma era un disco perfecto, con bordes que parecían fundirse con la oscuridad del espacio, como si absorbiera la luz en lugar de reflejarla. La superficie era lisa, sin juntas ni ventanas visibles, y emitía un leve resplandor verdoso que pulsaba como un latido. No había propulsores, ni antenas, ni nada que sugiriera una tecnología comprensible. Permanecía suspendido, a unos pocos kilómetros de distancia, en una velocidad idéntica a la de la Huitzilopochtli.

—¿Qué... es eso? —Preguntó Fernando, su voz apenas un susurro, que nadie respondió.

Adriana intentó enviar una señal de comunicación estándar, sin embargo, las ondas de radio regresaban distorsionadas, como si la nave alienígena las absorbiera.

—No responde —dijo, su tono seco al traicionar el miedo que crecía en su pecho—. Aunque nos sigue. No hay duda.

Arturo dio un paso adelante, su voz cortante.

—Protocolo de contacto desconocido. Revisen los sistemas defensivos.

Pero sus palabras sonaron huecas. La Huitzilopochtli estaba diseñada para resistir impactos de micrometeoritos y tormentas solares, no para enfrentarse a una presencia extraterrestre. No tenían armas, ni escudos, ni un manual para esto. Estaban a la deriva en el vacío, con algo que desafiaba toda lógica en observación de ellos.

Sofía, con los ojos fijos en la pantalla, sintió un escalofrío. La nave alienígena no hacía nada, solo los acompañaba, aunque su presencia era opresiva, como si el espacio mismo se hubiera vuelto más denso.

—Parece que... nos estudia —dijo, su voz temblorosa—. Como si quisiera saber quiénes somos antes de...

No terminó la frase, pero la idea quedó suspendida en el aire.

Armando, que había estado callado, levantó la vista de su cuaderno.

—En las leyendas mexicas, los dioses observaban a los humanos antes de decidir su destino. Tláloc, Quetzalcóatl... siempre en vigilancia. ¿Y si esto es algo así? ¿y si no es una

máquina, sino... algo vivo? —Su voz era calmada, pero sus palabras encendieron un nuevo tipo de terror en la cabina.

Fernando soltó una risa nerviosa.

—Genial, ahora es un dios espacial. ¿Pedirán sacrificios humanos o qué?

Ivanna intervino, su tono firme, aunque suave.

—Necesitamos mantener la cabeza fría. El pánico no nos ayudará. Por ahora, no parece hostil. Solo... curioso —pero incluso ella dudaba de sus palabras. Los signos vitales de la tripulación mostraban picos de adrenalina, y sus propios dedos temblaban al tomar notas.

Adriana, frustrada, golpeó la consola.

—¡No podemos quedarnos sentados, a la espera de que nos haga algo! ¿y si nos ataca? ¿y si nos sigue hasta Marte?

Arturo la miró con severidad.

—Teniente, controle su tono. Seguiremos el protocolo: observación, registro, y preparación para maniobras evasivas si es necesario —aunque todos sabían que no había maniobras posibles. La Huitzilopochtli no podía competir con algo que parecía desafiar las leyes de la física.

El zumbido regresó, esta vez más fuerte, en resonancia no solo en los sistemas sino en la estructura misma de la nave. Las luces parpadearon, y por un instante, la pantalla mostró una interferencia, como si la nave alienígena proyectara algo. Una imagen fugaz apareció: un paisaje rojo, cubierto de estructuras que parecían templos, aunque con geometrías imposibles, y figuras humanoides en movimiento entre sombras. Luego, la pantalla volvió a mostrar el disco flotante, inmóvil, que los observaba.

Sofía retrocedió, su respiración agitada.

—Eso no era Marte —susurró—. Eso no era... nada que conozcamos.

Arturo, con los puños apretados, ordenó:

—¡Apaguen esa pantalla!, ¡ahora! —Pero antes de que Adriana pudiera obedecer, el zumbido alcanzó un crescendo, y la nave alienígena comenzó a girar con lentitud, su resplandor verdoso en intensificación. La tripulación contuvo el aliento, en espera de lo peor.

Y entonces, sin previo aviso, desapareció.

La pantalla mostró solo el vacío, las estrellas distantes en un parpadeo como si nada hubiera ocurrido. Los sensores no detectaban nada, ni rastro de energía, ni eco de movimiento. Era como si la nave nunca hubiera estado allí. El zumbido cesó, en un silencio que era casi doloroso. La tripulación se miró, sus rostros pálidos, sus respiraciones entrecortadas.

—¿Se... fue? —Preguntó Fernando, su voz quebrada.

Adriana revisó los sensores una y otra vez, pero no había nada.

—No hay rastro —dijo, aunque su tono era de incredulidad—. Es como si se hubiera desvanecido en el aire... o en lo que sea que hay allá afuera.

Arturo, con la mandíbula tensa, rompió el silencio.

—Regresen a sus puestos. Revisen cada sistema. Esto no termina hasta que estemos en Marte —pero su voz carecía de la autoridad habitual. Incluso él parecía sacudido. Ivanna, que observaba al equipo, tomó nota mental: el encuentro, pero breve, había fracturado algo en la psique de la tripulación. El miedo a lo desconocido ahora era real, tangible.

Sofía, aún junto a la ventana, miró al espacio. El vacío parecía más oscuro, más vivo. En su mente, la imagen de aquellos

templos imposibles y las figuras sombrías persistía. Cerró los ojos, aunque no pudo sacudirse la sensación que la nave había desaparecido, algo aún los observaba, a la espera, en la penumbra del cosmos.

La Huitzilopochtli continuó su viaje hacia Marte, pero el sueño de Tenochtitlán Marciana ahora estaba teñido de una sombra que ninguno de ellos podía ignorar. El universo, con su silencio infinito, había hablado. Y lo que había dicho, nadie estaba preparado para entenderlo.

CAPÍTULO 2 EL ENJAMBRE DE METEORITOS

La Huitzilopochtli surcaba el vacío, un punto minúsculo en la inmensidad del espacio, con la Tierra ya reducida a un recuerdo lejano y Marte aún un sueño distante. La desaparición de la nave alienígena había dejado a la tripulación en un estado de alerta constante, sus nervios al borde del colapso. Las horas posteriores al encuentro estuvieron marcadas por un silencio tenso, roto solo por el zumbido ocasional de los sistemas y los murmullos de los astronautas que revisaban datos en busca de respuestas que no llegaban. El cosmos, con su indiferencia, parecía burlarse de su fragilidad.

Sofía, sentada frente a los monitores de los cultivos hidropónicos, intentaba concentrarse en las lecturas de oxígeno; sin embargo, su mente permanecía atrapada en la imagen de aquella nave imposible. Armando, en un rincón, analizaba el audio del zumbido con una intensidad que rozaba la obsesión, sus dedos ocupados en trazar patrones sobre la estatuilla de Quetzalcóatl, que ahora llevaba sin disimulo en el bolsillo. Ivanna, siempre vigilante, tomaba notas sobre el estado psicológico del equipo, mientras Adriana ajustaba la trayectoria de la nave con una precisión casi maniática. Fernando, por su parte, revisaba los sistemas de soporte vital y murmuraba chistes que nadie escuchaba. Arturo, desde la consola principal, mantenía una fachada de control, aunque sus ojos permanecían fijos en las pantallas de navegación, como si esperara que la nave alienígena regresara en cualquier momento.

Fue entonces cuando una alarma estridente rompió la quietud. Las luces de la cabina se tiñeron de rojo, y una voz automatizada resonó: «¡alerta de colisión!, ¡objetos múltiples detectados en trayectoria!; ¡impacto inminente en 12 minutos!». La tripulación se congeló, sus rostros iluminados por el resplandor rojizo. Adriana fue la primera en reaccionar y corrió a su consola.

—¡No puede ser! —Exclamó, mientras sus dedos se movían con rapidez sobre los controles—. Es un enjambre de meteoroides. Cientos de ellos. ¡No estaba en los mapas de navegación!

Arturo se acercó, su voz cortante.

—¿Cómo no lo detectamos antes?

Adriana, sin mirarlo, respondió mientras ampliaba la imagen en la pantalla principal.

—No lo sé. Aparecieron de la nada. Son pequeños; y hay demasiados. Si nos golpean, estamos acabados.

La pantalla mostraba un campo de puntos brillantes, como un enjambre de luciérnagas mortales, que se movían en un patrón caótico, aunque directo hacia la Huitzilopochtli. Los meteoroides, fragmentos rocosos y metálicos de entre un metro y unos pocos centímetros, eran demasiado numerosos para que los escudos básicos de la nave, diseñados solo para micrometeoritos, pudieran desviarlos.

Sofía, con el corazón en la garganta, se acercó a la consola.

—¿Podemos esquivarlos? —Preguntó, pero la respuesta era evidente en el rostro tenso de Adriana.

—Lo intentaré —respondió el piloto, mientras sus manos se movían con frenesí—. Pero no tenemos suficiente maniobrabilidad para esto. La Huitzilopochtli no es una nave de combate. Es un simple autobús espacial.

El ambiente en la cabina se volvió asfixiante. El rugido de las alarmas, combinado con el zumbido persistente de los sistemas, amplificaba el terror que se apoderaba de la tripulación. Ivanna, en un esfuerzo por mantener la calma, habló con voz firme.

—Todos, respiren hondo. Necesitamos trabajar juntos. ¡Adriana, danos opciones!, ¡Fernando, verifica los sistemas de soporte vital por si tenemos que sellar compartimentos!, ¡Armando, ayuda a Sofía con los cálculos de trayectoria.

Su tono profesional no podía ocultar el temblor en sus manos.

Fernando, con el rostro pálido, se dirigió a su consola.

—Si uno de esos nos perfora, adiós oxígeno. Adiós nosotros —intentó sonar sarcástico, pero su voz se quebró.

Armando, tras dejar su cuaderno, se unió a Sofía, aunque sus ojos permanecían fijos en la estatuilla de obsidiana, como si buscara una respuesta en ella.

—Esto no es normal —murmuró—. Un enjambre así, justo después de... eso.

Sofía lo miró, su propia ansiedad reflejada en los ojos de Armando.

—¿Crees que está relacionado? —Preguntó en voz baja—. Pero Armando no respondió; su silencio fue suficiente.

Arturo, al asumir el mando, se colocó junto a Adriana.

—Dame un plan. Ahora —Adriana, sin apartar la vista de los controles, respondió entre dientes—. Puedo intentar ejecutar una maniobra evasiva, aunque nos desviará de la trayectoria a Marte. Gastaremos combustible que no podemos recuperar. Y si calculo mal, chocaremos de frente.

Arturo apretó los puños.

—Hazlo. Es nuestra única opción.

La Huitzilopochtli comenzó a girar, sus motores en rugido mientras Adriana ejecutaba una serie de maniobras desesperadas. La nave, diseñada para un viaje estable y

predecible, protestaba con vibraciones que hacían temblar las paredes. Cada ajuste era un riesgo: un movimiento demasiado brusco podía desestabilizar los sistemas, aunque permanecer quietos era una sentencia de muerte. La tripulación se sujetó a sus asientos, sus cuerpos aplastados por la fuerza de las maniobras. El sudor corría por la frente de Adriana, sus ojos fijos en la pantalla que mostraba la nube de meteoroides en acercamiento.

—¡Impacto en cinco minutos! —Gritó, su voz quebrada por primera vez.

Sofía, en colaboración con Armando, intentaba calcular una ruta alternativa, pero los datos eran abrumadores.

—Son demasiados —dijo, su voz llena de desesperación—. No hay un camino claro.

Armando, con los dedos que temblaban sobre la consola, murmuró algo ininteligible, como una plegaria antigua. La estatuilla de Quetzalcóatl, ahora en su mano, parecía absorber la luz de la cabina.

De repente, un estruendo sacudió la nave. Un meteoroides, pequeño, aunque letal, había rozado el casco y dejado una marca en el blindaje externo. Las alarmas se intensificaron, y una luz parpadeante indicó una fuga de presión en un compartimento secundario. Fernando, con frenesí, corrió a sellar el daño.

—¡Estamos quedándonos sin oxígeno! —Gritó, mientras ajustaba los filtros con sus manos temblorosas—. ¡No puedo arreglar esto si estamos bajo ataque constante!

Ivanna, al monitorear los signos vitales, notó que las pulsaciones de todos estaban al límite.

—¡Arturo, necesitamos un plan B! —Dijo, su voz cortante en medio del caos—. Si seguimos así, el estrés los quebrará antes que los meteoroides.

Arturo, con los dientes apretados, respondió sin mirarla.

—No hay plan B. Sobrevivimos o morimos.

En ese momento, Sofía levantó la vista de su consola, su rostro pálido como la ceniza.

—Es... imposible —susurró.

Adriana la miró, furiosa.

—¿Qué?

Sofía señaló la pantalla con las manos temblorosas.

—El enjambre... se reorganiza. No es aleatorio. Se mueve como si... nos persiguiera —la cabina quedó en silencio, solo roto por el zumbido de los sistemas y el latido de sus corazones—. La pantalla mostraba cómo los meteoroides, en lugar de dispersarse, formaban un patrón, como un enjambre de insectos que ajustaba su trayectoria para seguir a la Huitzilopochtli.

—¿Cómo es posible? —Preguntó Fernando, su voz al borde del pánico—. ¡Son rocas! ¡las rocas no piensan!

Armando, con los ojos muy abiertos, apretó la estatuilla con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—No son solo rocas —dijo, casi para sí mismo—. Es una señal. Algo nos guía... o caza.

Adriana, al ignorar las especulaciones, ejecutó otra maniobra e inclinó la nave en un ángulo imposible. La Huitzilopochtli gimió bajo la presión, y un segundo impacto resonó, esta vez más cerca del núcleo de soporte vital. Las luces parpadearon, y por un instante, la gravedad artificial falló, lo que hizo que los objetos flotaran en la cabina antes de estabilizarse.

—¡No puedo seguir así! —Gritó Adriana—. ¡Nos quedamos sin opciones!

Sofía, al mirar la pantalla, sintió un escalofrío. Entre los puntos brillantes del enjambre, por un instante, juró ver algo más: una sombra, como la silueta de la nave alienígena que los había seguido antes. Sin embargo, cuando parpadeó, desapareció.

—¡Arturo! Gritó, tratando., de decirle algo, aunque no pudo terminar—. Un tercer impacto sacudió la nave, y las alarmas alcanzaron un volumen ensordecedor.

Fernando gritó desde su consola:

—¡Fuga crítica! ¡si no sellamos esto ahora, respiraremos vacío en diez minutos!

En medio del caos, Armando se levantó, su voz con sorprendente calma.

—Escuchen —dijo, mientras sostenía la estatuilla—. En las leyendas, los dioses enviaban pruebas antes de revelar su voluntad. Esto no es un accidente. Es una advertencia.

Adriana lo interrumpió con un grito.

—¡No tenemos tiempo para tus cuentos! ¡ayúdanos o cállate!

No obstante, Arturo, con los ojos fijos en la pantalla, levantó una mano.

—Basta. Todos. ¡Adriana, sigue con las maniobras!; ¡Fernando, sella esa fuga!; ¡Sofía, Armando, busquen un patrón en el enjambre!; Si no es aleatorio, tiene que haber una forma de anticiparlo.

La tripulación trabajó contra el reloj, sus movimientos con frenesí mientras la nave esquivaba y recibía golpes menores. Cada impacto era un recordatorio de su vulnerabilidad, y el terror se mezclaba con la desesperación. Ivanna, en un rincón, susurraba palabras de aliento, pero sus ojos reflejaban el mismo miedo que consumía a los demás. La idea que el enjambre

podiera actuar con intención era demasiado aterradora para procesarla, aunque nadie podía descartarla.

De repente, de manera abrupta como había comenzado, el enjambre se dispersó. Los puntos en la pantalla se desvanecieron, como si una mano invisible los hubiera barrido del espacio. Las alarmas se silenciaron, y la cabina quedó envuelta en un silencio sepulcral. Adriana, con la respiración entrecortada, revisó los sensores.

—Se... fueron —dijo, incrédula—. No hay nada. Ni un solo meteorode.

Fernando, que aún temblaba, se dejó caer en su asiento.

—¿Qué fue eso? —Preguntó, su voz quebrada.

Sofía, al mirar la pantalla ahora vacía, sintió un nudo en el estómago.

—No lo sé... aunque no fue natural.

Armando, mientras sostenía la estatuilla, murmuró:

—Nos dejaron pasar. Por ahora.

Arturo, con el rostro endurecido, ordenó:

—¡Revisen el daño!, ¡aseguren los sistemas!; No sabemos si volverán! —No obstante, su voz carecía de la certeza de antes—. La Huitzilopochtli había sobrevivido, pero a un costo muy alto. El casco estaba dañado, los niveles de oxígeno eran críticos, y la moral de la tripulación estaba destrozada. El sueño de Tenochtitlán Marciana parecía más lejano que nunca, y la sensación de ser observados, de ser guiados por algo más grande y más antiguo que ellos mismos, se cernía como una sombra.

Sofía, al mirar por la ventana al espacio ahora despejado, sintió un escalofrío. El vacío estaba en silencio, aunque no estaba vacío. Algo, o alguien, los había dejado vivir. Y mientras la

Huitzilopochtli continuaba su viaje hacia Marte, la pregunta no era si volverían a encontrar ese algo, sino cuándo.

La Huitzilopochtli avanzaba con paso tambaleante por el espacio, su casco maltrecho como el de un navío que apenas sobrevive a una tormenta. Los daños del primer enjambre de meteoroides habían dejado la nave en un estado crítico: fugas selladas a medias, niveles de oxígeno al límite y sistemas eléctricos que fallaban con intermitencia. La tripulación, agotada en cuerpo y alma, trabajaba en un silencio roto solo por el crujido de la estructura y el zumbido constante de las alarmas de bajo nivel. El encuentro con la nave alienígena y el enjambre anterior habían fracturado su confianza, reemplazada por un miedo que se filtraba en cada mirada, cada palabra no dicha.

En la sala de mando, las luces parpadeaban y proyectaban sombras que parecían danzar con vida propia. Arturo, con ojeras profundas marcadas en su rostro, revisaba los informes de daños junto a Fernando, quien luchaba por mantener operativos los sistemas de soporte vital.

—Estamos al 60% de capacidad de oxígeno —dijo Fernando, su voz tensa, sin rastro de su humor habitual—. Si recibimos otro golpe, no habrá suficiente para llegar a Marte.

Arturo asintió, su mandíbula apretada.

—Prioriza los sellos de las fugas. No podemos permitir otra pérdida.

Sofía, frente a los monitores de los cultivos, intentaba mantener la calma, aunque sus manos temblaban al ajustar los niveles de nutrientes. La imagen de los meteoroides que los perseguían, movidos con una precisión imposible, seguía atormentándola. Adriana, en la consola de navegación, revisaba la trayectoria con una intensidad casi obsesiva, como si pudiera anticipar la próxima amenaza. Armando, sentado en un rincón, sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, sus labios movidos por un

murmullo inaudible. Ivanna, con vigilancia constante, observaba al equipo y tomaba notas sobre sus signos vitales, que mostraban un estrés al borde del colapso.

El alivio de haber sobrevivido al enjambre duró poco. A las 03:47 de la madrugada artificial, una nueva alarma estalló, más estridente que nunca. La voz automatizada resonó: «¡alerta de colisión!, ¡objetos múltiples detectados!; ¡impacto inminente en 15 minutos!». La cabina se llenó de un caos instantáneo. Adriana corrió a su consola, sus dedos veloces sobre los controles.

—¡Son ellos! —Gritó, su voz quebrada por el pánico—. ¡Los meteoroides volvieron!

La pantalla principal mostró un enjambre aún más denso que el anterior, movido en un patrón que parecía vivo y que se ajustaba a cada maniobra de la nave.

Sofía se acercó, su rostro pálido.

—¿Cómo es posible? ¡se dispersaron!

Adriana, sin mirarla, respondió con furia contenida.

—No lo sé, pero están aquí, y esta vez no podremos esquivarlos. La nave está destrozada.

Los datos en la pantalla eran implacables: la Huitzilopochtli apenas tenía combustible para maniobras menores, y los motores, sobrecargados por el ataque anterior, estaban al borde del fallo.

El terror se apoderó de la cabina. Fernando, al revisar los sistemas, soltó un grito de frustración.

—¡No tenemos oxígeno para otro sellado! Si nos golpean, estamos muertos.

Ivanna, que intentaba mantener el control, habló con voz firme.

—Cálmense. Necesitamos pensar, no gritar. Arturo, ¿qué hacemos?

Aunque ella era la más serena del equipo, tenía los puños apretados, sus nudillos blancos.

Arturo, de pie frente a la pantalla, observó el enjambre con una intensidad que rayaba en la obsesión. Los meteoroides no se movían como objetos naturales; su coordinación era demasiado precisa, como si respondieran a una inteligencia. Una idea, arriesgada y desesperada, comenzó a formarse en su mente.

—No son solo rocas —dijo, su voz grave que cortaba el caos—. Se mueven como si estuvieran controlados. Como si fueran... artefactos.

La tripulación lo miró, incrédula.

—¿Artefactos? —Preguntó Adriana, su tono entre la burla y el miedo—. ¿Quieres decir que son drones o algo por el estilo?

Arturo asintió, sus ojos fijos en la pantalla.

—Piénsenlo. El enjambre nos persiguió y ajustó su trayectoria. Eso no es natural. Si son electrónicos, entonces tienen circuitos, eso quiere decir que podemos neutralizarlos —hizo una pausa, al tiempo que sabía que tenía una gran idea—. La Huitzilopochtli tiene cañones de impulsos electromagnéticos para desactivar satélites hostiles. Podemos usarlos.

Un silencio tenso llenó la cabina. Fernando fue el primero en hablar, su voz temblorosa.

—¿Y si no funciona? ¿y si gastamos la poca energía que nos queda y seguimos en peligro de muerte?

Arturo lo miró con una intensidad que lo hizo retroceder —si no lo intentamos, moriremos de todos modos.

—¡Adriana, prepárate para disparar los cañones!, ¡Sofía, Armando, calculen el rango óptimo para el pulso!, ¡Ivanna, mantén a todos enfocados!, ¡Fernando, asegura la energía para los cañones, aunque sea lo último que hagas!

La tripulación, impulsada por la urgencia, se puso en acción, aunque el terror era palpable. Cada segundo que pasaba acercaba más al enjambre, y los impactos anteriores resonaban en sus mentes como un presagio. La nave vibraba bajo la presión de los motores dañados, y las luces parpadeaban, lo que sumía la cabina en una penumbra intermitente. El zumbido de los sistemas, mezclado con el sonido de las alarmas, creaba una atmósfera de pesadilla.

Sofía y Armando trabajaban con desesperación en los cálculos, sus manos temblorosas mientras ajustaban los parámetros del pulso electromagnético.

—Si disparamos demasiado pronto, no alcanzaremos a todos—dijo Sofía, su voz tensa—. Pero si esperamos demasiado, estarán muy cerca para esquivar los restos.

Armando, con la estatuilla de Quetzalcóatl en la mano, asintió.

—Dos minutos antes del impacto. Es nuestra ventana—sus ojos, febriles, parecían buscar una respuesta más allá de los números.

Adriana, en la consola de armas, preparaba los cañones, su rostro cubierto de sudor. —Nunca usamos estas cosas en una situación real—murmuró—. Si fallan, estamos fritos.

Arturo, a su lado, respondió con frialdad.

—No fallarán. Dispara cuando te dé la orden—aunque incluso él sentía el peso del riesgo. Los cañones eran un último recurso, diseñados para emergencias raras, y la nave ya estaba al borde del colapso energético.

Fernando, en los sistemas de energía, redirigía todos los watts disponibles a los cañones y sacrificaba sistemas secundarios. Las luces se apagaron por completo, lo que dejó solo el resplandor rojo de las alarmas.

—¡Esto es una locura! —Gritó, su voz al borde del llanto—. ¡Si desvió más energía, los sistemas de soporte vital colapsarán!

Arturo, sin mirarlo, respondió:

—Hazlo. Es ahora o nunca.

El enjambre estaba a siete minutos de impacto. La pantalla mostraba los meteoroides que se acercaban, su movimiento hipnótico y aterrador, como un depredador que sabe que su presa no puede escapar. Sofía, al mirar los datos, sintió un escalofrío. Por un instante, entre los puntos brillantes, vio de nuevo aquella sombra fugaz, la silueta de la nave alienígena del primer encuentro.

—¿Lo vieron? —Preguntó, su voz apenas audible. Nadie respondió, pero la tensión en la cabina se intensificó.

A tres minutos del impacto, Armando levantó la vista.

—¡Rango óptimo en dos minutos! —Gritó.

Adriana, con las manos en los controles de los cañones, asintió, su respiración entrecortada.

—¡Listos, solo díganme cuándo!

Arturo, de pie en el centro de la cabina, observaba la pantalla con una calma que parecía sobrenatural.

—Esperen mi orden —dijo, su voz un ancla en el caos.

El tiempo se estiró, cada segundo una eternidad. La nave temblaba, los motores rugían al límite, y el enjambre llenaba la pantalla, sus formas metálicas y rocosas cada vez más definidas.

Ivanna, que monitoreaba los signos vitales, notó que las pulsaciones de todos estaban al borde del colapso.

—Respiren —susurró, más para sí misma que para los demás—. Solo respiren.

A dos minutos del impacto, Arturo dio la orden.

—¡Disparen!

Adriana presionó los controles, y un zumbido grave resonó en la nave mientras los cañones de impulsos electromagnéticos liberaban una onda invisible. La energía se agotó, lo que sumió a la cabina en la oscuridad total, salvo por el resplandor de la pantalla. Durante un segundo eterno, nadie respiró.

Entonces, la pantalla mostró el milagro. Los meteoroides, uno por uno, comenzaron a detenerse, sus movimientos erráticos reemplazados por una quietud absoluta. Algunos se fragmentaron, otros solo flotaron inertes, como si sus circuitos internos hubieran sido incinerados. El enjambre, que momentos antes parecía una sentencia de muerte, ahora era un campo de escombros inofensivos.

Un silencio atónito llenó la cabina. Adriana, con las manos aún en los controles, soltó un jadeo.

—Funcionó... ¡no lo puedo creer!

Fernando, tembloroso, se dejó caer en su asiento.

—No lo creo... estamos vivos.

Sofía, con lágrimas en los ojos, miró a Armando, quien apretaba la estatuilla con una expresión indescifrable.

—Tenías razón —susurró—. No eran solo rocas.

Arturo, sin moverse, observó la pantalla, su rostro una máscara de alivio y sospecha.

—¡Revisen los sistemas! —Ordenó, su voz áspera—. Asegúrense que no haya más.

Aunque él sabía que la victoria era frágil. La Huitzilopochtli estaba al borde del colapso, y la idea que los meteoroides fueran artefactos controlados por una inteligencia desconocida abría un abismo de preguntas aterradoras.

Ivanna, al romper el silencio, habló con suavidad.

—Lo logramos. Pero necesitamos descansar. Esto nos está destruyendo —sus palabras, aunque ciertas, sonaron huecas. El terror del enjambre había pasado, sin embargo, la sensación de ser observados, de ser piezas en un juego cósmico, permanecía. Sofía, al mirar por la ventana al espacio ahora despejado, sintió un escalofrío. El vacío estaba en silencio, pero no estaba vacío. Algo, allá afuera, sabía que estaban allí.

La Huitzilopochtli continuó su viaje, más frágil que nunca, hacia un Marte que parecía cada vez más inalcanzable. Y en la mente de cada astronauta, una pregunta resonaba: si los meteoroides eran artefactos, ¿quién los había enviado? Y, más aterrador aún, ¿qué querían?

CAPÍTULO 3 ATAQUE SOPRESA

La Huitzilopochtli flotaba en el espacio como una cáscara rota, su estructura crujía bajo el peso de los daños acumulados. Los cañones de impulsos electromagnéticos habían neutralizado el enjambre de meteoroides, sin embargo, la victoria dejó un costo devastador. Los sistemas de soporte vital operaban al mínimo, con el oxígeno racionado y los niveles de energía apenas suficientes para sostener las funciones básicas. El casco, perforado en múltiples puntos, estaba sellado con parches improvisados que no resistirían mucho tiempo. Los motores, sobrecargados por las maniobras evasivas, emitían un gemido constante, como el lamento de un animal herido. La nave, diseñada para llevar el sueño de Tenochtitlán Marciana a Marte, ahora era un ataúd de metal a la deriva, con un destino cada vez más incierto.

En la sala de mando, la atmósfera era un torbellino de miedo y desesperación. Las luces, reducidas a un brillo tenue para conservar energía, proyectaban sombras largas que parecían devorar la cabina. La tripulación, exhausta y al borde del colapso, enfrentaba una verdad implacable: sin reparaciones importantes, no llegarían a Marte. Las piezas necesarias —paneles de blindaje, conductos de energía y componentes para los motores— no estaban a bordo. Estaban atrapados, condenados a vagar en el vacío hasta que el oxígeno se agotara o la nave colapsara en su totalidad.

Arturo, de pie frente a la consola principal, intentaba mantener el control, aunque las grietas en su liderazgo eran evidentes. Sus manos temblaban mientras revisaba los informes de daños, y sus órdenes, antes firmes, ahora sonaban huecas.

—¡Fernando, dame un estimado de cuánto tiempo nos queda! —Dijo, sin alzar la vista.

Fernando, con el rostro demacrado, respondió con voz apagada.

—Con el oxígeno actual, tal vez dos semanas. Menos si la presión continúa en descenso. Los motores... no durarán ni la mitad de eso —hizo una pausa, su voz quebrada—. Estamos jodidos, Arturo. No hay forma de salir de esta.

El comentario desató una explosión de caos. Adriana, que revisaba la trayectoria, golpeó su consola con furia.

—¡No me digas que nos rendimos! ¡No llegué hasta aquí para morir en esta lata rota!

Sofía, con los ojos enrojecidos, se giró hacia ella.

—¿Y qué propones, Adriana? ¡No tenemos piezas, no tenemos combustible, no tenemos nada! —Su voz, por lo general calmada, estaba llena de una desesperación que sorprendió a todos.

Armando, sentado en un rincón con su estatuilla de Quetzalcóatl, murmuraba algo ininteligible, sus dedos trazaban patrones obsesivos sobre la obsidiana.

Ivanna, en un intento de mediar, levantó las manos.

—¡Basta! Gritarnos no arreglará nada. Necesitamos un plan, no pánico —pero sus palabras se perdieron en el tumulto creciente.

El clímax llegó cuando Fernando, incapaz de contenerse, se puso de pie y gritó:

—¡Esto es una verdadera pesadilla! Primero esa nave alienígena, luego los meteoroides, y ahora esto. ¡El universo nos quiere muertos! —Su voz resonó en la cabina, y por un momento, nadie respondió—. El peso de sus palabras, crudas y brutales, pareció aplastar lo que quedaba de esperanza.

Sofía se cubrió el rostro con las manos, mientras Adriana apretaba los puños, sus nudillos blancos. Incluso Arturo, el pilar del equipo, pareció tambalearse, sus ojos fijos en la pantalla vacía.

Fue entonces cuando un destello en una de las pantallas de navegación rompió el silencio. Adriana, la primera en notarlo, se inclinó hacia la consola, con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso...? —Murmuró, mientras ajustaba los controles—. La imagen se aclaró y reveló un objeto a varios miles de kilómetros de distancia, inmóvil en el espacio. Era una nave, o lo que quedaba de una: un casco destrozado, con secciones enteras expuestas al vacío, aunque lo bastante intacto como para sugerir que alguna vez había sido funcional. Su diseño era desconocido, con líneas angulosas y una estructura que no se parecía a nada terrestre. La tripulación, atónita, se acercó a la pantalla.

—¿Es... humana? —Preguntó Sofía, su voz temblorosa.

—Adriana negó con la cabeza —no hay registros de naves terrestres en esta región. Y esa forma... no es nuestra.

Armando, al levantarse de su asiento, habló con una mezcla de temor y asombro.

—Es antigua. Mira las marcas en el casco. Parecen... impactos de un arma muy poderosa. —Su comentario, aunque inquietante, encendió una chispa en la mente de Arturo.

—Es nuestra única oportunidad —dijo, su voz recuperaba algo de su autoridad—. Si esa nave tiene piezas compatibles, podríamos reparar la Huitzilopochtli.

La idea, parecía arriesgada, fue como un salvavidas en medio de la desesperación. La tripulación, a pesar de estar dividida, comenzó a discutir un plan. Adriana trazó una ruta hacia la nave varada y calculó que podían alcanzarla en unas horas si sacrificaban más combustible. Fernando, a regañadientes,

confirmó que podían desviar energía para una misión de abordaje, pero eso dejaría los sistemas de soporte vital al límite. Sofía y Armando se ofrecieron para analizar los datos de los sensores y buscar indicios de materiales útiles en la nave desconocida. Ivanna, con su habitual pragmatismo, insistió en preparar equipo médico para cualquier emergencia.

El plan era simple, aunque peligroso: Adriana y Arturo liderarían una misión extravehicular para explorar la nave varada, mientras Sofía y Fernando monitoreaban desde la Huitzilopochtli. Armando analizaría cualquier señal o artefacto que encontrarán, e Ivanna estaría lista para tratar cualquier herida. La idea de abordar una nave desconocida, tal vez alienígena, llenaba a la tripulación de un nuevo tipo de terror, mientras que la alternativa —morir con lentitud en el espacio— era aún peor.

Mientras se preparaban, la atmósfera en la cabina era una mezcla de determinación y miedo. Adriana, mientras ajustaba su traje presurizado, murmuró:

—Si esa cosa está llena de más meteoroides o algo peor, no me culpen.

Arturo, al revisar su equipo, respondió sin mirarla.

—Si no lo intentamos, estamos muertos de todos modos.

Sofía, al observar la imagen de la nave varada en la pantalla, sintió un escalofrío. Las marcas en el casco, como dijo Armando, parecían impactos de alguna arma muy poderosa, aunque también recordaban algo vivo, como cicatrices en la piel de una criatura dormida.

La Huitzilopochtli se acercó con lentitud a la nave varada, cuya silueta crecía en la pantalla hasta dominar la vista. Era enorme, mucho más grande que su propia nave, pero su estado de abandono era evidente: secciones enteras estaban destrozadas, y un silencio sepulcral emanaba de ella. Los sensores no detectaban señales de energía, ni vida, ni

movimiento. Sin embargo, algo en su presencia, en su inmovilidad, resultaba de una inquietud profunda.

Arturo y Adriana, ya en sus trajes, se prepararon para salir. Antes de entrar en la esclusa, Arturo se giró hacia la tripulación.

—Mantengan la calma. Pase lo que pase, no pierdan el control —sus palabras, destinadas a inspirar, sonaron más como una advertencia—. La esclusa se cerró, y los dos astronautas flotaron hacia la nave varada, sus linternas cortaban la oscuridad del espacio.

En la Huitzilopochtli, la tripulación observaba en silencio, sus corazones latían al unísono. La nave desconocida, con sus formas angulosas y sus marcas enigmáticas, parecía esperarlos, como un depredador que finge estar dormido. Sofía, junto a la ventana, juró ver un movimiento en una de las secciones destrozadas, un destello que no podía explicar. Aunque, cuando parpadeó, no había nada.

La nave varada flotaba en el vacío como un cadáver cósmico, con el casco destrozado y las entrañas expuestas al silencio del espacio. Arturo y Adriana, suspendidos en la ingravidez, avanzaron con cautela hacia la esclusa rota que permitía el acceso al interior. Sus trajes presurizados crujieron con cada movimiento, y las linternas de sus cascos cortaron la oscuridad, lo que reveló un laberinto de corredores retorcidos y paneles destrozados. La falta de aire resultaba opresiva, y cada paso resonó en sus intercomunicadores con un eco metálico. La Huitzilopochtli, a varios kilómetros de distancia, representaba su única ancla en aquel escenario de pesadilla.

—Esto no parece humano —murmuró Adriana, con la voz tensa a través del intercomunicador—. Su linterna iluminó una pared cubierta de marcas que aparentaban grabados, pero con formas geométricas que desafiaban la lógica. Arturo, detrás de ella, asintió, aunque no respondió. Su mente se concentró en la misión: localizar los motores, recolectar piezas compatibles y

regresar antes que los sistemas de la Huitzilopochtli colapsen. No obstante, algo en la nave, en su silencio denso, lo llevó al límite.

Avanzaron por un corredor estrecho, mientras esquivaron escombros flotantes y cables que colgaban como venas arrancadas. Los sensores de sus trajes no detectaron atmósfera ni energía, sin embargo, la sensación que alguien los observaba era palpable. Adriana, quien lideraba el camino, revisó un mapa aproximado que los escáneres de la Huitzilopochtli habían generado.

—El cuarto de máquinas debería estar al final de este pasillo —dijo, con un tono práctico, aunque con un dejo de nerviosismo—. Espero que encontremos algo útil, porque si no, este viaje habrá sido en vano.

De pronto, sus linternas iluminaron una puerta sellada, cubierta de marcas similares a las de las paredes. Arturo la examinó y notó un panel de control destrozado.

—Puedo abrirla —dijo, mientras sacó una herramienta de su cinturón—. Cubre el perímetro.

Adriana asintió, se giró para vigilar el corredor y barrió la oscuridad con su linterna. No obstante, en las sombras, algo se movió, un destello rápido que desapareció antes que ella pudiera enfocarlo.

—¿Arturo? —Llamó, con la voz tensa—. Creo que vi algo.

Arturo, concentrado en la puerta, gruñó.

—Solo son escombros. Mantén la calma.

La puerta cedió con un chirrido metálico, lo que reveló una cámara amplia llena de equipo desconocido. Era un cuarto de armas, o al menos eso parecía: estantes llenos de dispositivos cilíndricos, algunos con gatillos, otros con lentes que brillaron bajo

la luz de las linternas. Arturo se detuvo, y su instinto militar tomó el control.

—Esto podría ser útil —dijo, al entrar en la sala—. Recolectaré lo que pueda llevar. Tú avanza hacia los motores.

Adriana frunció el ceño, reacia a separarse, aunque asintió.

—No te demores —respondió, antes de continuar por el corredor, con la linterna que temblaba con suavidad.

Sin que lo supieran, en las entrañas de la nave, algo los había detectado. Criaturas arácnidas, con cuerpos segmentados y cuatro pares de patas afiladas como agujas, se deslizaron por los conductos y las sombras, con sus ocho ojos compuestos que captaron el leve calor de los intrusos. Silenciosas, letales, convergieron hacia los dos astronautas, atraídas por el movimiento y el sonido de sus pasos.

Adriana avanzó sola, con la respiración que resonó en su casco. El corredor se estrechó, y las paredes parecieron cerrarse a su alrededor. Por fin, llegó a una cámara enorme, el cuarto de máquinas. Motores colosales, cubiertos de polvo cósmico, dominaron el espacio, con componentes expuestos como órganos de una bestia mecánica.

—Bingo —murmuró, al acercarse a uno de los motores para inspeccionarlo—. Algunas piezas parecían compatibles con la Huitzilopochtli: conductos de energía, paneles de blindaje, incluso un núcleo de fusión que podría estabilizar sus motores. Desmontó lo que pudo, con prontitud.

Entonces, un crujido la obligó a girarse. Su linterna iluminó el techo, donde una forma oscura, de patas largas y cuerpo bulboso, se movió con una rapidez imposible. Antes que pudiera reaccionar, la criatura saltó hacia ella, con las mandíbulas que chasquearon. Adriana gritó, esquivó por instinto y corrió hacia un compartimento cercano, una especie de armario de

mantenimiento. Se encerró dentro, con el corazón que latía con fuerza mientras golpeó el intercomunicador.

—¡Arturo! ¡Arturo, ayúdame! ¡hay algo aquí, algo vivo! —Su voz reflejó pánico, y el sonido de patas que arañaron la puerta del compartimento resonó en su casco.

En el cuarto de armas, Arturo, que había recolectado dispositivos que parecían rifles de energía, escuchó el grito de Adriana. Soltó un insulto y corrió hacia la salida, con un arma desconocida que había activado por instinto. Pero al llegar al corredor, se detuvo en seco. Frente a él, tres criaturas arácnidas avanzaron, con las patas que se deslizaron por las paredes con una precisión aterradora. Sus ojos, como joyas negras, reflejaron la luz de su linterna. Arturo retrocedió, disparó el arma y un rayo de energía rojiza impactó a una de las criaturas. Esta se retorció y colapsó; de su cuerpo brotó una sustancia espumosa, como si sus entrañas hirvieran. No obstante, las otras dos avanzaron con mayor rapidez.

—¡Carajo! —Gritó, retrocedió al cuarto de armas, a la vez que sellaba la puerta—. Las criaturas arañaron el metal, con golpes que resonaron como un tambor de guerra. Arturo, jadeante, revisó el cuarto. Había municiones de sobra: cartuchos de energía, granadas de plasma, incluso un lanzador que parecía diseñado para destruir blindaje. Armado con todo lo que pudo llevar, abrió la puerta y disparó una ráfaga, lo que eliminó a las dos arañas restantes. Sus cuerpos se desintegraron de manera parcial, en una nube de vapor y fragmentos orgánicos, lo que dejó un olor acre en el vacío.

Sin perder tiempo, corrió hacia el cuarto de máquinas, con las coordenadas que Adriana le envió por el intercomunicador.

—¡Aguanta, ya voy! —Gritó, mientras esquivó más criaturas que emergieron de los conductos—. Disparó con precisión, cada impacto un recordatorio de lo cerca que estaban de la muerte. Al llegar al cuarto de máquinas, encontró un enjambre de arañas que

rodeó el compartimento donde Adriana se escondía. La puerta estaba abollada, a punto de ceder.

Arturo lanzó una granada de plasma, que explotó en una esfera de luz blanca, lo que incineró a varias criaturas. Las sobrevivientes se giraron hacia él, pero no les dio oportunidad. Con el rifle de energía, abrió fuego, a la vez que se abría paso hasta el compartimento.

—¡Adriana, ahora! —Gritó, mientras destruyó la última araña que bloqueaba la puerta.

Adriana salió, temblorosa y cargada con un bolso lleno de piezas recolectadas.

—¡Vamos, vamos! —Apresuró, mientras disparó un arma que había tomado del compartimento, un dispositivo que emitía pulsos sónicos que desorientaron a las criaturas.

Juntos, corrieron hacia la salida, con las piezas esenciales para reparar la Huitzilopochtli. Pero al llegar al corredor principal, se detuvieron en seco. Un grupo de arañas bloqueaban la esclusa, más grandes y con cuerpos cubiertos de pelos, que servían para detectar vibraciones y encontrar presas. Sus ojos brillaron con una inteligencia fría, y sus patas golpearon el suelo en un ritmo casi ritual.

—No nos van a dejar ir —susurró Adriana, con la voz quebrada.

Arturo, con el rifle en alto, miró a Adriana, a la vez que le dijo:

—Cúbreme. Vamos a abrirnos paso.

Ella asintió, ajustó su arma sónica. Juntos, desataron un infierno de disparos y explosiones, con una coordinación nacida de la desesperación. Las arañas cayeron, aunque fueron implacables, con cuerpos reemplazados por más que emergieron

de las sombras. Una de las criaturas alcanzó a Arturo, rasgó su traje en el brazo, pero Adriana lo cubrió, destruyó a la araña con un pulso sónico que resonó en el corredor.

Por último, alcanzaron la esclusa. Arturo lanzó una última granada de plasma, que creó una barrera de fuego que detuvo a las arañas restantes. Después de sellarla, flotaron hacia la Huitzilopochtli, con las linternas que iluminaron el espacio mientras la nave varada quedó atrás, como una tumba que aún respiraba. En la cabina, Sofía, Fernando, Armando e Ivanna los recibieron con alivio, pero la tensión no desapareció. Las piezas estaban en sus manos, aunque el costo había sido alto.

Mientras se alejaban, Adriana, jadeante, miró por la ventana. La nave varada pareció más oscura, como si las sombras en su interior se movieran.

—Esas cosas... no eran solo arañas —dijo, con la voz temblorosa—. Nos cazaron.

Arturo, con el brazo herido y vendado por Ivanna, no respondió. Aunque en su mente, una pregunta resonó: «si las arañas eran los guardianes, ¿qué protegían?».

La Huitzilopochtli, ahora con la esperanza de reparaciones, continuó su viaje hacia Marte. Pero la tripulación supo que el universo no había terminado con ellos. Algo, en la oscuridad, aún los observaba.

CAPÍTULO 4 CASI MORIMOS

La Huitzilopochtli se alejaba de la nave varada, su silueta plateada apenas visible contra el telón negro del espacio. La tripulación, exhausta y al borde del colapso, trabajaba de manera frenética para aprovechar las piezas recolectadas. La cabina, iluminada por el resplandor tenue de las luces de emergencia, estaba cargada de una tensión que no había disminuido tras el enfrentamiento con las criaturas arácnidas. Cada crujido del casco, cada parpadeo de los sistemas, era un recordatorio de lo cerca que habían estado de la muerte. Pero ahora, con las piezas en sus manos, había una chispa de esperanza, aunque frágil, para continuar el viaje hacia Marte.

Arturo, sentado en una camilla improvisada en la enfermería, apretaba los dientes mientras Ivanna limpiaba la herida en su brazo. El rasguño de la criatura arácnida había atravesado el traje presurizado, lo que provocó un corte profundo que sangraba de manera lenta. La doctora, con manos expertas, aunque con la vista cansada, aplicaba un antiséptico y suturaba la herida bajo la luz de una linterna portátil.

—Esto no se ve bien —dijo Ivanna, su voz baja pero firme—. La herida está limpia, aunque no sabemos si esas cosas llevaban algo... extraño. Te pondré antibióticos y te monitorearé.

Arturo asintió, su rostro endurecido por el dolor y la determinación.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero no me saques de la jugada. Necesitamos a todos.

Ivanna lo miró con severidad, mas no discutió. Sabía que Arturo no cedería, no cuando la misión estaba en juego.

En la sala de mando, Adriana lideraba las reparaciones. Sus manos se movían con una precisión quirúrgica mientras instalaba

los nuevos conductos de energía en los motores. Las piezas de la nave varada, aunque de diseño alienígena, era sorprendente ver cómo eran compatibles, parecía que estuvieran destinadas a encajar. Con la ayuda de Fernando, que trabajaba en los sistemas de soporte vital, lograron estabilizar los motores al 60% de su capacidad. Los parches en el casco, reforzados con paneles de blindaje recolectados, sellaron las fugas más críticas, aunque la nave seguía siendo una sombra de lo que había sido.

—Con esto ganaremos tiempo —dijo Adriana, limpiándose el sudor de la frente—. Pero no es una solución permanente. Si queremos llegar a Marte, tendremos que racionar todo: oxígeno, energía, comida.

Fernando, con ojeras profundas, asintió sin su habitual intento de humor.

—Si no nos mata el espacio, lo hará el hambre —murmuró, su voz apenas audible.

Sofía, que revisaba los cultivos hidropónicos, notó que las plantas parecían marchitarse, como si algo en el ambiente de la nave estuviera afectándolas. Armando, en un rincón, analizaba los datos del zumbido y las imágenes de la nave varada, buscaba patrones que pudieran explicar lo que habían enfrentado. Su estatuilla de Quetzalcóatl descansaba sobre la consola, un recordatorio constante de su creencia que algo más grande estaba en juego.

—Esas criaturas... no eran solo depredadores —dijo, al romper el silencio—. Eran guardianes. Pero, ¿de qué?

Nadie respondió, mientras la pregunta flotaba en el aire, pesada como el vacío afuera.

Las primeras horas después de las reparaciones transcurrieron con calma por parte de la tripulación. La Huitzilopochtli avanzaba de manera lenta, su trayectoria hacia Marte restablecida, pero a un costo enorme. La tripulación,

agotada, se turnaba para descansar en las cápsulas, aunque el sueño era esquivo. Cada uno llevaba el peso del encuentro con las arañas, la imagen de sus cuerpos segmentados y ojos brillantes grabada en sus mentes. Ivanna, que monitoreaba los signos vitales, notó un aumento en los niveles de estrés, pero lo atribuyó al trauma reciente. Sin embargo, algo en su instinto le decía que el peligro no había terminado.

El primer signo que algo andaba mal llegó con Fernando. Durante una revisión rutinaria de los filtros de oxígeno, comenzó a toser, un sonido seco y persistente que resonó en la cabina. Al principio, lo ignoró, atribuyéndolo al polvo cósmico que aún flotaba en el aire tras las reparaciones. Aunque pronto la tos se intensificó, acompañada de una fiebre que lo hacía sudar y temblar. Ivanna, alertada por los monitores, lo llevó a la enfermería, donde revisó sus síntomas con una creciente sensación de alarma. Fiebre alta, tos seca, dificultad para respirar, fatiga extrema: los signos la inquietaban, le eran familiares.

—Esto... esto parece COVID —dijo, su voz temblorosa mientras tomaba una muestra de sangre—. Pero no puede ser. No hay virus en el espacio.

Fernando, pálido, intentó bromear.

—¿Qué, ahora el espacio tiene su propia pandemia? Genial —Sin embargo, su risa se convirtió en otro ataque de tos.

En las siguientes horas, los síntomas se extendieron como un incendio. Sofía fue la siguiente, quejándose de un dolor de cabeza insoportable y una opresión en el pecho que le dificultaba respirar. Luego Armando, cuya fiebre lo dejó postrado, mientras deliraba incoherencias sobre Quetzalcóatl y un «llamado» que no podía explicar. Adriana, mientras trabajaba en los motores, comenzó a mostrar signos de fatiga extrema, sus manos temblaban mientras ajustaba los controles. Incluso Arturo, a pesar de su voluntad de hierro, empezó a sentir un calor anormal en su cuerpo, aunque lo ocultó, negándose a admitir debilidad.

Ivanna, la única que aún no mostraba síntomas, trabajaba sin descanso en la enfermería, al analizar muestras y revisar los escasos registros médicos de la nave.

—No es un virus terrestre —concluyó, su voz tensa mientras compartía los resultados con la tripulación reunida en la cabina—. Las muestras detectan un patógeno desconocido, pero con una estructura que imita el SARS-CoV-2. Es como si algo hubiera... diseñado esto para atacar.

Sus palabras cayeron como un mazazo. La idea de un virus alienígena, que podrían haber traído de la nave varada, era demasiado aterradora para procesarla.

El caos estalló de nuevo. Adriana, con los ojos enrojecidos, golpeó la mesa

—¿Dices que esas arañas nos infectaron? ¡trajimos la muerte con nosotros!

Sofía, acurrucada en su asiento, sollozaba en silencio, su mente atrapada en recuerdos de su hermano, perdido en otra misión.

—No podemos ganar —susurró—. El universo no nos quiere aquí.

Armando, febril, apretaba su estatuilla con fuerza mientras deliraba.

—Es una prueba —murmuró—. Los dioses siempre prueban a los mortales. Pero, ¿qué quieren de nosotros?

Fernando, que aún tosía de manera incontrolable, se limitó a mirar al suelo, su habitual humor reemplazado por una resignación que asustaba más que cualquier grito.

Arturo, a pesar de su propia fiebre creciente, intentó imponer orden.

—Basta —dijo, su voz áspera, aunque autoritaria—. Ivanna, busca una cura. Usa todo lo que tenemos. Adriana, mantén los motores encendidos. Sofía, Armando, revisen los datos de la nave varada. Si este virus vino de allí, tal vez haya algo en los registros que nos ayude.

Pero sus palabras sonaban vacías. La Huitzilopochtli estaba al límite, y la tripulación, enferma y desmoralizada, apenas podía mantenerse en pie.

Ivanna trabajó sin descanso, aunque los recursos médicos eran limitados. Los antivirales a bordo no tenían efecto, y los análisis mostraban que el patógeno se replicaba a una velocidad alarmante, atacaba los pulmones y el sistema nervioso.

—No tenemos una cura —admitió al fin, su voz quebrada—. Si sigue así, moriremos uno por uno.

La noticia fue un golpe final. La misión a Marte, el sueño de Tenochtitlán Marciana, se desvanecía en un horizonte de muerte lenta.

La cabina se convirtió en un escenario de desesperación. Sofía, incapaz de trabajar, se encerró en su cápsula, abrazaba una foto de su hermano. Armando, que aún deliraba cosas sin sentido, comenzó a grabar símbolos mexicas en las paredes de la cabina, a la vez que murmuraba sobre sacrificios y redención. Adriana, a pesar de su propia debilidad, se aferraba a los controles y se negaba a rendirse. Fernando, postrado en la enfermería, tosió sangre, sus chistes reemplazados por un silencio que era más aterrador que cualquier palabra.

Arturo, que aún luchaba contra la fiebre, se sentó frente a la consola principal, mientras observaba la trayectoria hacia Marte. La pantalla mostraba un punto rojo distante, el cráter Gale, donde debían construir la colonia. Aunque ahora, ese sueño parecía una burla cruel. Cerró los ojos, y por un momento, juró escuchar el

zumbido de nuevo, el mismo que había resonado desde el primer día. Pero cuando abrió los ojos, solo había silencio.

Ivanna, la última en mantenerse funcional, notó algo extraño en los datos médicos. Las muestras de sangre de Arturo mostraban una anomalía: el patógeno parecía interactuar con la herida de la araña, como si algo en su sangre resistiera. Era una pista, débil pero real, que podría ser la clave para una cura. Sin embargo, el tiempo se agotaba, y la nave, aunque reparada al 60%, seguía siendo una bomba de relojería.

Mientras la tripulación se hundía en la desesperación, un nuevo destello apareció en la pantalla de navegación. Era débil, apenas perceptible, pero sugería la presencia de otro objeto en el espacio, más allá de la nave varada. ¿Otra amenaza? ¿una salvación? Nadie lo sabía, pero la posibilidad, por mínima que fuera, encendió una chispa de acción en Ivanna.

—Tenemos que seguir —dijo, su voz temblorosa, aunque decidida—. No podemos rendirnos ahora.

La Huitzilopochtli continuó su viaje, una nave rota que lleva a una tripulación al borde de la muerte. El patógeno alienígena, como un eco del COVID que había azotado la Tierra décadas atrás, amenazaba con acabar con ellos. Pero en el silencio del espacio, algo más los observaba, algo que aún no había revelado su verdadero propósito. La misión a Marte colgaba de un hilo, y el destino de Tenochtitlán Marciana dependía de una cura que tal vez nunca encontrarían.

Mientras tanto, Ivanna, en la enfermería trabajaba sin descanso, su rostro demacrado iluminado por el resplandor de un monitor portátil. Las muestras de sangre, analizadas bajo un microscopio improvisado, mostraban el patógeno alienígena multiplicándose a una velocidad aterradora. Sus estructuras, aunque similares al SARS-CoV-2 que había devastado la Tierra en 2020, eran más complejas, con cadenas de proteínas que parecían responder a estímulos externos, como si estuvieran

diseñadas para adaptarse y resistir. Ivanna había probado cinco antivirales diferentes, cada uno un intento desesperado de frenar la enfermedad, pero todos habían fallado. Los medicamentos, diseñados para virus terrestres, no podían competir con algo tan ajeno, tan deliberado.

—Esto no es un virus —murmuró, su voz temblorosa mientras revisaba los datos—. Es una sentencia.

Fernando, postrado en una camilla, apenas podía hablar. Su tos, ahora constante, dejaba manchas de sangre en la mascarilla que Ivanna le había colocado.

—No lo lograremos, ¿verdad? —Susurró, sus ojos vidriosos fijos en el techo.

Ivanna, incapaz de mentir, solo apretó su mano.

—No te rindas —dijo, aunque sus palabras sonaban vacías incluso para ella.

Sofía, en una cápsula cercana, estaba sumida en un delirio febril, mientras murmuraba el nombre de su hermano entre jadeos.

Armando, sentado en un rincón de la enfermería, apretaba su estatuilla de Quetzalcóatl, sus labios moviéndose en una plegaria silenciosa mientras la fiebre lo consumía.

Adriana, la más resistente, aún trabajaba en los motores, pero sus movimientos eran lentos, su respiración dificultosa. Cada paso era una batalla contra el colapso.

Arturo, a pesar de su propia fiebre, se mantenía en pie por pura voluntad. La herida en su brazo, causada por la araña en la nave varada, había sanado más rápido de lo esperado, y aunque sentía el calor del patógeno en su cuerpo, no mostraba los síntomas devastadores que afectaban al resto. Ivanna, al notar esta anomalía, había centrado sus esfuerzos en su sangre. Los

análisis revelaban algo extraordinario: los anticuerpos en la sangre de Arturo parecían resistir al patógeno, neutralizándolo en pequeñas cantidades. Era una esperanza frágil, pero la única que tenían.

La cabina principal era un caos silencioso. Los monitores, a medio funcionar, mostraban la trayectoria hacia Marte, aunque el cráter Gale parecía un sueño inalcanzable. La nave, reparada al 60% gracias a las piezas de la nave varada, aún perdía presión en los sellos improvisados. El oxígeno, racionado al mínimo, apenas alcanzaba para mantenerlos con vida. Cada respiro era un recordatorio de lo cerca que estaban del final. Ivanna reunió a la tripulación, o a los que aún podían moverse, en la enfermería.

—La sangre de Arturo es nuestra única oportunidad —dijo, su voz firme a pesar del agotamiento—. Si podemos sintetizar una vacuna a partir de sus anticuerpos, podríamos salvarnos. Pero el tiempo... no está de nuestro lado.

Adriana, apoyada contra la pared, tosió de manera violenta antes de hablar.

—¿Y si no funciona? ¿y si gastamos lo poco que nos queda en esto y morimos de todos modos? —Su tono era áspero, no obstante, sus ojos reflejaban más miedo que desafío.

Ivanna la miró con una mezcla de compasión y determinación.

—Si no lo intentamos, moriremos seguro.

Arturo, sentado en la camilla, asintió —tomen lo que necesiten de mí —dijo, su voz grave pero debilitada—. Si mi sangre puede salvar la misión, háganlo.

El proceso comenzó con una urgencia desesperada. Ivanna, que utilizaba el equipo médico limitado de la nave, extrajo varias muestras de sangre de Arturo y trabajaba bajo la presión de un reloj invisible. Cada minuto que pasaba, los síntomas de la

tripulación empeoraban. Fernando, el más grave, apenas respondía; su respiración se reducía a un silbido agónico. Sofía, en su delirio, comenzó a cantar una canción infantil, un eco de su infancia que resonaba como una despedida. Armando, con la estatuilla en la mano, murmuraba sobre Quetzalcóatl y el sacrificio necesario para apaciguar a los dioses del cosmos. Adriana, aunque debilitada, ayudaba a Ivanna con los cálculos, su mente pragmática aferrada a la lógica como a un salvavidas.

El primer intento de sintetizar una vacuna falló. Ivanna, usaba un sintetizador de proteínas improvisado, intentó aislar los anticuerpos de Arturo, pero la estructura del patógeno era demasiado esquiva, mutaba en respuesta a cada prueba. El segundo intento mostró algo de progreso: los anticuerpos lograron frenar la replicación del virus en una muestra, mas no lo eliminaron. El tercer y cuarto intentos fueron igual de frustrantes, con el equipo médico al borde del colapso. Para el quinto intento, Ivanna estaba al límite de sus fuerzas, sus manos temblaban mientras ajustaba los parámetros.

—No sé si puedo hacer esto —admitió, su voz quebrada por primera vez—. No tenemos los recursos, ni el tiempo...

Arturo, pálido pero resuelto, se puso de pie, mientras ignoraba el dolor en su cuerpo.

—No te rindas, Ivanna —dijo, a la vez que colocaba una mano en su hombro—. Eres la única que puede salvarnos.

Sus palabras, aunque simples, encendieron una chispa en la doctora. Con un esfuerzo titánico, ajustó el sintetizador una vez más, esta vez usaría una técnica arriesgada: combinar los anticuerpos de Arturo con un compuesto experimental que había traído para emergencias. Era un todo o nada.

Mientras trabajaba, la nave comenzó a temblar. Un sello en el casco, debilitado por los impactos previos, cedió de manera parcial, mientras dejaba escapar un silbido agudo que resonó en

la cabina. Adriana, que aún tosía, corrió a sellarlo, pero sus movimientos eran torpes, su visión nublada por la fiebre. Fernando, en la enfermería, dejó de responder, su monitor mostraba un ritmo cardíaco muy bajo. Sofía, en su cápsula, había dejado de cantar, su respiración apenas audible. Armando, en un estado de delirio, comenzó a grabar símbolos en el suelo con un cuchillo, al tiempo que murmuraba sobre un «pacto con el vacío». El caos amenazaba con consumirlos a todos.

En el último minuto, cuando la esperanza parecía perdida, Ivanna levantó un vial pequeño, lleno de un líquido claro.

—Lo tengo —susurró, su voz apenas audible sobre el silbido del sello roto—. Es una vacuna. No sé si será suficiente, pero es lo mejor que podemos hacer.

Sin tiempo para pruebas, comenzó a administrar las dosis. Arturo, como el origen de los anticuerpos, no la necesitaba, mientras que los demás estaban al borde del colapso. Inyectó a Fernando primero, cuyo estado era crítico, luego a Sofía, Adriana y Armando. Cada inyección era una carrera contra el reloj, con el oxígeno disminuyendo y la nave al borde del fallo total.

Las primeras horas fueron una agonía. Fernando, a pesar de estar estabilizado, seguía inconsciente, su respiración débil pero constante. Sofía comenzó a mostrar signos de mejoría, su fiebre disminuía de manera lenta, mientras seguía atrapada en un estado de semiinconsciencia. Adriana, con su pragmatismo inquebrantable, se obligó a levantarse, para ayudar a reparar el sello del casco a pesar de su debilidad. Armando, aunque todavía febril, dejó de murmurar y se quedó en silencio, solo miraba su estatuilla como si viera algo nuevo en ella. Ivanna, agotada, monitoreaba los signos vitales, sus manos temblaba mientras tomaba notas.

—Funciona —dijo al fin, con lágrimas en los ojos—. Es lento, pero funciona.

Arturo, sentado en la consola principal, observaba la pantalla que mostraba la trayectoria hacia Marte. La nave, aunque reparada al 60%, seguía siendo frágil, mientras que la vacuna había dado a la tripulación una oportunidad.

—Por México, por Tenochtitlán, por Marte —murmuró, al repetir las palabras que había pronunciado al inicio de la misión. Aunque ahora esas palabras llevaban un peso diferente, teñidas de sacrificio y supervivencia.

La mejoría era lenta, pero real. Fernando abrió los ojos al día siguiente, su tos reducida a un eco débil. Sofía, aunque todavía débil, comenzó a hablar, sus palabras llenas de una esperanza cautelosa. Adriana, con su humor sarcástico de vuelta, bromeó sobre cómo «el universo intentaba matarlos, sin embargo, no lo lograría». Armando, más reservado, guardó su estatuilla, pero sus ojos seguían fijos en el espacio, como si buscara respuestas en el vacío. Ivanna, a pesar de estar exhausta, se notaba aliviada, sin descuidar el monitoreo a la tripulación, asegurándose que la vacuna no tuviera efectos secundarios inesperados.

La Huitzilopochtli continuó su viaje, más fuerte pero aún vulnerable. El cráter Gale, su destino, estaba más cerca, no obstante, el costo de llegar allí había sido inmenso. La tripulación, aunque salvada por la sangre de Arturo, sabía que el universo no había terminado con ellos. El patógeno, las arañas, el zumbido, la nave varada: todo apuntaba a algo más grande, algo que los observaba desde las sombras del cosmos. Y el destello en la pantalla de navegación, detectado un día antes, seguía allí, un recordatorio que el próximo desafío estaba a la espera.

CAPÍTULO 5 SERES REPTILOIDES

La Huitzilopochtli avanzaba a través del espacio, un navío herido que se aferraba a la frágil esperanza de llegar a Marte. La vacuna sintetizada con la sangre de Arturo había detenido el avance del patógeno alienígena, sin embargo, la recuperación era lenta, un proceso tortuoso que dejaba a la tripulación en un estado de debilidad constante. La fiebre había cedido en la mayoría, pero la tos persistía, acompañada de una fatiga que parecía enraizarse en sus huesos. La nave, reparada al 60% con las piezas recolectadas de la nave varada, aún funcionaba al límite, con sellos improvisados que crujían bajo la presión del vacío y motores que emitían un zumbido inquietante, como si estuvieran a punto de rendirse.

En la sala de mando, las luces de emergencia parpadeaban, al proyectar un resplandor rojo que teñía los rostros de la tripulación. Arturo, con el brazo aún vendado, se mantenía en la consola principal, sus ojos fijos en la trayectoria hacia el cráter Gale. Mientras que su inmunidad al patógeno lo había convertido en el pilar de la misión, la tensión en su rostro era evidente. Adriana, con ojeras profundas y una tos ocasional, revisaba los sistemas de navegación, sus manos temblaban mientras ajustaba los controles. Sofía, más recuperada pero todavía débil, trabajaba en los cultivos hidropónicos, intentaba salvar las plantas que se marchitaban bajo el estrés de la nave dañada. Armando, sentado en un rincón, sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, sus murmullos sobre «el llamado del cosmos» cada vez más frecuentes. Fernando, el más afectado por el virus, estaba confinado en la enfermería, donde Ivanna lo monitoreaba, sus signos vitales estabilizados, aunque frágiles. La doctora, exhausta, aún analizaba muestras de sangre, buscaba respuestas sobre el patógeno y sus efectos a largo plazo.

El alivio de la vacuna duró poco. Durante una revisión rutinaria de los sensores, Adriana notó una anomalía en la trayectoria de la nave.

—Arturo, mira esto —dijo, su voz áspera mientras señalaba la pantalla de navegación—. Estamos desviándonos. No es mucho, pero no responde a los ajustes.

Arturo se acercó, a la vez que fruncía el ceño. La pantalla mostraba una curva sutil en su rumbo, como si una fuerza invisible los arrastrara hacia un punto desconocido en el espacio.

—Revisa los motores —ordenó—. Podría ser un fallo en los propulsores.

Adriana negó con la cabeza, sus dedos volaban sobre los controles.

—Los motores están al límite, pero funcionan. Esto es externo. Algo nos jala.

La palabra «algo» resonó en la cabina como un eco ominoso. Sofía, que había escuchado desde su puesto, se acercó, su rostro pálido.

—¿Gravedad? ¿un asteroide? —Preguntó, aunque su tono sugería que no creía en respuestas tan simples. Armando, levantó la vista de su estatuilla, habló con una calma inquietante.

—No es un asteroide. Es una fuerza... viva. Como las arañas. Como los meteoroides —su comentario, aunque especulativo, hizo que un escalofrío recorriera la cabina. Ivanna, que había entrado para reportar el estado de Fernando, intervino.

—Necesitamos hechos, no teorías. Adriana, ¿puedes calcular la fuente de la fuerza? —Adriana asintió, pero su expresión era de frustración —los sensores están al límite. No detectan nada claro, solo... una anomalía magnética.

La tripulación se puso en acción, aunque sus cuerpos debilitados por el patógeno dificultaban cada tarea. Adriana y Arturo intentaron recalibrar la trayectoria, al aumentar la potencia de los motores para contrarrestar la fuerza que los desviaba. Pero cada ajuste era inútil; la nave seguía siendo arrastrada, como un pez atrapado en un anzuelo invisible. Fernando, desde la enfermería, escuchó las alarmas a través del intercomunicador y, a pesar de su estado, intentó levantarse.

—¡No me dejen fuera de esto! —Gritó, su voz rota por la tose—. ¡Si vamos a morir, que sea en batalla!

Ivanna lo obligó a recostarse, pero su propio rostro reflejaba el mismo miedo que consumía al resto.

Los intentos por liberarse se intensificaron. Adriana, con una determinación nacida de la desesperación, redirigió toda la energía disponible a los motores, sacrificaría sistemas secundarios como las luces y los cultivos. La nave vibró de manera violenta, los rugidos de los propulsores resonaban como un grito en el vacío.

—¡Máxima potencia! —Gritó, mientras empujaba los controles al límite. La Huitzilopochtli aceleró, para contrarrestar la fuerza magnética, pero el esfuerzo fue demasiado para los motores dañados. Un estruendo sacudió la nave, seguido de un silencio mortal. Las luces se apagaron por completo, y la pantalla de navegación mostró un mensaje devastador: «Fallo crítico en los motores. Propulsión desactivada».

El silencio que siguió fue más aterrador que cualquier alarma. Adriana, jadeante, golpeó la consola con furia.

—¡No puede ser! ¡los quemamos! —Sofía, con lágrimas en los ojos, se dejó caer en su asiento.

—Estamos perdidos —susurró—. No hay forma de volver a la trayectoria.

Armando, con la estatuilla en la mano, habló en voz baja.

—No estamos perdidos. Nos llevan —sus palabras, aunque inquietantes, resonaron con una verdad que nadie quería aceptar. Ivanna, al revisar los sensores desde una consola auxiliar, confirmó lo peor.

—La fuerza magnética es demasiado fuerte. Nos atrae hacia algo... masivo.

La pantalla de navegación, ahora alimentada por la energía de emergencia, mostró un punto oscuro en el espacio, un vacío que parecía absorber la luz de las estrellas a su alrededor. Al principio, Arturo sospechó lo peor.

—¿Un agujero negro? —Preguntó, su voz tensa. Ivanna, al analizar los datos, negó con la cabeza.

—No. Un agujero negro nos habría destrozado ya. Esto es... estructurado. Como si estuviera diseñado.

La palabra «diseñado» encendió un nuevo tipo de terror. La idea que la fuerza no fuera natural, sino el producto de una inteligencia, evocaba recuerdos de la nave varada, las arañas y el patógeno.

A medida que la Huitzilopochtli era arrastrada, los sensores comenzaron a captar detalles. El punto oscuro no era un vacío, sino una estructura colosal, tan grande que desafiaba la comprensión. Era una nave, pero no como ninguna que hubieran imaginado: una esfera perfecta, con una superficie lisa que absorbía la luz como un abismo. No había ventanas, ni propulsores, ni señales de vida, no obstante, su presencia era opresiva, como si el espacio mismo se inclinara ante ella. La fuerza magnética emanaba de su núcleo, al atrapar a la Huitzilopochtli como una mosca en una telaraña.

El pánico se apoderó de la tripulación. Adriana intentó reiniciar los motores, pero los sistemas estaban fritos, y los componentes fundidos por el esfuerzo.

—¡No tenemos control! —Gritó, su voz quebrada por la tos y la frustración—. ¡Nos ha atrapado!

—Sofía, con los ojos fijos en la pantalla, sintió un nudo en el estómago. La nave esférica le recordaba las visiones de su delirio febril: estructuras imposibles, sombras que se movían con intención. Armando, en un estado de trance, murmuró:

—Es un templo. Un altar para los dioses del vacío. —Sus palabras, aunque delirantes, resonaron con una verdad inquietante.

Arturo, al luchar contra la fiebre que aún lo debilitaba, tomó el mando.

—Todos, escuchen. No sabemos qué es esto, sin embargo, no nos rendiremos. ¡Ivanna, prepara el equipo médico por si necesitamos evacuar!, ¡Adriana, busca cualquier sistema que aún funcione!, ¡Sofía, Armando, analicen los datos de la nave!, si es una trampa, necesitamos saberlo antes que nos atrape por completo.

Pero incluso él sabía que sus órdenes eran un intento desesperado de mantener el control. La Huitzilopochtli no tenía defensas, ni armas, ni energía para escapar.

A medida que se acercaban, la nave esférica llenó la pantalla, su superficie lisa como un espejo negro. Los sensores captaron un zumbido, el mismo que habían escuchado desde el inicio de la misión, pero ahora más fuerte, más insistente. Resonaba en los huesos, como un canto fúnebre que vibraba en el alma. Sofía, al revisar los datos, notó algo extraño: la nave emitía pulsos electromagnéticos en un patrón que parecía un código.

—No es solo una nave —dijo, su voz temblorosa—. Está... comunicándose.

Armando, con los ojos brillantes de fiebre, asintió —es un mensaje. Nos llaman.

De repente, un chasquido metálico resonó en la Huitzilopochtli. La nave fue atrapada por un haz de energía invisible, inmovilizada como un insecto en ámbar. Las luces parpadearon, y los sistemas restantes colapsaron, al dejar solo el resplandor de la pantalla de navegación. La esfera se abrió, al tiempo que revelaba una abertura cavernosa que parecía tragar la luz. La Huitzilopochtli fue arrastrada hacia su interior, los motores apagados y los controles inútiles. La tripulación, paralizada por el terror, se aferró a sus asientos, sus respiraciones entrecortadas resonaban en la cabina.

Dentro de la esfera, la oscuridad era total, rota solo por destellos de luz verdosa que parpadeaban en las paredes. La Huitzilopochtli quedó suspendida en un espacio vasto, como una catedral cósmica. Los sensores, aunque dañados, captaron formas en movimiento: sombras que se deslizaban por las paredes, demasiado rápidas para ser identificadas. El zumbido, ahora ensordecedor, parecía hablar, susurraba palabras que la tripulación no podía comprender pero que sentían en lo más profundo de sus mentes.

Arturo, con el rostro endurecido, se puso de pie.

—No sabemos qué es esto, pero no nos rendiremos —dijo, su voz un desafío al vacío—. Somos la Huitzilopochtli. Somos México. Lucharemos hasta el final.

—Sus palabras, aunque valientes, no podían ocultar el miedo en sus ojos. Adriana, mientras tosía, apretó los puños.

—Si nos quieren, que vengan por nosotros —gruñó. Sofía, al tiempo que temblaba y se aferraba a una foto de su hermano, en busca de fuerza en su memoria. Armando, con la estatuilla en

la mano, murmuró una plegaria a Quetzalcóatl, como si el dios pudiera escucharlos en este templo alienígena. Ivanna, mientras revisaba su equipo médico, preparó inyecciones de adrenalina, lista para lo que viniera. Fernando, desde la enfermería, escuchó todo por el intercomunicador, su voz débil pero decidida.

—Si voy a morir, que sea con ustedes.

La nave esférica, con su silencio opresivo y sus sombras vivas, los había atrapado. El zumbido resonaba como un latido, y las formas en las paredes se acercaban, sus contornos cada vez más definidos. La Huitzilopochtli, rota y vulnerable, era ahora un prisionero en un lugar que desafiaba la razón. La misión a Marte, el sueño de Tenochtitlán Marciana, colgaba de un hilo, y la tripulación sabía que su próximo movimiento decidiría su destino. Pero en el corazón de la esfera, algo los esperaba, algo antiguo, algo que los había observado desde el principio.

La Huitzilopochtli permanecía inmovilizada dentro de la colosal nave esférica, atrapada en un espacio que parecía más un templo cósmico que una estructura tecnológica. La oscuridad interior era densa, rota solo por pulsos de luz verdosa que emanaban de las paredes, como si la nave misma estuviera viva y respirara. El zumbido que había perseguido a la tripulación desde el inicio de su viaje resonaba ahora como un latido, que reverberaba en sus cuerpos debilitados por el patógeno alienígena. Los motores, quemados tras el intento desesperado por escapar de la fuerza magnética, estaban inservibles, y los niveles de oxígeno, al borde del colapso, apenas mantenían a la tripulación consciente. La atmósfera en la cabina era una mezcla de resignación y terror, con cada astronauta al enfrentar la certeza que este podría ser el final de su misión, de sus vidas.

Arturo, a pesar de la fiebre que aún lo debilitaba, mantenía una postura firme frente a la consola principal, sus ojos fijos en la pantalla que mostraba la inmensidad de la esfera. Adriana, con la tos persistente que la atormentaba, revisaba los sistemas, sin

embargo, sabía que no había nada que salvar. Sofía, sentada en un rincón, abrazaba la foto de su hermano, sus labios moviéndose en un murmullo inaudible. Armando, con la estatuilla de Quetzalcóatl en la mano, parecía perdido en un trance, sus ojos brillaban con una mezcla de fiebre y fascinación. Fernando, aún confinado en la enfermería, respiraba con dificultad, su monitor mostraba signos vitales al borde del colapso. Ivanna, la única que mantenía un semblante de control, trabajaba en la enfermería, administraba las últimas dosis de la vacuna, aunque su efecto era lento y no garantizaba la recuperación total.

De repente, un estruendo metálico sacudió la nave. La Huitzilopochtli vibró, y la pantalla de navegación mostró movimiento: estaban siendo trasladados, arrastrados hacia una sección más profunda de la esfera.

—¡Nos mueven! —Gritó Adriana, sus manos volaban sobre los controles inútiles—. ¡No tenemos energía para resistir!

Arturo, con los puños apretados, ordenó:

—Prepárense para lo peor, ¡Ivanna reúne el equipo médico!; ¡Sofía, Armando, busquen cualquier arma que tengamos!; no sabemos qué nos espera.

Pero incluso su voz, por lo general autoritaria, temblaba ante lo desconocido.

La nave fue depositada en una plataforma enorme, suspendida en un espacio cavernoso iluminado por destellos de luz que parecían danzar en patrones hipnóticos. Una esclusa en la pared de la esfera se abrió, al tiempo que revelaba una rampa que conducía al exterior. La pantalla mostró seis figuras acercándose: cinco de ellas eran corpulentas, con cuerpos reptiloides de casi dos metros de altura, sus pieles escamosas brillaban bajo la luz verdosa. Sus ojos, grandes y amarillos, parecían perforar la oscuridad, y sus movimientos eran precisos, casi rituales. La sexta figura era diferente: de tipo humanoide,

estatura promedio, con una silueta humana y traje ajustado que parecía metálico.

—No sabemos si son hostiles —dijo Ivanna, su voz tensa mientras preparaba inyecciones de adrenalina—. Pero no tenemos opción. Si nos quieren, tendrán que venir por nosotros.

Arturo asintió, a la vez que ajustaba su traje presurizado, aunque sabía que su estado debilitado los ponía en desventaja.

—Saldremos a enfrentarlos. ¡Adriana, conmigo!, ¡los demás, quédense en la nave y mantengan el intercomunicador abierto!

Sofía protestó, pero Arturo la calló con una mirada.

—No hay discusión. Si algo sale mal, ustedes son la última esperanza.

Arturo y Adriana, armados con los pocos dispositivos de energía recolectados de la nave varada, salieron por la esclusa de la Huitzilopochtli. La rampa los llevó a una plataforma donde los seis seres los esperaban, inmóviles, sus figuras imponentes contra el fondo de la esfera. Los reptiloides, con garras afiladas y posturas que sugerían fuerza bruta, permanecían en silencio, pero su presencia era abrumadora. El humanoide, más pequeño y con una expresión casi neutra, dio un paso adelante. De pronto, los reptiloides comenzaron a emitir sonidos guturales, un coro de gruñidos y silbidos que resonaban en el espacio cavernoso. Arturo y Adriana, con las manos en sus armas, se tensaron, incapaces de entender.

Entonces, el humanoide levantó una mano, y los sonidos cesaron. En un español claro, pero con un tono mecánico, habló:

—¿Quiénes son? ¿qué buscan? ¿hacia dónde se dirigen? ¿tienen autorización para cruzar este sector? —Su voz, aunque comprensible, tenía una cualidad fría, como si las palabras fueran un eco de algo más antiguo.

Arturo, sorprendido, dio un paso adelante mientras mantenía la compostura.

—Soy el comandante Arturo Vargas, de la nave Huitzilopochtli, una misión de exploración terrestre. Nuestro destino es Marte, donde planeamos establecer una colonia para estudiar el planeta. No buscamos conflictos, solo queremos continuar nuestro viaje.

El humanoide inclinó la cabeza, sus ojos brillaban con un destello que parecía analizar cada palabra. Arturo, consciente que la verdad era su única arma, continuó:

—Nuestra nave está dañada. Los motores están quemados, los sistemas de soporte vital están al límite, y no tenemos suficiente oxígeno para llegar a Marte. Además, estamos enfermos. Encontramos una nave varada, habitada por arañas gigantes, y creemos que nos infectaron con un virus. Hemos sintetizado una vacuna, pero no es suficiente. Necesitamos ayuda. —Su voz, aunque firme, dejaba entrever la desesperación de la situación.

El humanoide tradujo las palabras de Arturo a los reptiloides, cuyos gruñidos y gestos parecían debatir la situación. La tensión en la plataforma era palpable, mientras Adriana apretaba su arma, lista para actuar. Los seres, con sus ojos amarillos fijos en los astronautas, parecían evaluar cada movimiento. Al fin, el traductor habló de nuevo:

—Los guardianes han escuchado su historia. Este sector es un cruce protegido, y su presencia no fue autorizada. Sin embargo, reconocen su lucha y su propósito. Están dispuestos a ayudar, pero bajo condiciones.

Arturo y Adriana intercambiaron una mirada, la esperanza mezclada con cautela.

—¿Qué condiciones? —Preguntó Arturo, su tono firme, aunque abierto. El humanoide respondió:

—Deben permitirnos inspeccionar su nave y sus cuerpos. Si su misión es pacífica, como dicen, les proporcionaremos lo necesario para reparar su nave y curar su enfermedad. Pero cualquier engaño será castigado.

—La palabra «castigado» resonó como una amenaza, pero Arturo asintió. —Aceptamos. No tenemos nada que ocultar.

El humanoide tradujo la respuesta, y los reptiloides, tras un breve intercambio de gruñidos, parecieron satisfechos. Con un gesto, indicaron a Arturo y Adriana que regresaran a la Huitzilopochtli para reunir al resto de la tripulación. De vuelta en la nave, Arturo explicó la situación, enfrentándose a reacciones mixtas. Sofía, todavía débil, expresó su desconfianza.

—¿Y si es una trampa? ¿y si nos quieren para algo peor?

Armando, con la estatuilla en la mano, habló con una calma inquietante.

—Son guardianes, como los dioses de nuestras leyendas. Si nos ayudan, es porque el cosmos lo permite.

Fernando, desde la enfermería, tosió antes de hablar por el intercomunicador.

—No tenemos opción. Si no aceptamos, moriremos aquí.

Ivanna, siempre práctica, asintió.

—Si pueden curarnos, vale la pena el riesgo. Pero mantengamos los ojos abiertos.

La tripulación, debilitada, aunque unida, salió de la Huitzilopochtli y fue conducida por los reptiloides a una cámara interior de la esfera. El espacio era vasto, con paredes cubiertas de patrones geométricos que parecían moverse bajo la luz verdosa. En el centro, una plataforma elevada albergaba dispositivos que parecían médicos, con luces que pulsaban como corazones. El humanoide explicó:

—Aquí serán examinados y tratados. Su nave será llevada a nuestro taller para reparaciones.

Arturo, antes de permitir que los tocaran, preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿qué es esta nave?

El humanoide lo miró, su expresión inescrutable.

—Somos los custodios de este cruce. Nuestra función es proteger y guiar. Más allá de eso, no necesitan saber.

La tripulación fue sometida a un procedimiento extraño, pero no invasivo. Los reptiloides, usaban dispositivos que emitían zumbidos suaves, escanearon sus cuerpos, mientras el humanoide supervisaba. Ivanna, fascinada a pesar de su miedo, notó que los dispositivos parecían detectar el patógeno alienígena. Uno de los seres emitió un gruñido, y el humanoide tradujo:

—El virus que los afecta es conocido por nosotros. Es un arma biológica antigua, diseñada por una especie extinta. Podemos neutralizarlo.

Sin esperar respuesta, los reptiloides administraron un tratamiento: una inyección de un líquido plateado que, al entrar en contacto con la piel, producía una sensación de calor intenso. La tripulación, aunque temerosa, no tuvo más opción que confiar.

El efecto fue casi inmediato. La tos de Adriana se redujo, y su respiración se volvió más clara. Sofía, cuya fiebre había regresado, sintió una energía renovada, a pesar de eso, seguía débil. Fernando, el más grave, abrió los ojos con claridad por primera vez en días, su voz más fuerte al hablar por el intercomunicador. Armando, todavía aferrado a su estatuilla, murmuró una plegaria de agradecimiento, convencido que Quetzalcóatl los había guiado. Ivanna, al analizar sus signos vitales, confirmó que el patógeno retrocedía, aunque la recuperación total tomaría tiempo.

Mientras tanto, la Huitzilopochtli fue trasladada a un taller gigantesco dentro de la esfera. La tripulación, desde una ventana de observación, vio cómo máquinas autónomas, guiadas por los reptiloides, trabajaban en el casco y los motores. Los paneles dañados fueron reemplazados por materiales desconocidos, más resistentes que cualquier aleación terrestre. Los motores, quemados hasta el punto de ser inservibles, fueron reconstruidos con componentes que emitían un resplandor azul. El humanoide explicó:

—Su nave será restaurada a una capacidad superior a la original. Podrán continuar su viaje a Marte.

Arturo, agradecido pero cauteloso, preguntó:

—¿Por qué nos ayudan? ¿qué ganan?

El humanoide lo miró, sus ojos brillantes.

—El equilibrio del cruce debe mantenerse. Su misión, si es pacífica, no lo perturba. Pero deben partir pronto.

Pese a que la tripulación, estaba aliviada, no podía ignorar la sensación que estaban siendo observados, evaluados. Las paredes de la esfera, con sus patrones cambiantes, parecían susurrar, y el zumbido, aunque más suave, persistía. Armando, en un momento de lucidez, habló con Arturo.

—Esto no es solo ayuda. Es un pacto. Los dioses siempre exigen algo a cambio.

Arturo, si bien era escéptico, no podía evitar sentir que había verdad en sus palabras.

Días después, la Huitzilopochtli fue devuelta a la tripulación, reparada en su totalidad. Los motores rugían con una potencia que no habían tenido antes, y los sistemas de soporte vital funcionaban al 100%. La tripulación, aunque todavía

recuperándose del virus, estaba lo bastante fuerte para continuar. Los reptiloides y el humanoide los escoltaron a la esclusa.

De pronto, los reptiloides comenzaron a hablar entre ellos, Arturo y su tripulación estaban pasmados al no entender nada, el humanoide dio un paso al frente.

Es momento de partir, pero por su seguridad, los guardianes me han encomendado la misión de acompañarlos y protegerlos hasta Marte.

Arturo asintió.

—Estamos de acuerdo y será un honor que nos acompañes.

Con esas palabras, la esfera se abrió, al tiempo que se liberaba a la Huitzilopochtli al espacio.

De vuelta en la cabina, la tripulación sintió una mezcla de alivio y temor. La nave, ahora más fuerte, avanzaba hacia Marte con una velocidad renovada. No obstante, la experiencia en la esfera los había cambiado. Sofía, al mirar la foto de su hermano, sintió una conexión más profunda con su sacrificio. Adriana, con su pragmatismo intacto, revisaba los nuevos sistemas, maravillada pero desconfiada. Armando, con la estatuilla en la mano, creía que habían sido bendecidos por los dioses. Fernando, recuperándose de manera lenta, bromeó por primera vez en días:

—Si el universo quiere matarnos, al menos ahora tenemos una nave decente.

Ivanna, tomaba notas, sabía que el virus, aunque neutralizado, podría dejar secuelas. Arturo, al mando, miraba la pantalla, donde Marte se acercaba, pero su mente estaba en la esfera, en los custodios, en el zumbido que aún resonaba en sus sueños.

La Huitzilopochtli continuó su viaje. Aunque el universo con sus secretos y sus guardianes, no había terminado con ellos. El cráter Gale estaba más cerca, aunque la pregunta seguía: ¿qué precio pagarían por llegar allí?

CAPÍTULO 6 ALAN, EL NUEVO TRIPULANTE

La Huitzilopochtli, restaurada a una capacidad superior gracias a los custodios de la esfera, surcaba el espacio con una estabilidad que contrastaba con el frágil estado de su tripulación. Aunque el tratamiento de los reptiloides había neutralizado el patógeno alienígena, la recuperación era lenta, y los astronautas aún luchaban contra los efectos residuales: tos persistente, fatiga y una sensación de fragilidad que no podían sacudirse. La nave, con sus nuevos motores relucientes y un casco reforzado con materiales desconocidos, era un testimonio de la tecnología avanzada de los custodios, pero también un recordatorio constante que estaban en deuda con una fuerza que apenas comprendían. El cráter Gale, su destino en Marte, se acercaba, sin embargo, el viaje estaba lejos de ser seguro.

Arturo, como líder, dedicaba sus días a supervisar los sistemas y se encargaba de mantener la moral de la tripulación, aunque él mismo sentía el peso de todo lo que habían enfrentado. Durante las semanas posteriores a su encuentro con los custodios, comenzó a interactuar con el humanoide que los había guiado, quien resultó ser más humano de lo que esperaban. En una de las raras pausas entre turnos, Arturo se acercó a él en una sala auxiliar de la esfera, donde el humanoide revisaba datos en un dispositivo que proyectaba hologramas. La curiosidad, mezclada con una necesidad de entender, lo llevó a romper el silencio.

—¿Cómo te llamas? ¿de dónde vienes? —Preguntó Arturo, su voz grave pero abierta—. Pareces humano.

El humanoide levantó la vista, sus ojos metálicos brillaban con un destello que parecía casi nostálgico.

—Soy humano —respondió, su voz clara, pero con un tono que sugería una historia larga y dolorosa—. Me llamo Alan. Fui

abducido por una raza de alienígenas llamados «los grises» a la edad de cinco años. Me llevaron a un mercado negro en un planeta lejano, donde los guardianes me compraron. Ellos me criaron, me educaron y adiestraron. Ahora soy su traductor.

Arturo, sorprendido, frunció el ceño. —¿Y los guardianes? ¿qué raza son ellos?

—Son reptilianos —respondió Alan, con una calma que contrastaba con la magnitud de sus palabras—. Los custodios de este cruce. Su misión es mantener el equilibrio en esta región del espacio. Yo soy su puente con otras especies.

La revelación dejó a Arturo en silencio, su mente luchaba para procesar la idea de un humano criado por alienígenas. Pero antes que pudiera hacer más preguntas, Alan volvió a su dispositivo, como si la conversación hubiera terminado. Arturo, respetó su silencio, y regresó a su cápsula para descansar, no obstante, la historia de Alan se quedó con él, un recordatorio de lo vasto y desconocido que era el universo.

El resto de la tripulación, sin embargo, mantenía su distancia con Alan. Sofía, todavía marcada por el trauma de la nave varada, lo veía con desconfianza, como si temiera que su lealtad estuviera con los reptilianos. Adriana, pragmática como siempre, lo consideraba útil, aunque no confiaba en su naturaleza híbrida. Armando, por otro lado, lo observaba con una mezcla de fascinación y reverencia, convencido de que Alan era una especie de enviado divino, un eco de las leyendas mexicas sobre seres que mediaban entre los dioses y los hombres. Fernando, recuperándose de manera lenta en la enfermería, bromeaba sobre «el humano-alienígena» para aliviar la tensión, pero incluso él evitaba interactuar de forma directa. Ivanna, siempre analítica, tomaba notas sobre Alan, intrigada por su fisiología y su papel en la esfera.

Durante un mes, el viaje transcurrió sin incidentes. La Huitzilopochtli avanzaba hacia Marte, sus sistemas funcionaban

con una eficiencia que habría sido impensable semanas atrás. La tripulación, aunque débil, comenzaba a recuperar algo de su espíritu, impulsada por la cercanía de su destino. Pero el universo, como siempre, tenía otros planes.

Una mañana, mientras Adriana revisaba la trayectoria, una alarma estridente rompió la calma. La pantalla de navegación mostró una nave desconocida acercándose a gran velocidad. Era pequeña, ágil, con una forma triangular que emitía un brillo plateado. Los sensores identificaron una firma energética distinta, y Alan, que había sido convocado a la cabina, palideció al ver la imagen.

—Son los grises —dijo, su voz tensa—. Vienen de Zeta Reticuli. Son los que me abdujeron.

Antes que la tripulación pudiera reaccionar, la nave pirata se acercó, y un haz de energía inmovilizó a la Huitzilopochtli. Una esclusa se abrió, y un grupo de seres grises, pequeños, con cabezas grandes y ojos negros como pozos, abordó la nave. Eran cinco, moviéndose con una precisión casi robótica, sus cuerpos delgados envueltos en trajes que parecían absorber la luz. Uno de ellos, al parecer el líder, emitió un sonido agudo, y Alan tradujo, con la voz temblorosa.

—Exigen un botín para dejarnos ir. Me quieren... a mí.

Arturo, de pie frente a los grises, apretó los puños.

—¿A ti? ¿por qué?

Alan, con una calma resignada, explicó:

—Soy valioso. Un traductor humano con mi entrenamiento es raro. Pueden venderme en el mercado negro por un buen precio —la tripulación, atónita, miró a Alan, quien parecía aceptar su destino con una serenidad que los desconcertó.

—¡No! —Dijo Arturo, su voz cortante como un cuchillo—. No te entregaremos.

Alan lo miró, sorprendido.

—Comandante, mi misión es protegerlos, incluso con mi vida. Déjenme ir. Es la única forma.

Pero Arturo negó con la cabeza, su mirada fija en los grises.

—No sacrificamos a los nuestros. Tomarán lo que quieran de la nave, pero no a ti.

Los grises, tras un intercambio de sonidos agudos, aceptaron la oferta. Con una eficiencia brutal, comenzaron a desmantelar la Huitzilopochtli. Tomaron partes de los motores, y solo dejaron lo esencial para mantener la nave operativa. Confiscaron las armas recolectadas de la nave varada, el equipo médico de Ivanna, los insumos de emergencia y, lo más devastador, los cultivos hidropónicos de Sofía, llevándose las plantas que eran la base de su supervivencia a largo plazo. La tripulación, impotente, observó cómo su nave era saqueada, cada pieza un golpe a sus esperanzas de llegar a Marte.

Cuando los grises se fueron, dejaron a la Huitzilopochtli al borde del colapso, la cabina quedó en un silencio sepulcral. Adriana, con lágrimas de rabia en los ojos, golpeó la consola.

—¡Nos dejaron sin nada! ¡sin motores, sin comida, sin nada!
—Sofía, miraba los restos de sus cultivos, mientras sollozaba en silencio, su última conexión con la Tierra destruida. Fernando, desde la enfermería, murmuró por el comunicador:

—Al menos estamos vivos... por ahora.

Armando, con la estatuilla de Quetzalcóatl en la mano, parecía perdido en sus pensamientos, como si buscara una señal divina.

Pero Alan, en un movimiento que nadie notó, había activado un dispositivo pequeño que llevaba escondido en su traje. Era un transmisor de emergencia, diseñado para alertar a los reptilianos. Al día siguiente, la esfera colosal reapareció, su presencia tan abrumadora como la primera vez. Los custodios, liderados por los mismos reptiloides que habían ayudado a la tripulación, abordaron la Huitzilopochtli. Aunque en lugar de ofrecer ayuda, su actitud era de furia contenida. El nuevo humanoide traductor, que acompañaba al reptiloide de mayor rango, habló con severidad:

— Alan, has fallado en tu misión. Debiste proteger a los humanos con tu vida, no permitir que los grises los saquearan. Estás desterrado. No regresarás con nosotros.

Alan, con una mezcla de tristeza y decepción, asintió.

—Comprendo —dijo, su voz baja pero firme—. Acepto mi castigo.

Los reptiloides, sin más palabras, se retiraron, al tiempo que dejaban a la Huitzilopochtli a su suerte. La tripulación, atónita, miró a Alan, quien se quedó de pie en la cabina, su figura solitaria bajo la luz tenue.

Arturo, rompió el silencio y se acercó a él.

—Ya no eres un traductor de los guardianes. A partir de ahora, eres parte de esta tripulación. Eres uno de nosotros.

Sus palabras, pronunciadas con una convicción que resonó en la cabina, marcaron un punto de inflexión. Sofía, aunque todavía desconfiada, asintió resignada. Adriana, limpiándose las lágrimas, murmuró:

—Si vas a quedarte, más te vale saber reparar motores.

Fernando, desde la enfermería, soltó una risa débil.

—Bienvenido al club de los casi muertos, Alan.

Armando, con una sonrisa enigmática, levantó su estatuilla.

—Quetzalcóatl te ha elegido. Bienvenido.

Alan, por primera vez, mostró una emoción humana: una leve sonrisa.

—Gracias —dijo, su voz cargada de gratitud—. Haré lo que pueda para ayudarlos a llegar a Marte.

Ivanna, siempre práctica, le entregó un monitor de signos vitales.

—Primero, déjame asegurarme que no traes más sorpresas alienígenas.

La cabina, por un momento, se llenó de una risa frágil, un destello de humanidad en medio del caos.

Pero la realidad era sombría. La Huitzilopochtli estaba en peor estado que nunca. Los motores, desmantelados por los grises, apenas funcionaban al 20%, sin cultivos y la tripulación se quedaba con muy pocas raciones. El equipo médico, saqueado, limitaba la capacidad de Ivanna para tratar los efectos residuales del virus. Y aunque Alan era ahora parte de la tripulación, su presencia era un recordatorio de lo frágiles que eran en el vasto universo.

A pesar de todo, la Huitzilopochtli continuó su viaje hacia Marte, impulsada por la determinación de una tripulación que había enfrentado la muerte una y otra vez. El cráter Gale estaba más cerca, sin embargo, el precio de llegar allí seguía en aumento. Y en el silencio del espacio, el zumbido, pero débil, persistía, como si el cosmos aún tuviera algo que decir.

Durante una reunión en la cabina principal, con las luces parpadeantes y el aire cargado de un olor metálico, Alan rompió el silencio.

—Hay una solución —dijo, su voz calmada, aunque firme, mientras miraba a la tripulación desde un rincón—. Podemos buscar una nave abandonada. He visto muchas en este sector durante mis años con los custodios. Si encontramos una, podríamos recuperar piezas para los motores, armas, incluso insumos médicos. Es arriesgado, pero no tenemos otra opción.

Arturo, sentado frente a la consola, lo miró con una mezcla de escepticismo y esperanza.

—¿Cómo sabemos que encontraremos una nave? Y si la encontramos, ¿cómo sabemos que estará abandonada?

Alan, con una seguridad que contrastaba con la fragilidad de la situación, respondió:

—Los custodios cartografiaban este cruce. Hay restos de naves de civilizaciones olvidadas por todo el sector. Los grises no son los únicos que saquean; este lugar es un cementerio de naves. Podemos usar los sensores para buscar una.

La idea, aunque peligrosa, era la única esperanza tangible. Adriana, con la tos aún persistente, asintió.

—Si no hacemos algo, moriremos aquí. Estoy dentro.

Sofía, todavía débil, frunció el ceño.

—¿Y si encontramos otra nave como la última? ¿más arañas? ¿más virus?

Armando, que aún sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, habló con una calma inquietante.

—El cosmos nos prueba. Si los dioses nos trajeron hasta aquí, nos guiarán.

Fernando, desde la enfermería, soltó una risa áspera por el intercomunicador.

—Genial, ahora confiamos en un alienígena y en los dioses. Esto no puede salir mal.

Ivanna, siempre práctica, intervino:

—Si hay una posibilidad, debemos tomarla. Pero iremos preparados.

La tripulación puso manos a la obra. Adriana recalibró los sensores y usó la poca energía disponible para buscar señales de una nave cercana. Tras horas de búsqueda, un destello apareció en la pantalla: un objeto metálico a varios miles de kilómetros, lo bastante grande para ser una nave, pero sin emisiones de energía que sugirieran actividad.

—¿Abandonada? —Preguntó Sofía, su voz cargada de duda.

Alan, que estudiaba los datos, negó con la cabeza.

—No hay señales de vida ni energía. Pero no podemos estar seguros hasta que estemos dentro.

Arturo, asumió el mando:

—Nos acercaremos. Yo abordaré, Adriana y Alan me acompañarán. Los demás, quédense en la nave y mantengan los sistemas estables.

Con los motores al 20%, la Huitzilopochtli avanzó de forma lenta hacia la señal, cada kilómetro una prueba de resistencia para la nave y su tripulación. La atmósfera en la cabina era opresiva, con el zumbido de los sistemas mezclado con el silencio tenso de quienes sabían que apostaban todo. Cuando al fin alcanzaron la nave, la pantalla reveló una estructura colosal, mucho más grande que la anterior, con un diseño orgánico, como si estuviera hecha de coral metálico. Sus corredores, visibles a través de brechas en el casco, parecían venas de una criatura gigante.

—Esto no me gusta —murmuró Sofía, mientras miraba por la ventana—. Parece... viva.

Armando, con la estatuilla en la mano, susurró:

—Es un templo. Un lugar sagrado... o maldito.

Arturo, Adriana y Alan se prepararon para la misión extra vehicular. Sin armas, gracias al saqueo de los grises, llevaban solo herramientas y linternas, ya que tenían confianza en la experiencia de Alan para guiarlos.

—Conozco este diseño —dijo Alan, mientras se ponían los trajes presurizados—. Es una nave de los nórdicos, una especie muy similar a los humanos. Sus naves eran como ecosistemas. El cuarto de máquinas estará en el núcleo, y el de armas cerca de la proa.

Arturo asintió, aunque la palabra «ecosistema» le provocó un escalofrío.

—Muéstranos el camino. Pero manténganse alerta.

La esclusa de la Huitzilopochtli se abrió, y los tres flotaron hacia la nave abandonada, sus linternas cortaban la oscuridad. El interior era un laberinto de corredores retorcidos, con paredes cubiertas de una sustancia viscosa que brillaba bajo la luz. El aire, o la falta de él, estaba cargado de un olor metálico que penetraba los filtros de los trajes. Alan lideraba, moviéndose con una seguridad que contrastaba con la tensión de Arturo y Adriana.

—El cuarto de máquinas está por acá —dijo, al tiempo que señaló un pasillo central—. Las armas están a la derecha. Arturo, busca en las cámaras laterales; podrías encontrar insumos médicos o comida.

Se separaron, cada uno consciente que el tiempo era su enemigo. Adriana avanzó hacia el núcleo, mientras esquivaba escombros flotantes que parecían restos orgánicos. El cuarto de

máquinas era una caverna de maquinaria alienígena, con conductos que latían como arterias. Encontró piezas compatibles con los motores de la Huitzilopochtli: núcleos de energía, paneles de blindaje, incluso un generador que podría estabilizar los sistemas. Mientras desmontaba los componentes, un movimiento en las sombras la hizo detenerse. Su linterna iluminó el techo, donde algo se deslizó, rápido y silencioso.

—¿Qué fue eso...? —Susurró, su corazón acelerándose.

Alan, en el cuarto de armas, encontró un arsenal: rifles de energía, granadas sónicas, incluso cuchillas que parecían vibrar con vida propia. Pero mientras cargaba un contenedor, un chasquido resonó detrás de él. Giró, y su linterna iluminó a una criatura cefalopódica: un cuerpo bulboso, tentáculos largos y afilados, y ojos que brillaban como brasas. Antes que pudiera reaccionar, más criaturas emergieron, moviéndose con una velocidad aterradora. Alan entró en pánico, a la vez que ingresaba a una cámara adyacente, donde se encerró. Sin embargo, las criaturas arañaban la puerta, sus tentáculos buscaban grietas.

Arturo, al explorar una cámara lateral, encontró contenedores con lo que parecía ser equipo médico alienígena y cápsulas de nutrientes. Pero un crujido lo detuvo. Su linterna iluminó un nido de cefalópodos, decenas de ellos que trepaban por las paredes, sus tentáculos chasqueaban con hambre.

—¡No puede ser! —Gritó, al tiempo que retrocedía hacia un compartimento estrecho y aseguraba la puerta.

Los cefalópodos golpeaban el metal, sus movimientos coordinados como un enjambre.

Por el intercomunicador, las voces de Adriana y Arturo resonaron en la cabina de la Huitzilopochtli.

—¡Estamos atrapados! —Gritó Adriana, escondida en un armario del cuarto de máquinas—. ¡Son monstruos, como pulpos gigantes!

Arturo, jadeante, añadió:

—No tenemos armas. ¡No podemos salir!

Sofía, en la nave, sintió un nudo en el estómago.

—¡Tenemos que ayudarlos!

Ivanna, al revisar los sensores, negó con la cabeza.

—No podemos mover la nave. Están solos.

Pero Alan, atrapado en su propia cámara, no se rindió. Aplicó su conocimiento de esa nave, trepó al techo y encontró un conducto de ventilación. Se deslizó por él, sin hacer caso al dolor de su cuerpo debilitado, hasta llegar al cuarto de armas. Allí, se armó hasta los dientes: un rifle de energía, granadas sónicas, y una cuchilla vibratoria. Con una determinación nacida de su entrenamiento con los reptilianos, salió al corredor y disparó contra las criaturas que lo perseguían. Los cefalópodos, alcanzados por los pulsos de energía, se retorcieron y colapsaban, sus cuerpos explotaban entre nubes de líquido viscoso.

Alan llegó primero al compartimento de Arturo, que con determinación lanzó una granada sónica que desorientó a las criaturas.

—¡Comandante, ahora! —Gritó, al tiempo que abría la puerta.

Arturo salió, arrojándose al piso para tomar un rifle que Alan le había aventado. Juntos, corrieron hacia el cuarto de máquinas, donde Adriana seguía atrapada. Los cefalópodos los perseguían, sus tentáculos golpeaban las paredes con un ritmo frenético. Alan disparó sin pausa, mientras Arturo usaba la cuchilla para abrirse paso, al tiempo que cercenaba los tentáculos que se acercaban demasiado.

Encontraron a Adriana, acorralada pero viva.

—¡Por fin! —Gritó desesperada, a la vez que tomaba un arma de Alan.

Los tres, ahora armados, formaron una barrera de fuego, que eliminaban a las criaturas mientras cargaban las piezas, armas y contenedores recolectados. El nido parecía infinito, con más cefalópodos que emergían de las sombras, sus ojos brillaban con un hambre voraz.

—¡No podemos quedarnos! —Gritó Arturo, mientras lanzaba una granada que creó una explosión de luz y despejó el camino.

Corrieron hacia la esclusa, al tiempo que sus linternas iluminaban un caos de tentáculos y cuerpos retorcidos. La Huitzilopochtli los esperaba, con Sofía e Ivanna en la consola, listas para despegar. Los tres subieron a bordo, a la vez que sellaban la esclusa, mientras las criaturas golpeaban el casco. Adriana, jadeante, tomó los controles, y la nave, con sus motores al límite, se alejó de los nórdicos y dejó atrás el nido de cefalópodos.

En la cabina, la tripulación descargó las piezas, armas y suministros. Alan, cubierto de sudor, explicó:

—Los nórdicos usaban esas criaturas como defensa. No pensé que seguirían vivas después de tanto tiempo.

Arturo, limpiaba sangre alienígena de su traje, lo miró con respeto.

—Nos salvaste, Alan. Eres uno de nosotros.

Adriana, aunque agotada, asintió.

—No está mal para un traductor.

La Huitzilopochtli, con los nuevos componentes, retomó su trayectoria hacia Marte, pero el terror del encuentro permanecía. El zumbido, ahora más débil, aún resonaba, y la tripulación sabía

que el universo aún guardaba secretos. El cráter Gale estaba cerca, no obstante, cada paso hacia él parecía costar un pedazo de sus almas.

CAPÍTULO 7 POR FIN LLEGAMOS A MARTE

La Huitzilopochtli, restaurada con las piezas recolectadas de la nave de los nórdicos, navegaba por el espacio con una frágil esperanza renovada. Los motores ahora funcionaban al 60% de su capacidad y rugían con un zumbido ensordecedor.

Los sistemas constantes, pero inestables, un recordatorio de los daños sufridos en su viaje. La reparación de los motores, liderada por Adriana con la ayuda crucial de Alan, había sido un esfuerzo titánico. Alan, con su conocimiento en tecnología alienígena adquirido durante sus años con los reptilianos, resultó indispensable, al identificar y adaptar los componentes de los nórdicos a los sistemas terrestres. Aunque la nave estaba lejos de su estado original, el 60% de potencia era suficiente para mantenerlos en curso hacia Marte, un milagro que apenas podían creer tras los horrores que habían enfrentado.

La cabina principal, iluminada por luces parpadeantes, era un reflejo de su situación precaria. Los cultivos hidropónicos, saqueados por los grises, dejaban a la tripulación con raciones mínimas, y el oxígeno, aunque estabilizado, seguía siendo racionado. La atmósfera estaba cargada de un silencio tenso, roto solo por el crujido del casco y el murmullo de los sistemas. La tripulación, aún debilitada por los efectos residuales del patógeno alienígena, trabajaba con una determinación nacida de la desesperación. Arturo, con su liderazgo inquebrantable, mantenía el orden, pero las ojeras profundas en su rostro revelaban el costo de su responsabilidad. Adriana, con su tos persistente, se aferraba a los controles, su pragmatismo como ancla. Sofía, al cuidado de los restos de las plantas, luchaba contra el peso de sus recuerdos. Armando, con su estatuilla de Quetzalcóatl, veía cada evento como una prueba divina. Fernando, en la enfermería, se recuperaba de manera lenta, sus bromas cada vez más escasas. Ivanna, la doctora, monitoreaba a todos, su propia fatiga

oculta tras una fachada de profesionalismo. Alan, ahora siendo parte fundamental del equipo, compartía tareas de todo tipo, desde reparaciones hasta cálculos de navegación, ganándose el respeto de la tripulación, aunque Sofía aún lo miraba con cautela.

Seis semanas después de su escape del nido de cefalópodos, la pantalla de navegación mostró un destello rojo en la distancia: Marte. La tripulación, reunida en la cabina, contuvo el aliento. El planeta rojo, con sus cráteres y llanuras polvorientas, era un faro de esperanza en medio de la pesadilla que había sido su viaje. Arturo, de pie frente a la consola, pronunció las palabras que todos necesitaban escuchar:

—Lo logramos. Estamos casi allí —pero su voz, aunque firme, no podía ocultar la tensión. La Huitzilopochtli estaba al límite, y el amortizaje sería una maniobra arriesgada.

De repente, una alarma interrumpió el momento. Adriana, que revisaba los sensores, frunció el ceño.

—Hay algo en el cráter Gale —dijo, su voz tensa—. Parece una nave.

La pantalla mostró una estructura metálica en su lugar de aterrizaje previsto, inmóvil y sin emisiones de energía.

—¿Otra nave abandonada? —Preguntó Sofía, su tono lleno de miedo.

Alan, al analizar los datos, negó con la cabeza.

—No lo sé. No hay señales de vida, aunque... no podemos estar seguros.

Arturo, con los puños apretados, tomó una decisión.

—No tenemos otra opción. Aterrizaremos. Pero estaremos preparados para cualquier cosa.

La preparación para el amortizaje fue un torbellino de actividad. Adriana y Alan ajustaron los motores, a la vez que Ivanna distribuía trajes presurizados y equipo médico de emergencia. Sofía y Armando revisaron los protocolos de aterrizaje, mientras Fernando, aún débil, insistió en ayudar desde la enfermería. El zumbido, que había acompañado su viaje desde el principio, parecía más débil ahora, sin embargo, aún resonaba, como un eco de los horrores vividos. La nave desconocida en el cráter Gale era una amenaza potencial, pero la falta de recursos y energía los obligaba a arriesgarse.

A medida que la Huitzilopochtli descendía hacia Marte, la atmósfera marciana, fina y polvorienta, rugía contra el casco. Adriana, con las manos temblorosas por la fatiga, guio la nave con una precisión milagrosa, mientras Arturo supervisaba cada maniobra. La nave en el cráter, visible ahora a través de las ventanas, era una estructura angular, enterrada de manera parcial en el polvo rojo. No había luces, ni movimiento, pero su presencia era inquietante, como un depredador dormido.

El amortizaje fue un momento de tensión insoportable. La nave tembló de manera violenta, los motores al borde del colapso, mientras Adriana luchaba por mantener el control. Un crujido ensordecedor resonó cuando tocaron el suelo, al tiempo que levantaron una nube de polvo que oscureció las ventanas. Luego, silencio. La Huitzilopochtli había aterrizado en el cráter Gale, sus motores apagándose con un gemido final.

La cabina estalló en júbilo. Sofía, con lágrimas en los ojos, abrazó a Ivanna, quien sonrió por primera vez en semanas. Fernando, por el intercomunicador, soltó un grito de victoria:

—¡Lo hicimos!

Adriana, exhausta, se dejó caer en su asiento, carcajeándose entre su tos. Armando levantó su estatuilla, a la vez que murmuraba una plegaria a Quetzalcóatl. Alan, en silencio, observó a Marte a través de la ventana, su rostro humano pero

marcado por una tristeza indescifrable. Arturo, con la mirada fija en la nave desconocida, fue el único que no celebró.

—No hemos terminado —dijo, mientras su voz cortaba la euforia—. Esa nave ahí afuera... no sabemos qué es.

La tripulación, a pesar de estar agotada, se preparó para explorar el cráter. La Huitzilopochtli, apenas funcional al 60%, era su único refugio en la superficie marciana. La misión Tenochtitlán Marciana tenía como objetivo establecer una colonia para estudiar el planeta, y eso estaba a punto de comenzar, pero la sombra de la nave desconocida lo cubría todo con un velo de incertidumbre. El zumbido, aunque apenas audible, parecía emanar ahora desde el exterior, como si Marte mismo susurrara.

En la cabina principal, la tripulación se reunió para planificar el siguiente paso. Las luces parpadeaban, el aire era escaso, y las raciones de comida, casi agotadas, añadían una presión asfixiante. Arturo, de pie frente a la consola, miraba la imagen de la nave desconocida en la pantalla, su silueta angular como un presagio.

—Esa nave podría ser nuestra salvación o nuestra condena —dijo, mientras su voz grave cortaba el silencio—. Si está abandonada, podemos recolectar armas, piezas para la Huitzilopochtli, comida, cualquier cosa que nos ayude a establecer la colonia. Pero si no lo está, debemos estar preparados.

Alan, ahora un miembro esencial de la tripulación, asintió desde un rincón.

—Si está abandonada, podríamos incluso repararla —sugirió, su tono calmado, aunque con un filo de urgencia—. Una segunda nave nos daría una ventaja. Podríamos usarla como respaldo o para explorar Marte.

—Sus palabras, basadas en su experiencia con los reptilianos, encendieron una chispa de esperanza, pero también

de cautela. Sofía, con la foto de su hermano en la mano, frunció el ceño.

—¿Y si es como la última? ¿más cefalópodos? ¿más virus?

Armando, a la vez que sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, murmuró:

—El cosmos nos prueba una y otra vez. Si hay peligro, es porque los dioses quieren que demostremos nuestra fuerza.

Fernando, desde la enfermería, soltó una risa áspera por el intercomunicador.

—Genial, más monstruos. Justo lo que necesitábamos.

Ivanna, que revisaba el equipo médico limitado, añadió:

—Si vamos, pero necesitamos un plan. No podemos permitirnos más bajas.

Arturo, al estar de acuerdo trazó el plan.

—Alan, Adriana y yo exploraremos la nave. Llevaremos las armas que recuperamos de los nórdicos. Ivanna, Sofía, Armando, quédense en la Huitzilopochtli y mantengan los sistemas estables. Estén listos para despegar por si algo sale mal.

Adriana, con su tos persistente pero su determinación intacta, asintió.

—Si hay algo útil allí, lo traeremos. Aunque no me gusta esa nave.

Alan, mientras ajustaba su traje presurizado, añadió:

—Conozco muchos diseños alienígenas. Si es una nave conocida, sabré dónde buscar.

La tripulación, aunque agotada, se puso en acción, impulsada por la necesidad de sobrevivir.

Salir de la Huitzilopochtli y pisar el suelo marciano fue un momento de contradicciones. La gravedad, más ligera que la terrestre, les dio una sensación de libertad, y el polvo rojo bajo sus botas era un testimonio de su logro. Pero la alegría se mezclaba con un terror profundo. Cada paso hacia la nave desconocida, a unos cientos de metros, resonaba con el eco de los horrores vividos: meteoroides, arañas, cefalópodos, grises. Marte, aunque era su destino, parecía un campo de pruebas donde el universo los desafiaba sin descanso.

La nave desconocida, semienterrada en el cráter, tenía un diseño angular, con superficies que reflejaban el sol marciano en destellos metálicos. Sus grietas y abolladuras sugerían un aterrizaje forzoso, sin embargo, no había señales de vida. Arturo, Alan y Adriana avanzaron con sigilo, sus linternas cortaban la penumbra del cráter. Las armas de los nórdicos, rifles de energía y granadas sónicas, les daban cierta seguridad, pero la memoria de los cefalópodos seguía fresca.

—Si algo se mueve, disparamos primero —susurró Adriana, su voz tensa a través del comunicador.

Alan, que lideraba, asintió.

—El cuarto de máquinas estará en el núcleo. Las armas, cerca de la proa. Arturo, busca cámaras de almacenamiento para insumos.

Entraron por una esclusa rota, el metal crujía bajo sus botas. El interior de la nave era un laberinto de corredores estrechos, con paredes cubiertas de una sustancia cristalina que brillaba como hielo. El aire, aunque inexistente, parecía cargado de una presencia invisible, y el zumbido, ese sonido que los había perseguido desde el principio, resonaba de manera débil, como un latido enterrado. Alan, con su conocimiento alienígena, los guio con precisión, pero cada paso aumentaba la sensación que no estaban solos.

Se separaron para cubrir más terreno. Adriana se dirigió al cuarto de máquinas, al tiempo que esquivaba los cables que colgaban como lianas. Encontró maquinaria avanzada, con núcleos de energía que podrían reforzar los motores de la Huitzilopochtli. Mientras desmontaba un componente, un crujido la hizo girar. Su linterna iluminó una sombra fugaz, un movimiento rápido en una de las paredes.

—¿Qué fue eso? —Susurró por el intercomunicador, su corazón acelerándose.

Alan, en el cuarto de armas, recolectaba rifles y granadas cuando un chasquido resonó detrás de él. Giró, solo para ver una forma insectoide, de estatura promedio, con antenas vibrantes y ojos compuestos que brillaban en la oscuridad. Arturo, en una cámara de almacenamiento, encontró contenedores con nutrientes y equipo médico, pero un zumbido agudo lo detuvo. Su linterna reveló tres ellos, armados con dispositivos que parecían pistolas de energía, moviéndose con una rapidez letal.

Alan, por el intercomunicador, susurró:

—Son comerciantes. Cazadores de esclavos. Venden seres en el mercado negro. Esta nave debe haberse estrellado aquí.

Antes que pudieran reagruparse, Adriana, en su apuro, tropezó con un contenedor metálico, que cayó con un estruendo ensordecedor. El ruido resonó en los corredores, y los insectoides, alertados, tomaron sus armas y desplazaron hacia el sonido.

—¡Nos encontraron! —Gritó Adriana, al tiempo que corría hacia un compartimento para esconderse. Aun así, fue inútil; los seres, con sus patas articuladas golpeteaban el suelo, rodeándola, al tiempo que sus armas disparaban pulsos de energía que abollaban el metal. Arturo, atrapado en otra cámara, disparó su rifle, pero los insectoides eran demasiado rápidos, esquivándolo y contraatacándolo. Alan, en el cuarto de armas, se

escondió tras un estante, aunque fue acorralado por dos criaturas que chasqueaban sus mandíbulas con hambre.

La batalla estalló en un caos de disparos y gritos. Arturo, utilizó su entrenamiento militar, eliminó a un insectoide con un disparo preciso, pero otros tomaron su lugar. Adriana, desde su escondite, intentó abrir la puerta, aunque los pulsos de energía la mantenían atrapada. Alan, con su experiencia con los reptilianos, de manera ágil trepó a un anaquel y disparó desde arriba. Con ese disparo, abatió a uno de sus atacantes. No obstante, los atacantes eran implacables, sus movimientos coordinados como un enjambre, y su intención era clara: capturarlos vivos para venderlos como esclavos.

En la Huitzilopochtli, Sofía, Ivanna y Armando escuchaban el caos por el intercomunicador, sus corazones acelerados.

—¡Tenemos que ayudarlos! —Gritó Sofía, pero Ivanna la detuvo.

—No podemos hacer nada. Aunque si los perdemos, la misión termina.

Armando, con la estatuilla en la mano, murmuró:

—Huitzilopochtli los protegerá. Deben luchar.

Fernando, desde la enfermería, añadió con voz débil:

—Si no regresan, estamos acabados.

Dentro de la nave, la batalla se intensificó. Arturo, Adriana y Alan, aunque superados en número, se negaron a ceder. Sabían que la misión Tenochtitlán Marciana, el sueño de una colonia en Marte, dependía de ellos. Otra nave terrestre no llegaría, no después de los sacrificios que habían hecho. Lucharon con uñas y dientes, disparándoles con rifles de energía y granadas sónicas que desorientaban a los insectoides. Pero las criaturas eran resistentes, sus exoesqueletos absorbían los impactos.

El punto de inflexión llegó cuando Alan, desde su posición elevada, encontró una granada de plasma en el cuarto de armas. Con un grito, la lanzó al centro del enjambre, lo que provocó una explosión de luz blanca que incineró a varios insectoides. Los sobrevivientes, desorientados, retrocedieron, lo que dio a Arturo y Adriana la oportunidad de reunirse con él. Juntos, abrieron fuego y eliminaron a las criaturas restantes en una batalla que duró horas, cada segundo una lucha por la supervivencia.

Cuando el último de los atacantes cayó, la nave quedó en un silencio sepulcral, roto solo por el jadeo de los tres astronautas. Ensangrentados y exhaustos, revisaron de manera minuciosa la nave, donde encontraron una cámara secreta. Dentro, había dos seres, una hembra de tipo humano y un insectoide, encadenados y demacrados, ambos prisioneros serían vendidos por los comerciantes. Alan, usó sus conocimientos en lenguas alienígenas y tradujo sus súplicas:

—Son esclavos. Los cazaron para venderlos.

Arturo, con el rostro endurecido, ordenó:

—Libérenlos. No dejaremos a nadie en este infierno.

Alan, con esa consigna dijo:

—Han sido rescatados, son libres —a la vez que desmontaban las cadenas.

Los prisioneros, con formas que iban desde humanoides hasta criaturas con apariencia animal, expresaron su gratitud en lenguas que Alan tradujo.

—Arturo, dicen que están en deuda contigo.

Después de esto, los astronautas recolectaron piezas, armas y suministros, para llevarlas a la Huitzilopochtli, todo esto serviría para reforzarla y comenzar la colonia.

Mientras tanto, en la nave, ya los esperaban con ansias Sofía, Ivanna y Armando.

La misión había sido un éxito; ahora serían curados de sus heridas para descansar, porque al día siguiente regresarían por más cosas y tratarían de reparar la nave.

CAPÍTULO 8 DESCUBRIMOS UN TESORO

La Huitzilopochtli descansaba en el cráter Gale, su casco plateado cubierto de polvo rojo marciano, un testimonio de los horrores y sacrificios que habían llevado a la tripulación hasta este punto. La euforia del amartizaje había dado paso a una urgencia frenética: establecer la colonia Tenochtitlán Marciana mientras lidiaban con la nave desconocida en el cráter, los recursos limitados y los efectos residuales del patógeno alienígena. La nave de los comerciantes insectoides, ahora bajo su control tras la batalla, ofrecía una oportunidad para recolectar más piezas, armas y suministros, pero también un recordatorio de los peligros que acechaban en cada esquina del universo.

El amanecer marciano, con su cielo anaranjado y un sol débil que apenas calentaba la superficie, trajo consigo una nueva tarea. Arturo, Adriana y Alan se preparaban para regresar a la nave de los comerciantes. Era necesario limpiar los restos de los insectoides, no solo para evitar riesgos biológicos, sino para honrar una regla tácita de la misión: dejar el menor rastro posible de conflicto. Los cuerpos, con sus exoesqueletos rotos y sus ojos compuestos opacos, debían ser enterrados en el suelo marciano, una tarea que, aunque macabra, era esencial para mantener el cráter libre de contaminación. Además, necesitaban inspeccionar la nave más a fondo, y buscar cualquier recurso que pudiera fortalecer la Huitzilopochtli o la naciente colonia.

En la cabina principal, mientras Arturo revisaba el equipo extravehicular, Armando, con su estatuilla de Quetzalcóatl en la mano, interrumpió el silencio.

—Comandante, hay algo afuera —dijo, su voz temblorosa pero firme. Todos se giraron hacia él.

—¿Qué viste? —Preguntó Adriana, su mano por instinto buscaba el rifle de energía que llevaba al hombro.

Armando señaló la ventana.

—Dos seres. No son humanos. Están justo afuera de la Huitzilopochtli.

El anuncio congeló la cabina. Sofía, con la foto de su hermano apretada contra el pecho, sintió un nudo en el estómago. Ivanna, que revisaba los monitores médicos, frunció el ceño.

—¿Hostiles? —Preguntó, su tono profesional ocultaba su miedo. Alan, acercándose a la ventana, entrecerró los ojos.

—Déjenme ver.

Con su experiencia como traductor de los reptilianos, reconoció de inmediato a las figuras.

—Son ellos —dijo, su voz mezclada con alivio y cautela—. Los seres que liberamos de la nave de los comerciantes.

Sin esperar respuesta, se puso su traje presurizado y salió por la esclusa. La tripulación, tensa, observó desde las ventanas mientras Alan se acercaba a las dos figuras, que permanecían inmóviles bajo el sol marciano.

El primero era una hembra pleyadiana, de piel blanca como el alabastro, cabello rubio que brillaba como un halo, y ojos azules que parecían absorber la luz. Su figura, esbelta y elegante, tenía una presencia casi etérea, como si perteneciera más a las estrellas que a un planeta. Provenía de las Pléyades, el cúmulo estelar de las Siete Hermanas, a 440 años luz de la Tierra, conocido por su brillo en los cielos boreales.

El segundo era un kleperiano, un humanoide de piel tenuemente azulada, con rasgos angulosos y ojos que destellaban con una inteligencia fría. Originario de Kepler-22b, a 42 años luz, su raza estaba en transición hacia una civilización tipo 2, con conocimientos avanzados que podrían rivalizar con los de los reptilianos.

Alan, tras conversaciones en idiomas extraños que resonaba en el silencio marciano, regresó a la Huitzilopochtli con Arturo.

—Quieren unirse a nosotros —explicó, su tono serio pero esperanzado—. No tienen a dónde ir. Recordemos que los insectoides los capturaron para venderlos como esclavos, si los dejamos afuera morirán. La pleyadiana, Lirien, es experta en ingeniería estelar. El kleperiano, Kael, es un especialista en biología y terraformación. Podrían ser una ventaja para la colonia.

Arturo, al evaluar las palabras de Alan, sintió el peso de la decisión. La misión era humana, pero la presencia de seres alienígenas podría fortalecerlos. Además, la nave de los comerciantes, ahora bajo su control, ofrecía una oportunidad única.

Tras una breve discusión con el grupo, Arturo asintió.

—Aceptamos. Pero estarán bajo observación.

Sofía, todavía desconfiada, protestó:

—¿Y si son una amenaza? No sabemos nada de ellos.

Armando, con una sonrisa enigmática, intervino:

—Son un regalo de los dioses. Quetzalcóatl nos guía hacia un nuevo mundo, un Tenochtitlán multirracial.

Fernando, desde la enfermería, soltó una risa débil.

—Genial, ahora somos una nave de refugiados intergalácticos.

Ivanna, pragmática, añadió:

—Si saben de biología e ingeniería, los necesitamos. Pero los vigilaré.

Los nuevos integrantes fueron recibidos en la Huitzilopochtli, sus figuras alienígenas contrastaban con la tripulación humana. Ella, con una voz melódica, agradeció en un español mal pronunciado, al repetir lo que le enseñó el traductor. Él, más reservado, asintió con un gesto que parecía humano pero extraño. La tripulación, aunque cautelosa, comenzó a trabajar con ellos. Lirien se unió a Adriana y Alan para evaluar las piezas recolectadas, mientras Kael ayudó a Ivanna a analizar los restos del patógeno, buscaban formas de prevenir futuras infecciones. Sofía y Armando, por su parte, comenzaron a montar los primeros módulos de la colonia, al usar los suministros recuperados y los conocimientos de los alienígenas para optimizar el proceso.

El sueño de Tenochtitlán Marciana tomaba forma, pero no sin esfuerzo. Los módulos, diseñados para soportar las condiciones marcianas, eran difíciles de ensamblar en un terreno lleno de polvo y rocas. La atmósfera fina y el frío intenso añadían una capa de desafío, y cada movimiento era una prueba de resistencia para la tripulación debilitada. Sin embargo, la presencia de los nuevos integrantes aceleró el proceso: Lirien sugirió modificaciones a los generadores de energía, mientras Kael propuso un sistema de reciclaje de agua basado en tecnología de Kepler-22b. La idea de una colonia multirracial, algo que nadie había imaginado al inicio de la misión, comenzó a sentirse real, aunque cargada de incertidumbre.

Mientras tanto, Arturo, Adriana y Alan se prepararon para regresar a la nave de los comerciantes. La tarea de enterrar los cuerpos de los insectoides era una prioridad, pero también una oportunidad para recolectar más recursos. Equipados con trajes presurizados y las armas de los nórdicos, salieron al amanecer marciano, el cielo rojizo proyectaba sombras largas sobre el cráter. Cada paso en el terreno árido era un recordatorio de su aislamiento: estaban a millones de kilómetros de la Tierra, en un planeta que parecía observar con ojos invisibles.

La nave de los comerciantes, a pocos cientos de metros, era una silueta ominosa contra el horizonte. Sus paredes angulares, cubiertas de polvo, parecían absorber la luz, y el silencio que la rodeaba era inquietante. Arturo, que lideraba, señaló la esclusa rota.

—Entramos rápido, limpiamos los cuerpos y buscamos cualquier cosa útil. Manténganse alerta.

Adriana, con el rifle listo, asintió.

—Si hay más de esos bichos, no nos tomarán desprevenidos.

Alan, con su conocimiento alienígena, añadió:

—Los comerciantes no trabajan solos. Podría haber trampas.

Entraron con sigilo, sus linternas cortaban la oscuridad. El interior de la nave era un caos de cuerpos insectoides, sus exoesqueletos rotos esparcidos por el suelo. El aire, aunque inexistente, parecía cargado de una presencia opresiva, y el zumbido, ese sonido que los había perseguido desde el inicio, resonaba con debilidad, como un eco atrapado en las paredes. Arturo y Adriana comenzaron a arrastrar los cuerpos hacia un contenedor para transportarlos al exterior.

Mientras Alan revisaba las cámaras de almacenamiento, encontró algo inimaginable: se trataba de un verdadero «tesoro», un enorme cargamento de cosas de valor que los insectoides habían acumulado tras meses de saqueo y robo. Esto sería llevado al mercado negro para venderse y representaría una fortuna en dinero. El botín incluía un arsenal de armamento, piezas de maquinaria y cápsulas de nutrientes. Era como sacarse la lotería; con todo esto, podrían establecer la colonia sin ningún problema. No podía esperar para contarles acerca de su hallazgo.

Pero el silencio se rompió con un chasquido agudo. Adriana, mientras levantaba el cuerpo de un insectoide, percibió movimientos en las sombras.

—¡Algo se movió! —Susurró por el intercomunicador, al tiempo que su linterna barría el corredor.

Alan, aún en la cámara de almacenamiento, giró justo a tiempo para ver una forma insectoide, más pequeña que las anteriores, deslizarse por el techo.

—¡No estamos solos! —Gritó, al tiempo que disparaba un pulso de energía que iluminó la nave.

Arturo, enseguida dejó caer un cuerpo y tomó su rifle.

—¡Formen una línea! ¡no dejen que nos rodeen!

El ataque fue rápido y brutal. Un grupo de insectoides, sobrevivientes de la batalla anterior, emergió de los conductos, sus ojos brillantes con un hambre desesperada. Eran menos, pero más rápidos, sus patas articuladas golpeaban el suelo como tambores de guerra. Arturo, Adriana y Alan dispararon, pero los atacantes esquivaban con una agilidad aterradora, sus armas disparaban pulsos que abollaban las paredes. La nave se convirtió en un campo de batalla, con explosiones de granadas sónicas y destellos de energía que iluminaban la oscuridad.

En la Huitzilopochtli, Sofía, Ivanna y Armando escuchaban el caos por el intercomunicador, sus corazones acelerados.

—¡Tenemos que ayudarlos! —Gritó Sofía, pero Ivanna la detuvo.

—Si salimos, dejamos la nave indefensa. ¡Confía en ellos!

Kael, el kleperiano, observaba los monitores con una calma inquietante, mientras Lirien ajustaba un generador, sus manos moviéndose con una precisión casi sobrenatural. Armando, con la estatuilla en la mano, murmuró:

—Huitzilopochtli los protegerá. Pero el precio será alto.

Dentro de la nave, la batalla era un infierno. Arturo, cubierto de sudor, disparó a un insectoide que lo atacó por el flanco, mientras Adriana lanzaba una granada que desorientó a varios. Alan, comenzó a trepar por un conducto y disparó desde arriba, con tiros certeros eliminó a dos criaturas. No obstante, los atacantes no cedían, sus movimientos coordinados como un enjambre. Uno de ellos alcanzó a Adriana con su pata afilada, lo que rasgó su traje y cortó el brazo. Arturo la cubrió mientras disparaba, hasta que este colapsó. pero la herida de Adriana sangraba, lo que añadió un nuevo nivel de urgencia.

Alan, al darse cuenta de esto, lanzó una granada de plasma que había traído de las cámaras de almacenamiento.

—¡Cúbranse! —Gritó, lanzándola lo más cerca posible de los insectos que lo empezaban a acorralar.

La explosión iluminó la nave, lo que incineró a los insectoides restantes y dejó un silencio sepulcral. Los tres, jadeantes, se reunieron, al tiempo que revisaban sus heridas y los recursos recolectados.

—Tenemos que salir ahora —dijo Arturo, mientras ayudaba a Adriana a levantarse. Alan, que cargaba las piezas y armas, asintió.

—Esto no ha terminado. Podría haber más.

Corrieron hacia la esclusa, el polvo marciano levantándose bajo sus botas. La Huitzilopochtli los esperaba, con Lirien y Kael que ayudaban a curar la herida de Adriana, mientras Sofía y Armando preparaban los módulos de la colonia. Los cuerpos de los insectoides fueron enterrados en una fosa poco profunda, un acto rápido pero necesario. Los recursos recolectados —piezas para los motores, armas, y nutrientes— eran de gran valía, aunque la batalla había dejado a la tripulación al borde del colapso.

En la cabina, mientras Lirien y Kael integraban las nuevas piezas en los sistemas, Arturo miró a Marte a través de la ventana. La colonia comenzaba a tomar forma, pero el zumbido persistía, ahora más fuerte, como si viniera del suelo mismo. La misión Tenochtitlán Marciana, ahora multirracial, era una realidad, pero el cráter Gale guardaba más horrores, y la tripulación sabía que su lucha por sobrevivir apenas comenzaba.

Al amanecer del día siguiente, mientras el sol marciano proyectaba sombras largas sobre el cráter, Alan se acercó a Arturo en la cabina principal de la Huitzilopochtli. Su rostro, por lo general impasible, mostraba una chispa de emoción contenida.

—Comandante, encontré algo en la nave de los comerciantes —dijo, su voz baja pero cargada de urgencia—. Mientras revisaba las cámaras de almacenamiento, di con un cargamento... un tesoro. Los insectoides acumularon una fortuna: armas, piezas de maquinaria, cápsulas de nutrientes, incluso materiales raros que valdrían una fortuna en el mercado negro. Con esto, podríamos no solo reparar la Huitzilopochtli, sino establecer la colonia sin preocupaciones.

Arturo, agotado pero alerta, lo miró con escepticismo.

—¿Un tesoro? ¿cómo sabemos que no está contaminado, como el virus de la nave varada?

Alan, anticipando la pregunta, respondió:

—Lo revisé. No hay señales biológicas ni trampas. Pero es demasiado para transportarlo. Creo que deberíamos usar la nave de los comerciantes como almacén, incluso acondicionarla para habitarla. Podría servir como refugio y base secundaria para la colonia —hizo una pausa, su expresión volviéndose más seria—. También podría ser un hogar para Lirien, Kael y yo. No queremos incomodar a la tripulación original.

Arturo frunció el ceño, su voz firme.

—Alan, escúchame bien. Eres parte de esta tripulación. No vuelvas a decir que incomodas a alguien. Somos una familia ahora, humanos o no. Pero tu idea es buena. Acondicionar esa nave como refugio y almacén nos dará una ventaja.

Alan, muy conmovido, asintió.

—Gracias, comandante.

La tripulación se reunió para discutir el plan. Adriana, con su tono persistente pero su determinación intacta, apoyó la idea.

—Si ese cargamento es tan valioso, podríamos reforzar la Huitzilopochtli y construir módulos más rápido. Pero no me gusta dejar esa nave sin vigilancia.

Sofía, todavía desconfiada de los alienígenas, añadió:

—¿Y si hay más insectoides escondidos? No podemos bajar la guardia.

Armando, que como siempre sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, habló con una calma inquietante:

—El cosmos nos ha dado este regalo, pero los dioses siempre exigen un precio. Debemos ser cuidadosos.

Ivanna, que revisaba los monitores médicos, asintió.

—Si no hay riesgos biológicos, estoy de acuerdo. Pero llevaremos equipo médico por si acaso.

Fernando, desde la enfermería, soltó una risa débil por el intercomunicador.

—Un tesoro alienígena. Genial, ahora somos piratas espaciales.

Arturo organizó la misión: Adriana, Alan, Lirien y Kael, junto con él, regresarían a la nave de los comerciantes para hacer un inventario completo y comenzar las reparaciones. Sofía, Ivanna y

Armando se quedarían en la Huitzilopochtli, para trabajar en los módulos de la colonia, además de vigilar los sensores. Armados con los rifles de energía y granadas sónicas de los nórdicos, el equipo salió al terreno marciano, el polvo levantándose bajo sus botas. La nave, a pocos cientos de metros, parecía más ominosa bajo la luz del día, sus grietas y abolladuras como cicatrices de una batalla antigua. El zumbido, ese sonido que los había perseguido desde el inicio, resonaba con debilidad, como si el cráter mismo estuviera vivo.

Al entrar por la esclusa rota, la oscuridad los envolvió. Sus linternas iluminaban corredores llenos de escombros y restos de insectoides, pero no había señales de vida. El aire, aunque inexistente, parecía cargado de una presencia opresiva, y las paredes cristalinas reflejaban sus luces en destellos que parecían moverse por sí solos. Alan lideró al grupo hacia las cámaras de almacenamiento, donde encontraron el tesoro: contenedores llenos de armas avanzadas, núcleos de energía, cápsulas de nutrientes y materiales que brillaban con un resplandor extraño. Adriana, que revisaba un núcleo, silbó.

—Esto es más de lo que esperaba. Podríamos reconstruir la Huitzilopochtli y tener energía para años.

Lirien, con su conocimiento de ingeniería estelar, le dijo algo a Alan, quien de inmediato tradujo.

—Dice que estos materiales son de origen estelar. Que podríamos usarlos para construir módulos resistentes al clima marciano.

Kael, que examinaba las cápsulas, también dio su opinión, a lo que Alan sonrió.

—Dice que los nutrientes son compatibles con biología múltiple. Y que nos mantendrán vivos por mucho tiempo.

La tripulación estalló en júbilo, la emoción superó de manera momentánea el miedo. Arturo, aunque cauteloso, no pudo evitar sonreír.

—Esto cambia todo. Empecemos el inventario y preparemos la nave para habitarla.

El grupo se dividió: Adriana y Lirien trabajaron en las piezas de maquinaria, Alan y Kael en las armas y nutrientes, mientras Arturo exploraba las cámaras para asegurarse que no hubiera trampas. Por primera vez en meses, la esperanza parecía tangible, pero el cráter Gale tenía una forma de torcer los sueños en pesadillas.

Mientras trabajaban, un zumbido más fuerte resonó en la nave, no el sonido familiar, sino algo nuevo, como un latido profundo. Adriana, que desmontaba un panel, se detuvo.

—¿Escucharon eso? —Susurró, a la vez que su linterna barría las sombras.

Alan, que cargaba un contenedor, frunció el ceño.

—No es la nave. Es algo... externo.

Antes que pudieran reaccionar, los sensores de sus trajes detectaron una señal: una nave acercándose al cráter. La Huitzilopochtli, a través del comunicador, confirmó lo peor.

—¡Es una nave reptiliana! —Gritó Sofía, su voz llena de pánico—. ¡Se dirige directo hacia nosotros!

El equipo corrió a la esclusa, sus armas listas, pero la nave reptiliana, una esfera colosal como la que los había capturado antes, ya estaba sobre el cráter. Un haz de luz los inmovilizó, y un grupo de reptiloides, liderados por el mismo humanoide que había desterrado al traductor, descendió al suelo marciano. La tensión era palpable, el polvo levantándose como un velo fúnebre. Alan, enfrentándose a su pasado, dio un paso adelante.

—No queremos problemas —dijo, su voz firme pero cargada de emoción—. ¿Qué quieren?

El humanoide, con su traje metálico que brillaba bajo el sol, habló con frialdad.

—Hemos venido a confirmar que llegaron a su destino. También a comunicarte que nuestro líder ha reconsiderado tu destierro, Alan. Te ofrecemos el perdón y la reinstalación inmediata en tu puesto como traductor. Ven con nosotros.

Los reptiloides, con sus ojos amarillos fijos en la tripulación, parecían listos para actuar si alguien se oponía.

La cabina de la Huitzilopochtli se llenó de murmullos. Sofía, todavía desconfiada, susurró:

—¿Y si lo convencen? No podemos perderlo.

Adriana, con el rifle en la mano, gruñó:

—Si se lo llevan, tendrán que pasar por encima de nosotros.

Armando, que aún sostenía su estatuilla, murmuró:

—Es una prueba. Los dioses quieren saber dónde está su lealtad.

Ivanna, desde los monitores, añadió:

—Alan es uno de nosotros. No podemos dejar que se vaya.

Fernando, en la enfermería, soltó una risa áspera.

—Si se va, que nos deje unas granadas de recuerdo.

Alan, frente a los reptiloides, sintió el peso de la decisión. Sus años con ellos, su entrenamiento, su vida como traductor, chocaban con los meses junto a la tripulación de la Huitzilopochtli. Miró a Arturo, luego a Adriana, Lirien y Kael, después al horizonte marciano, donde los módulos de la colonia brillaban bajo el sol.

—No —dijo, al tiempo que su voz resonaba en el silencio—. Esta es mi familia ahora. Este es mi hogar. No me iré.

Los reptiloides molestos emitieron gruñidos, y el humanoide inclinó la cabeza, su expresión inescrutable.

—Has elegido, Alan. Que el equilibrio del cruce te juzgue.

Sin más palabras, la nave reptiliana se elevó y en un instante desapareció en el cielo marciano. La tripulación, reunida en la esclusa, estalló en vítores. Adriana dio una palmada en el hombro de Alan.

—Buen movimiento, traductor.

Sofía, por primera vez, le sonrió.

—Bienvenido a la familia, de verdad.

Armando levantó su estatuilla, a la vez que murmuraba una plegaria de gratitud. Lirien y Kael, con expresiones que mezclaban alivio y respeto, asintieron.

El trabajo en la nave de los comerciantes continuó con renovado vigor. Los contenedores fueron trasladados a la Huitzilopochtli, y la nave fue acondicionada como almacén y refugio, con espacios habitables para Alan, Lirien y Kael. Pero el zumbido, ahora más fuerte, parecía emanar del suelo marciano, como si el planeta mismo estuviera despierto. La colonia Tenochtitlán Marciana crecía, aunque el tesoro, la presencia de los prisioneros liberados y el eco del zumbido sugerían que Marte guardaba secretos más oscuros, listos para desafiar a la tripulación una vez más.

CAPÍTULO 9 DESCENDIENTE DE HUMANO

La Huitzilopochtli yacía en el cráter Gale, su casco plateado cubierto de polvo rojo, un testimonio de los sacrificios que habían llevado a la tripulación a Marte. Los meses transcurridos desde el amartizaje habían sido una lucha constante, no contra arañas, cefalópodos o insectoides, sino contra un enemigo mucho más implacable: el propio planeta. Las tormentas marcianas, con vientos que levantaban nubes de polvo tan densas que bloqueaban el sol, habían detenido el montaje de los módulos de la colonia Tenochtitlán Marciana. El frío nocturno, con temperaturas que caían a -80°C , hacía imposible dormir, incluso con los sistemas de calefacción al límite.

La nave de los comerciantes insectoides, ahora reparada y acondicionada, se había convertido en un refugio vital. Sus cámaras de almacenamiento, llenas del tesoro recolectado — armas, piezas de maquinaria, cápsulas de nutrientes—, ofrecían una oportunidad para fortalecer la colonia. Pero las tormentas, que rugían con una furia casi consciente, hacían imposible trabajar al aire libre durante días. Los módulos, diseñados para resistir el clima marciano, quedaban a medio construir, expuestos al polvo abrasivo que se filtraba en cada grieta. La Huitzilopochtli, aunque funcional al 80%, no estaba diseñada para soportar el ambiente hostil a largo plazo, y su casco comenzaba a mostrar signos de desgaste.

En la cabina principal, iluminada por luces parpadeantes, la tripulación se reunió para evaluar sus opciones. Arturo, con ojeras profundas, presidía la reunión, su voz grave, pero agotada.

—No podemos seguir así —dijo, al señalar la pantalla que mostraba una tormenta aproximándose—. Las tormentas están matándonos. No podemos montar los módulos, y la Huitzilopochtli no resistirá mucho más. Necesitamos una solución.

Alan, ahora integrado de manera total, propuso una idea radical.

—La nave de los comerciantes es más resistente. Su casco está reparado, y sus sistemas son más avanzados. Si la enterramos de manera parcial en el suelo marciano, podría servir como base permanente, protegida de las tormentas. Podemos mudarnos allí, usarla como refugio y almacén.

Adriana, con su tos persistente pero su mente aguda, asintió.

—Es arriesgado, aunque tiene sentido. Si reforzamos el casco con los materiales del tesoro, podríamos convertirla en una fortaleza.

Sofía, sentada junto a Alan, con quien había desarrollado una conexión profunda, añadió:

—Si no hacemos algo, las tormentas nos enterrarán vivos.

Armando, habló con una calma inquietante:

—El dios del viento nos prueba. Enterrar la nave es un sacrificio, una ofrenda al cráter.

Ivanna, al revisar los monitores médicos, intervino:

—El frío ha afectado nuestra salud. Si no nos protegemos, no sobreviviremos el invierno marciano.

Fernando, ya recuperado y sentado junto a Lirien, soltó una risa amarga.

—Genial, ahora vivimos como topos en Marte. Pero estoy dentro.

La decisión fue unánime: enterrar la nave de los comerciantes y convertirla en la base central de Tenochtitlán Marciana. Lirien, con su experiencia en ingeniería estelar, diseñó un plan para excavar un cráter artificial y reforzar el casco con los

materiales alienígenas. Kael, con su conocimiento en terraformación, propuso sistemas para estabilizar el suelo y reciclar el oxígeno. La tripulación, junto con Lirien y Kael, trabajó bajo las tormentas, al usar los trajes presurizados y las herramientas recolectadas para cavar y trasladar la nave. Cada día era una batalla contra el viento, que ululaba como un lamento, y el polvo, que se colaba en los trajes, irritaban la piel y los pulmones.

Pero Marte no era solo un desafío físico; había algo en el cráter Gale que ponía los nervios de punta. El zumbido, ese sonido que los había perseguido desde el espacio, ahora parecía emanar del suelo, más fuerte durante las tormentas, como si el planeta estuviera vivo. Por las noches, cuando el frío era insoportable, los tripulantes juraban escuchar susurros en el viento, palabras en lenguas desconocidas que helaban la sangre. Sofía, despertaba con pesadillas recurrentes, confesó a Alan:

—Siento que algo nos observa. No es solo el clima. Es como si Marte no quisiera que estemos aquí. —Alan, tomándola de la mano, intentó calmarla, pero su propio rostro reflejaba la misma inquietud.

La vida personal de la tripulación también había evolucionado. Kael, que ahora hablaba español, trabajaba junto a Ivanna en los sistemas biológicos, habían formado una relación amorosa, su conexión basada en la admiración mutua por sus habilidades. Lirien por su parte, también había aprendido el idioma y trabajaba de manera ardua en los generadores al lado de su pareja Fernando, compartían una relación que mezclaba humor y ternura. Alan y Sofía, al superar las barreras iniciales, se habían convertido también en pareja, su vínculo forjado en los horrores compartidos. La humanidad, como había dicho Armando, no solo sobrevivía, sino que evolucionaba, fusionándose con razas alienígenas en una alianza que desafiaba la imaginación. Tenochtitlán Marciana, aunque incipiente, era una prueba de esa evolución: una colonia multirracial, un faro en el vacío.

Sin embargo, la tarea de enterrar la nave de los comerciantes trajo nuevos horrores. Mientras excavaban, los sensores detectaron vibraciones subterráneas, como si algo se moviera bajo el suelo marciano. Durante una noche de tormenta en particular feroz, con vientos que hacían temblar la Huitzilopochtli, Adriana, que vigilaba los monitores, notó una anomalía: sombras en el perímetro del cráter, moviéndose contra el viento.

—¡No son rocas! —Gritó por el intercomunicador, al tiempo que despertaba a la tripulación—. ¡Hay algo ahí afuera!

Arturo, Alan y Lirien, armados con rifles de energía, salieron a investigar, pero la tormenta los cegó, el polvo rojo envolviéndolos como una niebla viva. Las linternas apenas cortaban la oscuridad, y el zumbido, ahora ensordecedor, parecía venir de todas direcciones.

De repente, una forma emergió del polvo: una criatura de forma humana, que parecían fundirse con la tormenta. Antes de que pudieran disparar, desapareció, y solo quedó un eco de los chasquidos.

—¡Era como un humano, aunque... no estoy segura! —Jadeó Adriana, mientras su rifle temblaba en sus manos.

Alan, con los ojos entrecerrados, susurró:

—No creo que sea humano. Es algo de Marte. Algo nativo.

El terror se apoderó del grupo, pero no había tiempo para detenerse. La nave debía ser enterrada antes que la tormenta destruyera los módulos.

El proceso de enterrar la nave fue una pesadilla. Las vibraciones subterráneas aumentaban, y durante las excavaciones, Kael encontró restos óseos en el suelo, no humanos ni insectoides, sino de una especie desconocida, con formas que sugerían una biología imposible.

—Esto no es natural —dijo, a la vez que su piel azulada palidecía—. Marte tuvo vida... o algo más.

Armando, con su estatuilla, murmuró:

—Cipactli, el monstruo primigenio. El cráter es su dominio. —Sus palabras, aunque místicas, resonaron con una verdad que nadie podía ignorar.

Cada noche, los susurros en el viento se intensificaban, y algunos tripulantes, como Sofía, comenzaron a tener visiones: figuras en la tormenta, ojos que brillaban en la oscuridad, manos que emergían del suelo.

A pesar del miedo, la nave de los comerciantes fue enterrada de manera parcial, su casco reforzado con los materiales del tesoro. La tripulación se mudó a su interior, a la vez dejaban la Huitzilopochtli como respaldo. Las cámaras habitables, con sistemas de calefacción avanzados, ofrecían protección contra el frío, y los almacenes, llenos de recursos, garantizaban la supervivencia. Pero el zumbido, ahora un rugido sordo, parecía venir del corazón del cráter, y las sombras en la tormenta no desaparecían. Durante una noche, mientras Lirien y Fernando trabajaban en un generador, un panel de la nave enterrada se abrió solo, al revelar un corredor oculto que no habían explorado. Un olor fétido emanó de él, y un chasquido resonó en su interior.

Arturo, alertado, reunió al equipo.

—No sabemos qué hay ahí abajo —dijo, su voz tensa—. Pero no podemos ignorarlo.

Alan, con un rifle en la mano, añadió:

—Si es una trampa de los insectoides, debemos enfrentarla ahora.

Sofía, mientras temblaba, apretó la mano de Alan.

—Es Marte. Está probándonos.

Kael, con Ivanna a su lado, propuso:

—Podríamos sellar el corredor, pero si hay algo útil, lo necesitamos.

Lirien, con su calma pleyadana, añadió:

—El tesoro vino con un precio. Esto podría serlo.

La tripulación, armada y con los nervios a flor de piel, se preparó para explorar el corredor. Las linternas iluminaron paredes cubiertas de símbolos alienígenas. El zumbido era ensordecedor, y el aire, aunque filtrado por los trajes, parecía cargado de una presencia viva. Al final del corredor, encontraron una cámara sellada, con un panel que pulsaba con luz roja. Antes de que pudieran abrirlo, el suelo tembló, y un grito inhumano resonó desde el interior, lo que heló la sangre de todos.

Días después, mientras la tripulación trabajaba bajo una tormenta de polvo que rugía como un lamento, Adriana, que vigilaba los monitores de la nave enterrada, notó algo extraño en el perímetro. Sombras inmóviles, apenas visibles a través de la nube roja, parecían observarlos desde la distancia.

—Arturo, hay algo afuera —susurró por el intercomunicador, su voz tensa—. No son rocas. Parecen... astronautas.

El anuncio congeló a la tripulación. Sofía, que trabajaba en un módulo, dejó caer su herramienta, mientras sus manos temblaban.

—No puede ser, ¿cómo que astronautas? Esto suena a peligro —murmuró, a la vez que su mente recordaba a las arañas, cefalópodos y los insectoides.

Ivanna, que revisaba los signos vitales de Fernando, frunció el ceño.

—Si son hostiles, no estamos listos para otra pelea.

Armando, como siempre sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, murmuró:

—El cráter nos prueba de nuevo. Huitzilopochtli nos guía, pero el peligro nunca termina.

Arturo, con la determinación que lo había mantenido como líder, tomó una decisión rápida.

—Hombres, conmigo. Nos armaremos y saldremos a confrontarlos.

Llamó a Alan, Armando, Fernando y Kael, a las mujeres las dejó en la nave para proteger la colonia.

Lirien, con su calma pleyadana, protestó:

—Puedo pelear tan bien como cualquiera.

Arturo negó con la cabeza.

—Necesitamos defensores aquí. Si no regresamos, ustedes son la última esperanza.

Adriana, aunque frustrada, asintió, a la vez que ajustaba su rifle de energía. Alan, con su experiencia reptiliana, cargó granadas sónicas, mientras Fernando, aún débil pero resuelto, tomó un rifle. Armando, con su estatuilla bajo el brazo tomó su rifle, Kael, con su piel azulada que brillaba bajo las luces, cargó un arma de plasma, su mirada fría y calculadora.

Los cinco hombres, armados hasta los dientes, salieron al terreno marciano, el polvo levantándose como un velo vivo. La tormenta dificultaba la visibilidad, sin embargo, las figuras eran claras: dos seres con trajes presurizados, de forma humana, parados inmóviles a pocos metros de la nave enterrada. El zumbido, omnipresente, parecía intensificarse, como si el suelo mismo cantara una advertencia. Arturo, que lideraba, levantó su arma, pero mantuvo la mano firme.

—¡Identifíquense! —Gritó por el canal abierto.

Para su asombro, una voz respondió en español, clara y humana.

—¿Quiénes son ustedes? ¿por qué están aquí? ¿qué hacen en nuestro planeta?

El ser que habló, de estatura promedio, tenía un traje que parecía una mezcla de tecnología terrestre y alienígena, con símbolos que brillaban en forma débil.

Arturo, al bajar un poco su arma, respondió:

—Soy Arturo Vargas, comandante de la Huitzilopochtli, de la Tierra. Somos exploradores y científicos, estamos aquí para establecer una colonia. No buscamos problemas.

El ser dio un paso adelante, al tiempo que su visor reveló un rostro humano, con piel pálida y ojos oscuros que parecían perforar a través del polvo.

—Hemos estado observándolos —dijo—. Este planeta encierra muchos peligros. Deben de tener cuidado.

Su tono era una mezcla de advertencia y curiosidad.

Arturo, intrigado, pero cauteloso, preguntó:

—¿En qué parte del planeta viven ustedes?

El ser respondió:

—Aquí solo se puede vivir bajo tierra. Tenemos nuestra colonia cerca, en el subsuelo del cráter.

Arturo, sorprendido, añadió:

—¿Cómo es que hablan nuestro idioma?

El ser, con una leve sonrisa, respondió:

—Porque nuestros ancestros vinieron de la Tierra hace muchos años. No sabemos de qué país, solo que fue un viaje sin retorno, con la misión de crear una colonia. Así nació nuestra comunidad, pero perdimos contacto con la Tierra.

Arturo, atónito, intercambió miradas con Alan, Armando, Fernando y Kael.

¿Cómo te llamas? —Preguntó.

—Me llamó José —respondió el ser, su nombre tan terrestre que parecía fuera de lugar en Marte.

—Podrías llevarnos a tu colonia para conocerla —dijo Arturo, mientras veía una oportunidad para hacer aliados.

José inclinó la cabeza.

—Lo consultaré con nuestro líder. Les avisaré.

Con eso, los dos seres se dieron la vuelta y desaparecieron en la tormenta, sus figuras desvaneciéndose como fantasmas.

Los días siguientes fueron una espera tensa. La tripulación trabajaba de manera continua en la colonia, mientras reforzaba los módulos y trasladaba más recursos desde la nave enterrada. Lirien y Kael, a pesar de ser útiles, parecían inquietos, como si percibieran algo que los humanos no podían. La cámara sellada, aunque cerrada, era una presencia constante en sus mentes, su panel pulsante como un corazón que latía en la oscuridad.

Cuatro días después, José regresó, acompañado por otro marciano.

—Nuestro líder ha accedido a que vengas con tu gente a conocernos —dijo, al tiempo que su voz cortaba el viento.

Arturo, sin dudar, organizó al equipo: Adriana y Alan irían junto con él, mientras Sofía, Ivanna, Armando, Fernando, Lirien y Kael se quedarían en la nave enterrada, listos para defenderla.

Armados con rifles de energía y granadas sónicas, los tres partieron con José, mientras caminaban a través del cráter bajo una tormenta que parecía viva, el polvo giraba en patrones que sugerían formas inhumanas.

Tras una hora de marcha, llegaron a una formación rocosa, donde una compuerta metálica, camuflajeado entre las rocas, se abrió con un chirrido. Unas escaleras descendían en espiral hacia la oscuridad, iluminadas por luces tenues que parpadeaban como ojos. El zumbido, ahora ensordecedor, resonaba en las paredes, y el aire, aunque filtrado por los trajes, olía a ozono y algo más, algo antiguo. Arturo, Adriana y Alan, con las armas listas, siguieron a José, al tiempo que sus linternas iluminaban símbolos grabados en las paredes, similares a los de la nave enterrada, pero más complejos, como jeroglíficos de una civilización olvidada.

La escalera los llevó a una ciudad subterránea, un laberinto de túneles y cámaras iluminadas por un resplandor azulado. Había decenas de personas, todas humanas —o mejor dicho, marcianas descendientes de humanos—, parecía una ciudad más de la tierra. Algunos tenían piel pálida, otros rasgos que sugerían mezclas étnicas diversas, pero todos compartían una mirada endurecida, como si el planeta los hubiera moldeado. José los llevó a una cámara central, donde un hombre mayor, con un traje cubierto de símbolos, los recibió.

—Soy Ezequiel, líder de esta colonia —dijo, a la vez que su voz resonaba en la cámara—. Bienvenidos a Nueva Aztlán.

Ezequiel relató la historia de su comunidad.

—Hace siglos, una nave terrestre, parte en una misión secreta, llegó a Marte con la orden de establecer una colonia. Los colonos, aislados tras perder contacto con la Tierra, se adaptaron al subsuelo, tuvieron que usar tecnología avanzada encontrada en ruinas marcianas. No sabemos de qué país vinimos —explicó—, aunque nuestros registros hablan de un sueño: un

nuevo mundo, un Tenochtitlán en las estrellas. Sobrevivimos, sin embargo, el planeta es cruel. Hay cosas aquí muy peligrosas, cosas que despiertan en las tormentas.

Arturo, fascinado pero alerta, compartió su propia historia: el viaje de la Huitzilopochtli, los encuentros con arañas, cefalópodos, insectoides y reptilianos, y la misión de establecer Tenochtitlán Marciana. Ezequiel escuchó con atención, sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y cautela.

—Son valientes —dijo—. Pero el cráter Gale no es solo un lugar. Es un umbral. Lo que encontraron debajo de esa nave enterrada, esa cámara sellada... no deben abrirla.

Sus palabras, pronunciadas con un tono grave, enviaron un escalofrío a la tripulación.

—Es un nido de criaturas carnívoras, emiten un zumbido, nuestras armas no logran destruirlos, por eso los encerramos en su nido, pero sabemos que no tardan en romper la compuerta y salir, lo peor de esto es que ustedes serán su alimento. Si ustedes tienen armas potentes ¡acábenlos! Por el bien de todos.

De regreso en la nave enterrada, la tensión crecía. Sofía, que monitoreaba los sensores, notó vibraciones subterráneas más fuertes, como si algo se moviera bajo el cráter. Ivanna, que trabajaba con Kael, detectó anomalías en el aire, trazas de compuestos desconocidos que no podían explicar. Lirien, mientras revisaba los generadores, juró haber visto una sombra deslizarse por un corredor.

Armando, con su estatuilla, murmuraba: —Cipactli está despierto. El monstruo reclama su territorio.

Cuando Arturo, Adriana y Alan regresaron, compartieron lo aprendido: La existencia de Nueva Aztlán y la cámara sellada con criaturas carnívoras, lo que representan un peligro inminente. Mientras debatía acerca de este peligro, un temblor sacudió la nave enterrada. El panel de la cámara sellada, que habían

barricado, comenzó a pulsar con una luz roja más intensa, y un grito inhumano, más fuerte que antes, resonó desde su interior, como si algo estuviera a punto de liberarse.

CAPÍTULO 10 LA BATALLA FINAL

El cráter Gale, envuelto en un silencio opresivo roto solo por el rugido de las tormentas marcianas, se había convertido en un campo de batalla invisible. La nave de los comerciantes, ahora enterrada y convertida en la base central de Tenochtitlán Marciana, era un refugio precario contra las fuerzas desconocidas que acechaban en el subsuelo. La cámara sellada encontrada en sus profundidades, con su panel pulsante y los gritos inhumanos que emanaban de su interior, era una amenaza que la tripulación no podía ignorar por más tiempo. El zumbido, ese sonido que los había perseguido desde el espacio, ahora resonaba como un latido en el corazón del cráter, y las vibraciones subterráneas crecían en intensidad, como si algo estuviera a punto de despertar. La revelación de Nueva Aztlán, la colonia subterránea de marcianos descendientes de humanos, había añadido una capa de esperanza, pero también de terror: sus advertencias sobre el cráter como un «umbral» sugerían que lo que yacía en la cámara no era solo una criatura, sino algo mucho más antiguo y peligroso.

Arturo reunió a la tripulación en la sala principal de la nave enterrada, iluminada por luces que parpadeaban bajo la presión de las tormentas. El aire estaba cargado de un olor metálico, y el frío marciano se filtraba a través de las paredes, lo que hacía tiritar incluso a los más fuertes. La tripulación estaba agotada, marcada por meses de lucha contra arañas, cefalópodos, insectoides, y el propio Marte. Pero la amenaza de la cámara sellada los obligaba a actuar. Ezequiel, el líder de Nueva Aztlán, había advertido que abrir la cámara podía desatar algo que ni siquiera su comunidad, con años en el planeta, había enfrentado. Sin embargo, dejarla cerrada era igual de peligroso: las vibraciones amenazaban con colapsar la nave enterrada, y los gritos, cada vez más frecuentes, desgarraban los nervios de todos.

Arturo, con ojeras profundas pero una determinación de acero, tomó la palabra.

—No podemos esperar más —dijo, su voz que resonaba en la sala—. Esa cámara es un nido, y lo que sea que esté dentro no se quedará encerrado para siempre. Si no lo enfrentamos ahora, nos destruirá cuando estemos más débiles.

Señaló los contenedores del tesoro recolectado de los insectoides: un arsenal de rifles de energía, granadas sónicas, y «bombas de plasma», el arma más letal que tenían.

—Vamos a bajar y eliminar lo que esté ahí. Todos, sin excepción, combatiremos.

Sofía, mientras apretaba la mano de Alan, protestó, su voz temblorosa.

—¿Y si es como los cefalópodos? ¿o peor? No sabemos qué hay ahí abajo.

Adriana, con su tos persistente pero su mirada firme, gruñó:

—Por eso lo enfrentaremos ahora. Si nos atrapan desprevenidos, estamos acabados.

Lirien, con su calma pleyadana, añadió:

—Los símbolos en las paredes son antiguos, más antiguos que cualquier tecnología que conozca. Esto no es solo un nido; es un sello. Si lo rompemos, debemos estar listos para las consecuencias.

Kael, con su piel azulada que brillaba bajo la luz, asintió.

—Mi pueblo ha enfrentado cosas similares. Si es un organismo, podemos matarlo. Pero si es algo más...

Dejó la frase en el aire, su silencio más aterrador que cualquier palabra.

Armando, que sostenía su estatuilla de Quetzalcóatl, murmuró:

—Es Cipactli, el monstruo primigenio. Solo con sangre y sacrificio lo detendremos.

Fernando, junto a Lirien, soltó una risa nerviosa.

—Genial, ahora peleamos contra un dios. Esto puede salir mal.

Arturo trazó el plan: todos participarían, armados con rifles de energía y granadas sónicas. La bomba de plasma, capaz de incinerar todo en un radio de veinte metros, sería el último recurso, usada solo si las criaturas los superaban. Alan y Lirien, con su experiencia en tecnología alienígena, liderarían la configuración de las armas, mientras Kael e Ivanna prepararían un sistema de sensores para detectar movimientos en el túnel. Adriana y Fernando reforzarían la barricada del corredor, asegurándose que pudieran retroceder si era necesario. Sofía y Armando, aunque menos experimentados en combate, vigilarían los monitores y coordinarían la comunicación. Arturo, como siempre, estaría en la primera línea, dispuesto a dar su vida por la misión.

La preparación fue una danza macabra. Los trajes presurizados, ajustados al límite, crujían bajo el peso de las armas. Las linternas, montadas en los rifles, proyectaban sombras que parecían moverse por sí solas. El zumbido, ahora un rugido constante, resonaba en sus huesos, y los gritos desde la cámara sellada eran cada vez más frecuentes, como si las criaturas supieran que su liberación estaba cerca. Por la noche, las visiones de Sofía se intensificaron: figuras amorfas en la tormenta, ojos que brillaban en la oscuridad, y un rostro que parecía humano pero distorsionado, como si estuviera atrapado en un grito eterno. Armando, con su estatuilla, pasaba las horas en oración y plegarias, convencido que enfrentaban a un dios antiguo que reclamaba el cráter como su dominio.

El día de la batalla llegó bajo una tormenta feroz, el polvo rojo golpeaba la nave como un tambor de guerra. La tripulación, reunida frente al corredor sellado, sintió el peso del momento. El panel de la cámara, aún pulsaba con la luz roja que parecía viva, emitía un calor que quemaba incluso a través de los trajes. Arturo, con el rifle listo, dio la orden:

—Abran la cámara. Manténganse juntos. Si algo intenta salir, disparamos.

Alan, utilizó una herramienta de los insectoides y desactivó el panel, la compuerta se abrió con un chirrido que resonó como un lamento.

El interior de la cámara era un abismo de oscuridad, iluminado solo por destellos de luz verdosa que parecían emanar de las paredes. El zumbido era ensordecedor, y el olor fétido, una mezcla de orines y podredumbre, hizo que varios retrocedieran. Las linternas revelaron un nido: un enredo de estructuras orgánicas, como venas palpitantes, que cubrían el suelo y las paredes. En el centro, formas bestiales se movían, sus contornos indefinidos pero vivos, con enormes garras y ojos que brillaban como brasas. No eran cefalópodos ni insectoides; eran algo peor, parecían bestias emanadas del mismo averno, como si el cráter hubiera dado vida a un horror primigenio.

—¡Fuego! —Gritó Arturo, y la cámara se iluminó con destellos de rifles de energía.

Los pulsos golpearon a las criaturas, que emitieron gritos que perforaban los oídos, un sonido que parecía rasgar la realidad misma. Las bestias se movieron con una velocidad aterradora, sus garras afiladas que cortaban el aire como navajas. Adriana lanzó una granada sónica, lo que desorientó a varias, pero otras emergieron del nido, sus cuerpos resistían los ataques.

Alan, que disparaba desde el flanco, gritó:

—¡No les hacemos nada con los rifles! ¡solo si acertamos el disparo en la cabeza!

Lirien, con su precisión pleyadana, eliminó a una criatura que se acercaba a Kael, mientras Ivanna cubría a Fernando, quien disparaba con una furia nacida del miedo.

La batalla fue encarnizada, un caos de disparos, explosiones y gritos. Las criaturas, más de una docena, se movían como un enjambre, llevándose los cuerpos de los abatidos con una rapidez imposible. Arturo, en el centro, fue alcanzado por uno de ellos que le rasgó su traje, dejándole una herida sangrante en su brazo. Adriana, cubriéndolo, lanzó otra granada, a pesar de eso, las criaturas avanzaban, sus ojos brillaban con una inteligencia maligna. Sofía, gritó por el intercomunicador:

—¡Salen más! ¡el nido es más grande de lo que pensábamos!

Armando, que disparaba de manera torpe, murmuró:

—Cipactli nos reclama. Solo la sangre lo apaciguará.

El punto crítico llegó cuando una criatura, más grande que las demás, emergió del fondo del nido. Parecía el líder, su cuerpo, una masa de carne y músculos, pulsaba con la misma luz roja del panel, sus enormes colmillos parecían cuchillos afilados. Kael, que usaba su arma de plasma, disparó, pero el monstruo apenas se movió, avanzaba hacia ellos con un rugido que hizo temblar las paredes.

—¡La bomba de plasma! —Gritó Alan, mientras corría hacia el contenedor donde la guardaban.

Arturo, sangraba, pero se mantuvo de pie y asintió.

—¡Es nuestra última opción! ¡todos, retrocedan!

La tripulación, cubierta de sudor y sangre, se replegó hacia el corredor, a la vez que disparaban para mantener a las criaturas

a raya. Alan, con la bomba en la mano, activó el temporizador, dándoles apenas un minuto para escapar.

—¡Corran! —Gritó, al tiempo que lanzaba la bomba al centro del nido.

La explosión, cuando ocurrió, fue un destello blanco que cegó a todos, seguido por un rugido que sacudió el cráter. La nave enterrada tembló, y el polvo marciano se coló por las grietas, pero la cámara quedó sellada bajo escombros, el zumbido silenciado por primera vez.

Exhaustos, heridos, pero vivos, la tripulación regresó a la superficie. Arturo, con el brazo vendado por Ivanna, miró el cráter, ahora tranquilo bajo la tormenta que comenzaba a disiparse.

—Lo logramos —dijo, su voz ronca—. Sin embargo, no sé cuánto tiempo durará.

Sofía, que temblaba junto a Alan, susurró:

—Ese no es el final. Lo siento en los huesos.

Lirien, con Kael a su lado, añadió:

—El cráter guarda más secretos. Esa cosa no estaba sola.

Armando, con su estatuilla rota en la batalla, murmuró:

—Cipactli está herido, pero no muerto.

El sonido de la explosión fue tan estrepitoso que llegaron refuerzos en su apoyo: un ejército armado de colonos de la Nueva Aztlán. Esto les demostró que no estaban solos y que lucharían hombro con hombro.

La colonia Tenochtitlán Marciana, fortalecida por el tesoro y la alianza con Nueva Aztlán, seguía en pie, pero el costo de la batalla era evidente. Los heridos, las armas gastadas, y la sensación que el planeta mismo los observaba mantenían a la tripulación al borde del colapso. El zumbido, aunque silenciado,

parecía esperar, escondido en las profundidades del cráter, listo para despertar de nuevo.

Dos años habían pasado desde la batalla encarnizada en la cámara sellada, un enfrentamiento que había marcado a la tripulación de la Huitzilopochtli con cicatrices físicas y emocionales, pero también con una determinación inquebrantable. El cráter Gale, una vez un lugar de tormentas furiosas y horrores subterráneos, se había transformado en un faro de esperanza. La colonia Tenochtitlán Marciana, construida con el sudor, la sangre y el sacrificio de humanos y alienígenas por igual, era ahora una realidad vibrante. Los módulos, reforzados con los materiales del tesoro de los insectoides, se alzaban orgullosos contra el cielo anaranjado, sus generadores zumbaban con una estabilidad que parecía desafiar al propio Marte. La nave de los comerciantes, enterrada y convertida en el corazón de la colonia, era un testimonio de su resiliencia, mientras que la Huitzilopochtli, aunque retirada como respaldo, era ahora un monumento de su viaje épico.

La alianza con Nueva Aztlán, la colonia subterránea de marcianos descendientes de humanos, había sido clave para su éxito. En agradecimiento por el valor de Arturo y su equipo al enfrentarse a las criaturas del nido, Ezequiel, el líder de Nueva Aztlán, les proporcionó acceso a un recurso invaluable: agua líquida marciana, extraída de depósitos subterráneos a 1.5 kilómetros de profundidad. Este suministro ilimitado permitió a la colonia establecer sistemas hidropónicos avanzados, liderados por Sofía, quien había reconstruido los cultivos destruidos y saqueados por los grises. Las hortalizas, cultivadas en cámaras iluminadas por luces solares artificiales, ahora alimentaban a la comunidad, un logro que llenaba de orgullo a la tripulación. Incluso las bestias del cráter, criaturas horrosas que de manera ocasional emergían de los túneles, eran cazadas y convertidas en una fuente de carne, un recurso que Kael, con su conocimiento en biología, había asegurado que era seguro tras rigurosos análisis.

La vida en Tenochtitlán Marciana había evolucionado más allá de la mera supervivencia. La tripulación, unida por los horrores compartidos, había forjado lazos profundos, no solo entre ellos, sino con las razas alienígenas que ahora llamaban hogar. Arturo y Adriana, cuyo compañerismo en el campo de batalla se había transformado en amor, eran ahora padres de un bebé nacido en Marte, una niña llamada Xóchitl, con ojos que parecían reflejar el polvo rojo del planeta. Kael e Ivanna, cuya relación había florecido en los laboratorios de la colonia, dieron la bienvenida a un bebé híbrido kleperiano-humano, un niño de piel azulada y una inteligencia precoz al que llamaron Tlaloc, en honor a las deidades mexicas que Armando veneraba. Lirien y Fernando, cuya conexión había crecido entre risas y generadores, tuvieron un bebé pleyadiano-humano, una niña llamada Estrella, cuya piel brillaba con un leve resplandor estelar. Alan y Sofía, habían superado las barreras de sus orígenes, criaban a un bebé humano-marciano con una sutil influencia reptiliana, un niño fuerte llamado Quetzal, cuyos ojos verdes destellaban con una sabiduría más allá de su edad. Por fin, Armando, había encontrado el amor con Ana, la hija de Ezequiel, celebraba el nacimiento de un bebé humano-marciano, un niño llamado Aztlán, un nombre que unía las dos colonias en un solo sueño.

La humanidad, como había predicho Armando, no solo sobrevivía, sino que evolucionaba. Tenochtitlán Marciana era una colonia multirracial, un crisol de humanos, marcianos, pleyadianos, y kleperianos, que trabajaban juntos para construir un futuro en un planeta que una vez parecía decidido a destruirlos. Los módulos, ahora completos, albergaban laboratorios, viviendas, y un centro comunitario donde las historias de la Tierra y de Nueva Aztlán se entrelazaban. Las tormentas marcianas, aunque seguían siendo una amenaza, eran manejadas con sistemas de protección diseñados por Lirien, mientras que Kael desarrollaba técnicas de terraformación incipiente, soñaba con un Marte verde algún día. El zumbido, ese sonido que había perseguido a la tripulación desde el espacio, había disminuido,

pero nunca desapareció por completo, un recordatorio que el cráter Gale guardaba secretos que aún no entendían.

El éxito de la colonia no pasó desapercibido. La Tierra, tras años de silencio, había recibido las señales de la Huitzilopochtli, por eso enviaron una nueva misión. La Huitzilopochtli 2, una nave mucho más grande y avanzada, cargada con insumos y doce astronautas adicionales, estaba programada para llegar al cráter Gale en cuestión de semanas. La noticia llenó a la tripulación de una alegría indescriptible. Arturo, que sostenía a Xóchitl en sus brazos, miraba el horizonte marciano, imaginaba un futuro donde la humanidad y sus aliados alienígenas transformarían el planeta.

—Lo logramos —le susurró a Adriana, quien sonrió, su tos al fin desaparecida tras meses de tratamiento con la tecnología de Nueva Aztlán.

Sin embargo, el camino hacia este triunfo no estuvo exento de sombras. La cámara sellada, destruida por la bomba de plasma, seguía siendo un tema de pesadillas. Sofía, a pesar de estar feliz con Alan y Quetzal, aún despertaba por las noches empapada en sudor, perseguida por visiones de ojos en la oscuridad. Armando, ahora líder espiritual de la colonia, insistía en que Cipactli, el monstruo primigenio, no estaba muerto, sino dormido, y que su sacrificio había sido aceptado, pero solo de manera temporal. Las vibraciones subterráneas, aunque raras, aún ocurrían, y los sensores de Kael detectaban anomalías en el subsuelo que no podían explicar. Nueva Aztlán, ahora aliada, guardaba sus propios secretos, y Ezequiel, en sus reuniones con Arturo, hablaba en acertijos sobre «los guardianes del cráter», fuerzas que habían protegido a su comunidad durante siglos.

A medida que se acercaba la llegada de la Huitzilopochtli 2, la colonia se preparaba para un nuevo capítulo. Los módulos fueron ampliados, y un nuevo sistema de comunicación, diseñado por Lirien, aseguraba un enlace estable con la Tierra. Ivanna y Kael trabajaban en un laboratorio biológico, estudiaban la

posibilidad de adaptar cultivos terrestres al suelo marciano, mientras Fernando y Lirien desarrollaban generadores más eficientes. Alan y Sofía, junto con Ana y Armando, organizaban ceremonias que mezclaban tradiciones mexicas con rituales marcianos, creaban una cultura única que celebraba su supervivencia y su unión.

La noche antes de la llegada de la Huitzilopochtli 2, la tripulación se reunió en el centro comunitario de la nave enterrada, ahora decorada con símbolos mexicas y grabados de Nueva Aztlán. La tormenta afuera era leve, un susurro comparado con los rugidos de años atrás. Arturo, con Xóchitl dormida en sus brazos, levantó una copa de agua.

—Por Tenochtitlán Marciana —dijo, su voz resonaba con orgullo—. Por la humanidad, por nuestros aliados, por nuestros hijos. Hemos enfrentado el cosmos, las bestias, y el propio Marte, aun así, aquí estamos, vivos, juntos, listos para construir un nuevo mundo.

La tripulación, junto con Ezequiel y Ana de Nueva Aztlán, brindó, sus risas llenaban la sala. Sofía, que abrazaba a Quetzal, sintió que sus visiones se desvanecían, reemplazadas por la calidez de su familia. Alan, a su lado, sonrió, sus ojos con un toque reptiliano brillaban con una humanidad que nunca pensó que encontraría. Ivanna y Kael, con Tlaloc en sus brazos, intercambiaron una mirada de amor, mientras Fernando y Lirien, con Estrella, rieron por una broma privada. Armando, que sostenía a Aztlán, levantó su estatuilla rota de Quetzalcóatl, al tiempo que murmuraba una plegaria de gratitud.

Cuando la Huitzilopochtli 2 apareció en el cielo al amanecer, su silueta brillaba contra el horizonte marciano, la colonia estalló en vítores. Los doce nuevos astronautas, al descender, encontraron no solo una colonia funcional, sino un hogar multirracial, un testimonio de la capacidad de la humanidad para adaptarse y prosperar. Arturo, que lideraba la bienvenida,

estrechó la mano del comandante de la nueva nave, una mujer llamada Elena.

—Bienvenidos a Tenochtitlán Marciana —dijo, su voz llena de emoción—. Aquí comienza el futuro.

El zumbido, aunque apenas audible, persistía en el fondo, un eco lejano que nadie mencionó. Pero por ahora, la colonia estaba a salvo, unida, y lista para soñar con terraformar Marte. La humanidad, junto con sus aliados alienígenas, había conquistado el cráter Gale, y el amanecer de un nuevo mundo que brillaba en el horizonte.

Fin.

EPÍLOGO

Dos décadas después del amortizaje de la Huitzilopochtli, el cráter Gale ya no era un lugar de aislamiento y miedo, sino el corazón palpitante de una civilización naciente. Tenochtitlán Marciana se extendía ahora más allá del borde del cráter: domos geodésicas transparentes protegían plazas donde niños de pieles diversas —cobriza, azulada, pálida como alabastro o con sutiles escamas reptilianas— jugaban bajo luces artificiales que imitaban el ciclo solar terrestre. Los módulos originales, reforzados con aleaciones estelares y enterrados de manera parcial para resistir las tormentas, formaban el núcleo histórico de la ciudad. En su centro, la Huitzilopochtli descansaba como un monumento vivo: su casco, pulido por generaciones, brillaba bajo focos perpetuos, y en su proa aún se distinguía el emblema del águila devorando la serpiente sobre un cactus rojo.

La población había crecido hasta superar los tres mil habitantes. Humanos de la Tierra llegaban cada pocos años en naves cada vez más grandes; pleyadianos, kleperianos y descendientes de Nueva Aztlán se mezclaban en calles adoquinadas con regolito compactado. El español, el náhuatl resucitado por Armando y sus discípulos, el kleperiano gutural y la lengua melódica pleyadiana convivían en un idioma común que los lingüistas llamaban ya «marciano». Los niños nacidos en el planeta —los primeros verdaderos marcianos— tenían nombres que unían mundos: Xóchitl, Tlaloc, Quetzal, Estrella, Aztlán, y ahora también nuevos como Citlali, Ixchel, Rigel y Nebulosa.

Arturo Vargas, con el cabello completamente blanco y el brazo izquierdo marcado por una cicatriz que nunca desapareció del todo, caminaba cada amanecer marciano por la plaza central. A sus setenta y tres años terrestres, su cuerpo llevaba el peso de dos décadas de gravedad baja y oxígeno reciclado, pero sus ojos seguían siendo los mismos que habían mirado al vacío desde la

órbita en 2040. Se detenía siempre frente a la estatua de Quetzalcóatl, que Armando había esculpido con obsidiana marciana y aleación pleyadiana: una serpiente emplumada que alzaba la vista hacia el cielo, como si aún esperara la llegada de algo.

Adriana, a su lado, ya no tosía. Los tratamientos de Nueva Aztlán y la medicina kleperiana habían borrado las secuelas del patógeno alienígena. Caminaban juntos en silencio, como siempre lo habían hecho desde que se convirtieron en pareja y luego en padres. Xóchitl, su hija mayor, dirigía ahora el departamento de terraformación; a sus veintidós años marcianos, lideraba los primeros experimentos de liberación controlada de oxígeno en el subsuelo. Su hermano menor, Huitzil, de dieciséis, ya pilotaba drones de exploración en los cañones cercanos.

En la plaza, una ceremonia comenzaba. Armando, anciano y venerado como el primer sacerdote de la nueva fe, oficiaba el rito anual del «Primer Zumbido». Frente a la estatua, depositaba una ofrenda de obsidiana y polvo rojo, mientras recitaba en náhuatl y español las palabras que había repetido durante décadas:

—Te ofrecemos sangre y voluntad, Cipactli dormido. Que tu sueño sea largo, y que nuestra ciudad crezca sobre tu espalda sin despertarte.

La multitud —humanos, pleyadianos, kleperianos, marcianos de Nueva Aztlán— guardaba silencio. Nadie mencionaba que el zumbido, aunque muy débil, aún se escuchaba en las noches más quietas, como un latido lejano bajo el regolito. Nadie hablaba de las expediciones que habían desaparecido en los túneles profundos del cráter, ni de las sombras que algunos juraban haber visto en las tormentas más feroces.

Sofía y Alan observaban desde un balcón elevado. Quetzal, su hijo mayor, ya era ingeniero en sistemas de soporte vital; su

hermana Citlali, de piel con leve brillo reptiliano, estudiaba geología marciana. Sofía, con arrugas que contaban historias de pesadillas y esperanzas, apoyaba la cabeza en el hombro de Alan.

—¿Crees que algún día dejará de sonar? —preguntó en voz baja.

Alan, cuyos ojos aún conservaban un leve resplandor reptiliano, negó con suavidad.

—No. Pero ya no nos asusta. Es parte del paisaje, como el viento o el polvo. Nos recuerda que este lugar no nos pertenece del todo.

Abajo, la ceremonia terminó. Los niños corrieron a jugar entre los módulos, sus risas rompían el silencio. Fernando y Lirien, ahora abuelos, observaban a Estrella enseñar a sus nietos cómo manejar un generador pleyadiano. Ivanna y Kael, en el laboratorio, analizaban muestras de hielo subterráneo, soñando con océanos marcianos futuros.

Arturo miró una última vez la estatua de Quetzalcóatl y luego al cielo. En el horizonte, una nueva nave de la Tierra descendía, trayendo más soñadores, más recursos, más vidas. El sueño de Tenochtitlán Marciana había dejado de ser un sueño: era una ciudad, una familia, un pueblo.

Y en algún lugar bajo el regolito, muy profundo, algo respiraba con lentitud, dormido, pero no muerto.

El zumbido continuó, tenue, eterno, paciente.

Pero por ahora, en la superficie, los niños reían.

Y eso, después de todo, era suficiente.

AGRADECIMIENTO

A ti, que estás a punto de cerrar este libro y, con él, emprender un viaje que nunca imaginé sería tan tuyo como mío.

Gracias por haber llegado hasta aquí. Por haber acompañado a Arturo, Sofía, Adriana, Armando, Ivanna, Fernando y Alan a través de cada zumbido en la oscuridad, cada tormenta de meteoroides, cada araña que acechaba en las sombras, cada virus que les robaba el aliento, cada saqueo de los grises y cada grito inhumano en las entrañas de una nave enterrada. Gracias por no haber abandonado la cabina cuando el oxígeno escaseaba, cuando los motores ardían, cuando el frío marciano se colaba por las grietas y cuando el zumbido parecía susurrarles que no pertenecían a las estrellas.

Esta historia nació de una certeza callada: que México, con su historia de resistencias, de ingenio forjado en la adversidad y de una imaginación que nunca se rindió ante lo imposible, merecía tener su propia odisea espacial. No una copia de las epopeyas norteamericanas o europeas, sino una que llevara en las venas el nombre de Huitzilopochtli, el eco de Quetzalcóatl, la memoria de Tenochtitlán y la terquedad de un pueblo que ha aprendido a levantarse después de cada caída. Quise que los astronautas fueran mexicanos no por bandera, sino por esencia: gente común que carga con traumas, dudas, humor negro, amor por los suyos y una voluntad que no se explica con palabras, sino con acciones.

Gracias por haber creído, aunque fuera por unas horas, que seis compatriotas podían enfrentar al cosmos y salir vivos. Gracias por haber sentido miedo con ellos cuando las criaturas cefalópodas los acorralaron, por haber llorado con Sofía cuando perdió sus cultivos, por haberte emocionado cuando Alan eligió a esta tripulación como familia en vez de regresar con los reptilianos, por haber sonreído cuando Fernando recuperó su risa después de meses de silencio, por haber sentido orgullo cuando

los bebés híbridos nacieron y cuando Nueva Aztlán extendió la mano.

Esta novela es ficción, sí. Pero también es un deseo. Un deseo de que algún día, muy pronto, jóvenes de Morelia, de Guadalajara, de Chiapas, de la Ciudad de México o de cualquier rincón del país, miren al cielo y sepan que ese cielo también les pertenece. Que no necesitan permiso de nadie para soñar con naves que lleven nombres de dioses mexicas, con colonias que honren nuestra historia y con una humanidad que, al fin, entienda que el espacio no es territorio de unos pocos privilegiados, sino de todos los que se atreven a soñar en grande.

Gracias por haber leído con el corazón abierto. Por haber acompañado a estos personajes en sus peores momentos y haber celebrado con ellos cuando, contra todo pronóstico, lograron posarse en el cráter Gale. Gracias por haber creído, aunque sea por un instante, que México puede ser protagonista de su propia historia en las estrellas.

Y si, al terminar estas páginas, sientes un pequeño zumbido en el pecho —ese eco lejano que nunca desaparece del todo—, no te asustes. Es solo el universo recordándonos que aún hay mucho por conquistar. Que el camino no termina con un aterrizaje. Que apenas comienza.

Con inmensa gratitud y un orgullo que no cabe en palabras,
José Arturo Sarabia Campos

Obra protegida por derechos de autor



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea.

Además de su trabajo como novelista, ha participado de manera activa en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, para conectar con audiencias de diferentes culturas y contextos. En la actualidad conformó una comunidad literaria internacional integrada por escritores de diversos países de habla hispana, con el propósito de publicar las antologías *Ecos de Terror Paranormal* y *Ecos de Terror: Posesiones Demoníacas*.

Aún sigue participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.



Obra protegida por derechos de autor